7677

ANTOLOGIA

DE

POETISAS LIRICAS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

ANTOLOGÍA

DE

POETISAS LÍRICAS

TOMO I

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1915

LS.C
A 6346

653559
15. 3. 57

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

La Real Academia Española acordó, años hay, que los prólogos de libros como éste fuesen breves, pues el fin de tales publicaciones es únicamente divulgar el conocimiento de las obras más notables o curiosas de la Literatura patria. Resolución prudente y acertada, pues quiso con ella evitar que el trabajo del editor o coleccionador pecara de difuso; que con varios pretextos amontonase una erudición que no era pertinente, o que perdiese el tiempo analizando minuciosamente cada obra, y anticipase a los lectores opiniones individuàles en materia de Estética, como si fuesen ciegos que no pueden andar sin lazarillo, y tan ignaros que necesitan se les advierta el momento de aplaudir o de censurar aquello que por sí solos no habrían entendido. Por tales razones, me limitaré a dar cuenta del plan que he seguido en la formación de esta ANTOLOGÍA, y hacer consideraciones brevísimas acerca de la poesía femenil en lengua

castellana, y de las obras que he seleccionado para incluirlas en aquélla, por mejores o menos imperfectas que otras muchas.

Mi primera advertencia será que no incluyo sólamente escritos de mujeres españolas, entendiendo esta denominación en el sentido estrecho de nacionalidad, sino de cuantas escribieron en lengua castellana, ya que el idioma es un lazo que une tanto y acaso más que el muchas veces fortuíto del nacimiento. Después de todo, la Academia Española, por antecedentes históricos de nuestra raza, es de índole internacional, lejos de encerrarse en las fronteras patrias, y en consonancia con tan alta misión, publicó, años ha, una *Antología de poetas hispano-americanos,* hecha por el malogrado sabio Menéndez y Pelayo.

Por tanto, a nadie parecerá mal que incluya, no sólo poetisas como doña Bernarda Ferreira, que vivieron cuando España y Portugal formaban un solo Estado, sino otras que, cual Violante do Ceo, escribieron después en lengua castellana, que seguía dominando en las inteligencias como destellos que lanzaba todavía nuestra pasada grandeza en la esfera de las armas y en la región del pensamiento.

En cuanto a los límites cronológicos de esta

ANTOLOGÍA, son el siglo XV, en que por vez primera hallamos versos de poetisas en lengua castellana, y los principios del XIX, en que nuestra literatura, por muchedumbre de causas que sería prolijo enumerar, entra en un nuevo período.

Tal vez opinen algunos que sería mejor una Antología completa, incluyendo, si no las poetisas que aún viven, aquellas que pasaron al templo de la Fama; pero la tarea de juzgar obras recientes lleva consigo muchas dificultades, pues no pocas veces habrán de formularse opiniones que acaso luchen con otras recibidas como firmes é inapelables.

Excluyo de esta ANTOLOGÍA las obras dramáticas, como *La traición en la amistad*, de doña María de Zayas, y las épicas, como *La España libertada*, de doña Bernarda Ferreira, si bien incluyo algunas composiciones que, en rigor, según los preceptistas, no pertenecen á la poesía lírica, v. gr., las fábulas de doña Rafaela Hermida.

En la mayor parte de las biografías me he limitado a repetir lo que ya escribí en otra obra (1), fuera de algunas, como la de sor Ma-

(1) *Apuntes para una Biblioteca de escritoras españolas, desde el año 1401 al 1833*. Madrid, 1903-1905. Dos vols.

ría de San José, compañera de Santa Teresa, en las que he rectificado varias noticias que, después de nuevas investigaciones, me han parecido inexactas.

En punto a la ortografía de los textos, sigo la preceptuada por la Academia Española, pero respetando la morfología, que nada tiene que ver con la fonética, aunque años ha confundiera ambas cosas un doctísimo hispanófilo al censurar la publicación de un libro del siglo XVII.

Me guardaré, por tanto, de transcribir *haños, bista, embiar* y otras curiosidades ortográficas que son la delicia de algunos filólogos; pero no pondré excepto por *eceto;* comprender, por *comprehender; docientos,* por doscientos, etcétera.

Más parco aún que en las advertencias *críticas* he sido en el glosario; vuelvo a insistir en mi propósito de no calificar de hecho a los lectores de ignorantes consumados, pues a tanto equivaldría explicarles el sentido de muchos vocablos familiares a quienes hayan leído siquiera media docena de libros antiguos, y decirles, por ejemplo, que Batismo significa Bautismo; escrebir, escribir; defeto, defecto; padescer, padecer; perfeción, perfección, y comutar, conmutar, etc.

Tal vez se extrañen algunos del título de ANTOLOGÍA dado a una colección de poesías que no suelen pasar de medianas; pero tengan en cuenta que en ninguna literatura del mundo puede hallarse un número considerable de obras clásicas perfectas, mucho menos cuando el campo que se escoge es tan reducido como el de la minerva femenina de España; en las *Cien mejores poesías líricas en lengua castellana* que publicó el sabio Menéndez y Pelayo, hubo éste de incluir algunas que a trechos ofrecen notables ejemplos de vulgaridad en el pensamiento, y de versos mal hechos, o de lenguaje incorrecto. ¿Cómo exigir que todas las composiciones profanas y religiosas incluídas en estos dos volúmenes sean de tantos quilates como las de María de San José o de sor Ana de San Jerónimo? y que en todas haya la inspiración y la lozanía que brillan en las de doña Cristobalina de Alarcón? Lo mejor no pasa, en lo humano, de ser una cosa meramente relativa, y por flores han de estimarse las composiciones que aquí reunimos bajo el mismo techo, comparadas con las de otras poetisas.

La poesía femenil española ofrece caracteres que, con ser en el fondo universales y muy humanos, pues el recato fué siempre juzgado

como virtud más propia y exclusiva de las mujeres que del hombre, es, no obstante, probable que respondan a un estado social que aún perdura en algunas regiones españolas, donde las mujeres viven en cierto género de reclusión que muchos tienen por herencia de costumbres musulmanas, pero que acaso obedecen a psicología especial de la raza ibérica. Lo cierto es que durante los siglos XVI y XVII poquísimas de las poetisas españolas han expresado sinceramente en sus versos los afectos amorosos, y hemos de llegar al siglo XVIII para hallar versos tan ingenuos como los de Violante do Ceo y doña Margarita Hickey.

Mientras las escritoras musulmanas de la Edad Media llegaban a una franqueza que a veces pasaba los límites de la Moral, las españolas de la Edad Moderna simularon, generalmente, una frialdad marmórea, hipócrita en el fondo, por un ambiente de pundonor social que rayaba en lo convencional y en lo absurdo. Será tal vez mera coincidencia, pero es lo cierto que tres de las pocas poetisas que han expresado con franqueza en sus versos las tempestades amorosas, más o menos violentas, en las que había naufragado su corazón, son de origen extranjero: Luisa Sigea fué hija de padre fran-

cés; doña María Hore, de padres irlandeses, y doña Margarita Hickey, de padre irlandés y de madre italiana.

Fuera de esto, los caracteres de la poesía femenil española son los mismos que los de toda nuestra lírica: ausencia casi total de paisaje, cuyo sentimiento, nacido por imitación de la literatura extranjera, no comienza hasta el siglo XVIII, y antes no rebasa los límites de lo convencional y amanerado. En el pensamiento religioso suele haber más de fe y de devoción que de hondas aspiraciones a lo infinito, y por una anomalía difícil de explicar, el elemento de lo sobrenatural, tan frecuente en relaciones autobiográficas de monjas, falta por completo en los versos, no obstante que hubiese dado motivos de inspiración a quienes habían, como el Dante, visitado los horrores infernales o recorrido los vergeles eternamente floridos de la Gloria. La inmaculada y esplendente belleza de la Virgen es celebrada con frecuencia, pero mucho más la humanidad de Cristo, ya traspasado por el dolor, ya esposo de las almas, que hallan en El su centro y el imán irresistible que dulcemente las atrae.

En los versos elegíacos de las poetisas suele predominar una sequedad, propia del alma ibé-

rica, más inclinada a la resignación estoica que al llanto salido de lo más profundo del corazón; por lo que pudo afirmar Menéndez y Pelayo, comentando las melancólicas y dulces coplas de Jorge Manrique a la muerte de Rodrigo Manrique, su padre, que cuadran más bien dentro de la oda moral y filosófica que en la verdadera Elegía.

Sin embargo, son dignas de mención, por títulos muy varios, Juana de Aldana y otras que lloraron la temprana muerte de don Juan Pérez de Montalbán, en cuya memoria se publicó una corona poética, desagravio póstumo de las acres censuras lanzadas por Quevedo contra el famoso autor del *Para todos.* Más recomendables los hay en la *Pompa funeral,* de la reina doña Isabel de Borbón, y en el *Obelisco* a la muerte del príncipe don Baltasar, que tantas esperanzas despertaba en días amargos para España.

Como rasgo general de poesía femenil del siglo XVII es de observar que el culteranismo, el alambicamiento de las ideas, prendió poco en las religiosas que poetizaron o versificaron; hecho que tiene su explicación en el apartamiento que solían vivir del mundo literario y de sus nuevas tendencias, bien como quien escribe sin

más fuente de inspiración que sentimientos piadosos; con todo, no faltan ejemplos de mal gusto, de gongorismo exagerado.

Todos los defectos naturales del ingenio español se acentuaron en el siglo XVII con la decadencia literaria y con la abundancia de versos de ocasión, con pensamiento y aun con pie forzado, que se escribían para los muchos certámenes, academias, obeliscos y pompas fúnebres que fueron el palenque donde, mezclados con algunos poetas de renombre, buscaron triunfos multitud de versificadores prosaicos y adocenados; literatura de baja estofa que en nuestros días ha vuelto á levantar la cabeza en otros certámenes tan estériles como anacrónicos.

Sólo a fuerza de perder mucho tiempo es dado hablar en tan confuso maremagnum de versos tal o cual poesía que merezca salvarse del olvido, como son las de doña Cristobalina Fernández de Alarcón, publicadas en el *Encomio de los ingenios sevillanos,* y las de Cita Canerol, de Aldonza de Aragón y Gurrea y algunas otras escritoras.

Si de estos caracteres de la poesía femenil española pasamos a su evolución histórica, lo primero que llama nuestra atención es la ausen-

cia total de poetisas españolas en la Edad Media; demostrado que son apócrifos los versos que a nombre de doña María de Cervellón publicó Esteban Corbera, y los de doña Blanca de Castilla, hemos de llegar al tiempo de los Reyes Católicos para encontrar unos versos, bien medianos, por cierto, que compuso Florencia del Pinar. En tanto que las musulmanas cultivaban la Poesía y escribían composiciones de todos los géneros, algunos de ellos no muy conformes con la honestidad y el recato femeniles, la mujer cristiana vivía por completo alejada del Parnaso, hecho que, desgraciadamente, no podemos atribuir a rígida moralidad, pues basta un somero estudio de nuestras crónicas para cerciorarse de cuán mayor fué entonces el desenfreno y la barbarie de las costumbres que en los peores de nuestros días.

Los primeros ensayos de la poesía femenil española estuvieron muy lejos de ser monumentos literarios; los versos de Florencia Pinar, vulgarísimos en el pensamiento y enigmáticos en la forma, no merecían ni el exiguo premio con que se daban por satisfechos nuestros juglares de la Edad Media: *un vaso de bon vino*. Tampoco se remontaban a más altura los de una sobrina del obispo Campo, que sólo a título

de curiosidad bibliográfica incluímos en esta ANTOLOGÍA; y hemos de llegar a mediados del siglo XVI para dar con una mujer que pueda calificarse de poetisa: Luisa Sigea, cuyo bellísimo poemita *Cintra* es un modelo de poesía descriptiva, y en cuyas canciones hay cierto saborcillo de romántica melancolía, envuelta en la neblina de dichas no logradas y de saudades delicadísimas que habían dejado honda huella en el corazón de la famosa humanista.

Pero fuera de éste y de algunos otros rarísimos casos, las poetisas del siglo XVI se dedicaron a cantar el amor divino más que el humano. Cupo la honra de iniciar la poesía mística a Santa Teresa de Jesús, quien no se mostró en sus versos a la altura de su prosa. Verdad es que la mayor parte de los que se le atribuyen son apócrifos, inclusos algunos tenidos generalmente por auténticos, como aquellos en que invoca el poder divino para que sus monjas se viesen libres de ciertos parásitos (1); pero aun

(1) Yo no puedo creer, aunque lo diga la *Historia del Carmen reformado,* que Santa Teresa hiciese versos tan grotescos como éstos:

Inquieta este mal ganado
en la oración
el ánimo mal fundado
en devoción.

limitándose a los que sin duda alguna son genuínos, hay en ellos un alambicamiento y una sutileza que les impide salir de la medianía.

De los pocos versos verdaderamente místicos que se escribieron en el siglo XVI, acaso los mejores, cuando menos, los que más se aproximan por el pensamiento y la expresión a los de San Juan de la Cruz, son los de una religiosa anónima que escribía por los años 1590 a 1606, y que más adelante se los adjudicó una escritora del siglo XVII, con tan mala fe y no mejor éxito que el académico Nasarre cuando se apropió la delicadísima *Fábula del Genil,* de Pedro Espinosa.

Inferiores en sentimiento religioso a las obras poéticas de Santa Teresa son los de su discípula sor María San José, pero no en corrección de forma y elegancias de estilo, cualidades en que superaba a su maestra; las pocas obras que de su ingenio se conservan son escritos polémicos, armas de combate, cuando en el seno del Carmen descalzo sobrevino tal escisión, que parece increíble tratándose de personas consagradas a vida perfecta y sumidas en contemplaciones místicas. El padre Jerónimo Gracián fué perseguido con más rabia que podía serlo un hereje, y la madre San José pade-

ció no leves calumnias; el templo alzado por Santa Teresa parecía venirse al suelo con estruendo, lo mismo que la Orden seráfica atravesó un dificilísimo período al morir San Francisco. Cuando más arreciaba la tempestad escribió sor María sus hermosos tercetos, en los que se defiende de sus adversarios, y tal andaban las polémicas, que no se atrevió a mencionar por su nombre al padre Gracián, aborrecido por los discípulos del padre Doria. Tanto como de esta calamidad, se queja la poetisa de haber perdido a la Santa reformadora del Carmelo, que, volando al Cielo, dejó a sus hijas en tristeza incomparable:

¿Quién nos sacó, pastora, de tu seno?
¿Quién nuestra dulce suerte revolviendo
nos entregó a dolor tan inhumano?

Casi contemporánea de Santa Teresa fué otra mujer insigne que, por su fe ardiente, por su actividad infatigable y por su abnegación, tuvo con aquélla no pequeña semejanza; me refiero a doña Luisa de Carvajal, gran defensora y propagandista del Catolicismo en el seno de la herejía anglicana, donde los vientos de la persecución la llevaron más de una vez a la cárcel. De joyas valiosas pueden calificarse sus poesías, forjadas en el horno que el amor divino

había encendido en su corazón, y que le inspiró versos tan apasionados, tan ardientes como aquellos en los que celebra, con rasgos, quizá voluptuosos en ocasiones, pero llenos de fuego siempre, la belleza sobrehumana de Cristo.

Oro de no menos quilates hallamos en los escritos de otra religiosa de aquel tiempo, sor María de la Antigua, cuyo único maestro fué su corazón. Reunidos a su muerte multitud de opúsculos que había en su mayor parte dictado, pues apenas sabía escribir, dióles fray Pedro de Valbuena, que cumplió tan piadoso cometido, el título de *Desengaño de religiosos,* y mezcló con la prosa, por el orden que mejor le pareció, muchos versos de sor María, que, en su mayoría, juzgamos auténticos. Entre ellos los hay verdaderamente clásicos, como la canción que empieza:

Alma, que estando muerta
y en horrores de vicios sepultada,
Dios te llama y despierta
con una voz tan dulce y regalada,
¿qué haces, que no escuchas
sus amorosos ecos?; ¿con quién luchas?

Verdad es que la inspiración de la madre Antigua suele decaer á menudo, pero casi siempre son sus versos menos incoloros y farragosos que la prosa del *Desengaño;* hecho que tam-

bién se advierte en otra escritora mucho más fecunda, pues escribió veinticinco tomos de lo más indigesto y frío que produjo la devoción española en los siglos XVI y XVII: sor Hipólita de Jesús y Rocaberti.

No menos hay que alabar en las poesías de una carmelita descalza que escribía a principios del siglo XVII, sor Luisa Magdalena de Jesús, en el siglo Condesa de Paredes, que, después de desempeñar cargos palatinos en la corte de Felipe IV, se retiró al convento de carmelitas descalzas de Malagón, donde compuso versos, algunos amanerados, como el *vejamen* a la misericordia de Dios, pero en los que trasciende el suave perfume de una devoción que manaba de lo más hondo del alma, y del inextinguible deseo de sumergirse en la luz pura de lo Infinito. En el mismo crisol del amor divino se forjaron los de sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega, que se elevó a mayor altura que su padre en la expresión de sentimientos piadosos y místicos, bien como de un alma que tenía su corazón puesto del todo en Dios, lejos de celebrar con la misma pluma celestiales afectos, más o menos sinceros, y otros ilícitos en alto grado. Nadie como sor Marcela ha pintado con rasgos tan delicados y llenos de tan

suave melancolía las dulzuras de la paz que se respira en el claustro, y aquel dulce recogimiento que le inspiraba el jardín monástico en las tranquilas tardes del otoño cuando el sol poniente bañaba con tibios rayos los troncos de los árboles, la rumorosa fuente y las ya casi marchitas flores, imágenes del crepúsculo de la vida humana cuando las falaces ilusiones de otros días sienten llegar el cierzo de los desengaños. Inferiores a estas poetisas lo son por varios motivos doña Jacinta María de Morales, en un soneto a San Pedro; sor Jerónima de la Ascensión, en sus romances al niño Jesús; sor Isabel de Jesús, autora de versos más conceptuosos y alambicados que ingenuos y sentidos; María Josefa de Aldana Tirado, en un soneto a Santa Teresa; doña Silvia de Monteser, al ensalzar las glorias de San Juan de Dios; sor Catalina de Jesús y San Francisco, que no se eleva una pulgada de lo vulgar y amanerado; los de sor María del Santísimo Sacramento, inspirados en el místico *Cantar de los Cantares;* los de sor Juana de Jesús María Rodríguez, a la unión de la esposa con su amado, y los de doña Isabel de Mendoza, a la resurrección de Cristo; doña Constanza Ossorio, traductora de los *Salmos,* en los que suele mostrar un estilo

fácil y a veces elegante; los de Ana María de San José, en los que de cuando en cuando asoma la cabeza un conceptismo de mediano gusto; los de doña Vicencia de Mendoza, en loor de la Virgen; los de Petronila de Artabia y Bolea, a Nuestra Señora de Cogullada, y los de sor María de la Santísima Trinidad, aunque pecan de afectación.

Pasando a reseñar brevemente la poesía profana de la mujer española en el siglo XVII nos hallamos con una figura de primer orden, cuyos versos han envejecido poco y serán siempre modelos de grandilocuencia y de lozanía de estilo. Hablo de la Musa antequerana, de doña Cristobalina Fernández de Alarcón; y el mérito de doña Cristobalina es mucho mayor si consideramos que no cabe la sospecha de que interviniera en sus poesías la mano de algún enamorado o amigo, Pedro Espinosa, por ejemplo, pues nadie da lo que no tiene, y es claro como la luz del día que los versos de Espinosa son muy inferiores a los de la Musa antequerana, no sólo en lozanía de la versificación y de las imágenes, sino en tener los de doña Cristobalina más vida, más vigor y una expresión menos alambicada y convencional del sentimiento. Con haber amado tanto Espinosa,

o al menos, haber hablado tanto de sus amoríos y de sus desengaños, reales o supuestos, nunca hizo una poesía que se aproxime, ni de cien leguas, a la que empieza:

Cansados ojos míos,
ayudadme a llorar el mal que siento;
hechos corrientes ríos
daréis algún alivio a mi tormento,

y al triste pensamiento
que tanto me atormenta,
anegaréis con vuestra gran tormenta.

Próxima a doña Cristobalina en orden al tiempo, pero a mucha distancia tratándose de numen poético, floreció en Extremadura doña Catalina Clara de Guzmán, hermana de don Lorenzo Ramírez del Prado, harto semejante por su vida y hechos a muchos politicastros y vividores de nuestros días. Los versos de doña Catalina que han llegado a nosotros, en su mayor parte confundidos en los manuscritos con otros de su época, ofrecen múltiples resabios de culteranismo y de mal gusto; los únicos en que chispea algo de verdadero ingenio son unos en que hizo su autorretrato, muy conocidos desde que los publicó don Vicente Barrantes.

Coetánea de doña Cristobalina fué doña Leonor de la Cueva y Silva, natural de Medina

del Campo, donde pasó toda o la mayor parte de su vida; de los muchos versos que de ella se han conservado hay algunos que no carecen de facilidad y de ingenio; pero con frecuencia cae en los extremos opuestos de la sequedad y el prosaísmo, y el amaneramiento conceptista. No menos digna de alabanza se mostró la madre María de Santa Isabel, fecunda como pocas de nuestras poetisas, pero desigual en sus versos, consagrados a variedad de asuntos, desde los religiosos hasta los amatorios y satíricos; muchos de ellos son incorrectos en sumo grado, bien que su autora los escribía por mero esparcimiento del ánimo, sin deseo alguno de publicarlos.

Al mismo tiempo que doña Cristobalina enriquecía nuestra literatura femenil con obras maestras, doña Bernarda Ferreira de la Cerda componía un librillo que puede calificar de *proles sine matre creata;* las *Soledades de Busaco,* conjunto de romances en que se describen los encantos de aquel retiro lleno de suave melancolía; y aún fuera más perfecta dicha obra, que evoca a la memoria la pintura flamenca, tan enamorada del paisaje, si hubiese mayor vaguedad en los contornos y menos de pequeños detalles propios de un cuadro lakista; de

todos modos, ¡qué abismo hay entre esta poesía, tan verdadera y sentida, y aquella que se recreaba con la perspectiva de Arcadias absurdas, y de fuentes, ríos, montes y valles de Grecia mal comprendidos por quienes únicamente los conocían á través de compendios de Mitología! Comparada con esta obra desmerece, y no poco, otra de doña Bernarda, en que, siguiendo la monomanía de su tiempo, de encerrar la Historia en poemas épicos, quiso cantar la invasión de España por los musulmanes y los principales episodios de la Reconquista; empresa tan formidable, que hubiera asustado al mismo Homero, resultó una crónica rimada, que ni tiene el interés documental que ofrecen algunas de su género tocantes a cosas de las Indias, ni ofrece más que, de cuando en cuando, algún oasis en que el ánimo pueda descansar de lectura tan fatigosa y hallar algún recreo; si a esto se agregan los frecuentes defectos de versificación, y aun de lenguaje, propios de quien emplea un idioma que no era el suyo, habremos de juzgar *La España libertada* como una rareza bibliográfica, de la que sólo cabe estimar algunos pasajes de relativo mérito.

En la Poesía laudatoria, falsa y ampulosa, como todas las obras de ocasión, y que lle-

va en su seno el vicio de la hipérbole, cuando no el de adulación rastrera y vituperable, hay versos recomendables de doña Ana María de Castro, Elena de Paz, doña Ana Caro, doña Catalina de Solís y otras.

De ellos he incluído en esta ANTOLOGÍA los que mejores he creído, aunque bien sé que muchos de tales versos son apócrifos, escritos en ocasiones por los mismos autores de los libros elogiados, hecho del que se burló donosamente Cervantes en su prólogo del *Quijote;* sé que algunas veces la falsedad es manifiesta, como sucede con los versos de Micaela de Luján, de quien consta que ni sabía firmar, por lo que cabe deducir lógicamente que se los escribiría Lope de Vega. Pero ¿cómo asegurar lo mismo en otros casos, no teniendo una prueba cierta? Después de todo, la paternidad literaria es tan poco evidente como la fisiológica, y si la ley suele echar un cerrojo a indagaciones de la segunda, quizá no convenga ahondar mucho en la otra: ¡cualquiera sabe cuánto puso de su cosecha la celebrada Luisa Sigea en sus obras latinas, y cuánto es debido a la pluma de su padre, consumado humanista! Acudiremos, por tanto, a las atribuciones *juris tantum*, mientras rotundas pruebas no demuestren que la galantería sacó a

la Musa femenil de un atolladero y la adornó con flores más o menos pobres que no daban sus jardines.

Si el siglo XVII se despedía con versos gongorinos, como los de doña Gregoria Francisca de Salazar y de sor Mariana Sallent, el XVIII comenzó con destellos que aún lanzaba el sol poniente de nuestros mejores días; los versos de sor Ana de San Joaquín parecen un anacronismo en medio de la decadencia general de la época, y más aún los de sor Gregoria Francisca de Santa Teresa, de los que dijo Menéndez y Pelayo que son hermanos de los de Marcela de San Félix, y su autora, *un alma del siglo XVI*.

De todas sus poesías ninguna tan inspirada como aquella en que celebra la unión con el Esposo celestial, con el Bien Infinito, ideas que la misma Santa Teresa, con haberlas expuesto de un modo tan sublime en su *Vida* y en *Las Moradas*, no acertó a expresarlas con semejante elocuencia y profundidad en sus versos; pocas obras místicas llegan a la soberana hermosura de aquellas estrofas donde se canta el inefable gozo de la unión con Dios:

Aquella luz divina
que arrebol gozoso
ilumina y abrasa,
purifica, aniquila y causa gozo.

Aquel aire delgado,
silbo blando, amoroso,
que el corazón penetra
y la mente levanta a unirse al todo.

Aquel bien que en sí mismo
por soberano modo,
con infinito exceso
es del alma el objeto más hermoso.

Pero, aun reconociendo en sor Gregoria una profundidad de pensamiento que encarnaba en formas poéticas nada corrientes en su época, tal vez haya que poner, cuando menos, al lado de tales poesías, otras, acaso más clásicas, más castizas, cuyo estilo recuerda en ocasiones el de Garcilaso. Hablo de sor Ana de San Jerónimo, mujer de sólida cultura, que contrastaba con la endeble y casi nula de su contemporánea doña María Isidra Quintina de Guzmán, la famosa Doctora de Alcalá.

Tan notables, casi, como las poesías de sor Gregoria, son, aunque por títulos diferentes, las de una monja portuguesa, María do Ceo, que, en la soledad del claustro, llena la imaginación de recuerdos mundanos, mal apagado el fuego de sus amores en el siglo, exhalaba sus quejas en versos tan apasionados y llenos de vida como la prosa de sor Mariana Alcoforado, la Eloísa del siglo XVIII, cuyas cartas han sido

objeto de tanta admiración como de tanto escándalo.

Después de estas poetisas no hallamos hasta doña Margarita Hickey más que versos mediocres, como los de dos anónimas que celebraron el talento precoz de la niña María del Rosario Cepeda; los de la fabulista Rafaela Hermida, y alguna que otra versificadora de la misma laya; y hemos de llegar a doña Margarita Hickey, que expresó sus desengaños amorosos en versos quizás algo prosaicos, que tal era la corriente de su época, pero sentidos, ingenuos, reveladores de tormentas por las que había pasado el alma de la poetisa cuando, viuda de un marido solamente fecundo de palabra, como aquel viejo que rechazaba Marta la Piadosa, y no hallando más que abrojos donde pensó recoger flores, acabó por volver sus ojos al Cielo, fuente de todo bien verdadero y de todo consuelo del alma. Sus restantes versos, aunque dirigidos algunos á celebrar glorias tan altas como las del capitán Velasco, heroico defensor de la Habana contra los ingleses, no pasan de medianos.

Mucho más dramática que la vida de doña Margarita Hickey fué la de la otra poetisa que también llevaba en sus venas sangre irlandesa,

y que por su belleza fué la admiración de sus contemporáneos, que la calificaron de *Hija del Sol*. Los vientos de una furiosa tempestad la llevaron a encerrarse en el claustro, donde, ya cicatrizadas las llagas de sus infelices amores, pero sintiendo los punzantes dolores del desengaño, y sin que la vanidad literaria desapareciese en aquella alma, desesperada más que contrita, pues seguía firmando con las iniciales H. D. S. (*Hija del Sol*), se abismó en la contemplación de sus pasadas tormentas como el náufrago que mira las rocas donde su bajel se había estrellado. Sus poesías, llenas de vida, aunque algo prosaicas, conforme al gusto general del siglo XVIII, no pueden leerse sin cierta emoción, como salidas de lo más hondo del alma, y sin otra retórica que la aprendida en las falacias del desengaño y en los desengaños de ilícitos amores, dulces al principio como la miel, pero luego más amargos que la hiel y que el ajenjo. Inferiores a éstos resultan los de doña María Nicolasa Helguero, abadesa de las Huelgas; ya cante asuntos religiosos, con pretensiones místicas; ya trate de sucesos coetáneos, como el desastroso fin de Luis XVI, suele ser afectada, pobre de ideas y no mucho más rica de estilo. Unicamente cuando lamenta una des-

gracia de familia, la muerte de su hermano don Pedro de Helguero, que cayó batiéndose con los piratas argelinos, logró infundir en sus versos cierta energía de dicción, propia de quien dejaba la retórica a un lado para dar expansión al intenso dolor que la despedazaba el alma.

Con estas poetisas llegamos a los límites de nuestro cometido, a los umbrales del siglo XIX, en que la mujer española había de mostrarse cien veces más fecunda y más inspirada que nunca, si no en lo poesía religiosa, en otros géneros literarios, donde llegó a la más alta cumbre de la belleza, como en los versos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en los de Rosalía de Castro, joyas valiosas de la Literatura patria, cuyo florecimiento en la pasada centuria contrastó con la decadencia social y política de España, probada por el infortunio como en los días más aciagos de su larga y trabajosa Historia.

MANUEL SERRANO Y SANZ.

FLORENCIA PINAR

Segunda mitad del siglo xv.

CANCIÓN

El amor ha tales mañas
que quien no se guarda dellas,
si se l'entra en las entrañas,
no puede salir sin ellas.

. . . . . .

Es de diversas colores,
críase de mil antojos;
da fatiga, da dolores,
rige grandes y menores,
ciega muchos claros ojos;
y aquellos, desque cegados,
no quieren verse en clarura;
hállanse tanto quebrados,
que dicen los desdichados
es un cáncer de natura,
a quien somos sojuzgados.
Éntranos por las aslillas
cuándo quedo, cuándo apriesa,

con sospechas, con rencillas;
y al contar destas mancillas
tal se burla que s' confiesa,
y aun las más defendidas
señoras del ser humano,
cuando déste son heridas,
si saben y son garridas,
y a ellas come lo sano
y a nosotros nuestras vidas (1).

(1) *Cancionero general, copilado por Hernando del Castillo.* Valencia, 1511.

LA SOBRINA DEL OBISPO CAMPO

COPLAS A DON JUAN SILÍCEO, ARZOBISPO DE TOLEDO

Proemio.

Al alto y subido en gran dignidad,
después del romano pontificado,
don Juan Silíceo, de suma bondad,
electo y querido de su Majestad
y entre los sabios supremo letrado;
aquel que en la piedra pudo traer
la lumbre escondida, con tanto vigor,
que dándole un toque le pudo encender
el nuestro gran César, y dió a conocer
su luz por el mundo con gran resplandor.
Yo pobre, y más pobre de sabiduría,
de bajo juicio y mucha rudeza,
aunque en hablar no tengo osadía,
oso poner esta obrilla mía
delante los ojos de vuestra grandeza,
y quiero deciros que cuando miré
las armas que trae vuestra señoría,
y aquel otro nombre en ellas hallé,
que luego por ellas consideré
el gran merecer de vuestra valía.

Porque si tenemos por cierto y sabido
mostrarnos las armas de algún gran señor,
cuanto es ilustre y esclarecido,
y luego por ellas es conocido
cuanto se encumbra su alto valor.
A vos que tomastes las armas reales,
que el Verbo del Padre por nombre tomó,
se os deben loores muy desiguales;
quedáis muy más claro entre los mortales
de cuantos Apolo acá esclareció.
Y para regir y tan bien gobernar,
aquesta su esposa que os fué encomendada,
era muy justo de os adornar
con nombre tan alto, que en le nombrar
toda rodilla queda inclinada.
Sabemos muy bien que donde él está
el Espíritu Santo nunca fallece,
el cual, pues es lumbre, os alumbrará
y nunca ignorancia daño hará
adonde la lumbre de Dios resplandece.
Dice San Pablo que no puede ser
el alto Jesús de alguno nombrado,
sin que le venga a favorecer
el Espíritu Santo, y venga a mover
la lengua con que ha de ser pronunciado.
Aquéste, pues, llamo, en tierra postrada,
puesta delante de su acatamiento,
que sea por él mi pluma guiada,
porque en materia tan sublimada
tiembla de entrar el mi entendimiento.

COMIENZA LA OBRA

¡Oh nombre más alto y más excelente
que basta a alcanzar humana razón!
¡Oh nombre escogido del Omnipotente,
dado a su hijo por más obediente,
en premio de penas de muerte y pasión!
En ti se demuestran los grandes amores,
que hicieron a Dios al mundo bajar;
tu fuiste ganado con grandes dolores,
tú das al que es justo muy grandes favores
y haces al malo de miedo temblar.
Hiciste a San Pablo en tierra postrar,
y la soberbia de su corazón
en vaso escogido hiciste tornar,
para que a ti te pudiese llevar
y hacer de ti al mundo muy gran efusión.
Y fué este gran nombre por él derramado
en sus Escrituras de veces quinientas,
y estaba ya en él tan fijo y sellado
que el cuerpo de su cabeza apartado,
nombró a Jesús tres veces por cuentas.
A ti te eligieron por muy más subido
entre los nombres de Dios poderoso,
para que el Verbo, de carne vestido,
fuese por él muy bien conocido,
ser hombre y ser Dios, hermano y esposo.
El jefe Agramaton que siempre tenían
en los hebreos muy reverenciado,

por este alto nombre Jesús entendían,
y sus peticiones por éste pedían
y siempre por éste Dios era invocado.
De aquéste la esposa allá, en los Cantares,
decía ser olio muy derramado,
porque los ángeles, sus familiares,
supieron ser dulce más que panares
antes que el mundo fuese criado.
Después a la Virgen le derramó
en ángel Gabriel en su embajada
y sus excelencias le reveló,
ser misericordia le manifestó,
dejándola dél ungida y bañada.
También demostró el nombre glorioso
ser lumbre a las gentes, el gran Simeón,
teniendo en sus manos el niño gracioso,
cuando con su hablar espantoso
puso a la madre en gran aflicción.
Y el mismo Señor a sus escogidos
con gran amistad le notificó,
y todos en él fueron ungidos,
para que siendo después repartidos
en todas las gentes se difundió.
Aquéste después del mundo criado
fué deseado con gran devoción
de los profetas, y prefigurado
y de cada uno profetizado,
tratando sus loas con admiración.
El gran Abraham se regocijó
cuando le vido en su profecía,

y Isaac los hijos a Dios demandó
y el su santo nombre le presentó
con fe verdadera que en éste tenía.
También se partió con gran esperanza
Jacob deste mundo al fin de sus días,
y en su memoria con gran confianza,
con un regocijo de mucha pujanza,
se regocijó el buen Isaías.
El santo David también demandaba
ser salvo en virtud de aqueste gran nombre,
y el gran Abacuc también se alegraba
cuando en su espíritu bien contemplaba
ser éste salud y vida del hombre.
Antes que el Verbo fuese nombrado
con nombre tan dulce y de carne vestido,
cuando a su pueblo era algo narrado
de parte de Dios, quedaba espantado,
y era su nombre de todos temido.
Mas ya que este nombre vino a la tierra
y fué por el mundo manifestado,
hallamos que en él la gracia se encierra,
y todo temor con él se destierra,
y es lumbre que alimpia todo pecado.
Con dulce palabra nos fué prometido
del Hijo no sernos del Padre negado
lo que en su nombre le fuese pedido,
mas que sin duda será concedido
si viere ser justo lo que es demandado.
Y el santo Joel, en revelación
de gran confianza, a quien le invocare,

y aquel que le invoca con fe y devoción
concede ser cierta su salvación,
si delante del Padre a Jesús presentare.
En méritos déste pudieron hacer
los santos Apóstoles grandes señales,
y aquéste les hizo el mundo vencer,
y con éste difuso pudieron traer
a fe verdadera los hombres mortales.
Con éste humillaron, con éste abatieron
los cuellos soberbios de grandes tiranos,
los lobos, corderos, con éste se hicieron,
con éste de infieles a muchos trujeron
a ser verdaderos y fieles cristianos.
Aquéste invocado con fe muy crecida
los mártires santos sus penas sufrieron,
por éste con gozo dejaban la vida,
por éste la muerte no era sentida,
con éste las bestias feroces vencieron.
Del gran San Ignacio habemos hallado
vencer dos leones y hacerlos temblar,
cuando Jesús por el fué nombrado
y su corazón, después bien mirado,
en él esculpido le vieron estar.
Por éste las vírgenes y confesores
el mundo dejaron vencidos de amor,
por éste sus vidas sacrificaron
y en él sus pasiones mortificaron,
pasando sus penas con grande dulzor.
Aquéste es descanso de los afligidos,
refugio suave de los trabajados;

aquéste reduce a bien los perdidos,
escudo muy fuerte de los combatidos
y luz a los tristes y descaminados.
Invoque este nombre quien triste se halla
y luego tendrá cumplida alegría,
y aquel que se viere metido en batalla,
si quiere vencella y desbaratalla,
llame este nombre con mucha porfía.
Es olio muy lleno de suavidad
en el corazón de vicios enfermo,
es alta bandera de la cristiandad,
al desconsolado es gran piedad
y gran compañía del solo en el yermo.
Así como es nombre de omnipotencia,
es omnipotente para nos dar
entera salud en toda dolencia,
y para atraernos a penitencia,
y perdón de las culpas de Dios impetrar.
Si alguno en muy grandes pecados se viere,
y aunque parezca estar ya perdido,
tenga esperanza y no desespere,
que si a Jesús consigo trujere,
todo será por él remitido.
Y el malo de Judas, cruel y traidor,
si cuando ya conoció su pecado,
llamara a Jesús por su valedor,
por grande y nefando que fué su error
nunca muriera desesperado.
En esto sabrás, ¡oh tú, pecador!,
si te has de salvar y Dios no te olvida,

si a éste su nombre le tienes amor,
que él te dará de tus hierros dolor
y luego verás señales de vida.
Y si por padrino a éste llevamos
en las batallas espirituales,
y si con su escudo nos amparamos,
muy a gusto nos viene que luego venzamos
todas las huestes de los infernales.
Es alimento de mucha sustancia
para vuestra alma, aquí do camina;
da a las virtudes mucha constancia
y es una guía de mucha importancia
para mostrarnos la esencia divina.
El Hijo promete de nos confesar
delante del Padre si le confesamos;
con gracia y con gloria muy singular
promete de allá nos glorificar
si acá entre las gentes su nombre alabamos.
Pues sea bendito su nombre excelente,
en todos los siglos, en cielo y en tierra;
y desde que sale el sol en Oriente
hasta que acaba el curso en Poniente,
Jesús sea bendito en la paz y en la guerra.
Convida el Señor a sus muy amados
que tengan gran gozo y mucha alegría,
pues que sus nombres están señalados
en libro de vida y muy bien sellados,
según que San Juan tan bien lo veía.
David nos lo tiene notificado
cuando en su nombre de él lo escribió,

ser por cabeza Jesús señalado,
pues fué de los justos espejo y dechado
y el que a los Santos santificó.
¡Oh nombre muy digno de ser adorado
en cielos y en tierra, en mar y profundos,
amado y temido y reverenciado,
pues sólo con ser Jesús invocado
bastaba a causar salud a mil mundos!
Aquéste escribamos y aquéste sellemos
dentro en el centro del corazón,
y nunca las letras de él olvidemos,
porque en virtud de aquéste alcancemos
gracia y salud y la salvación.
Ninguno de aquellos que salvos han sido,
ni los que se salvan y salvarán,
pudieran la gloria haber merecido
si en este Jesús no hubieran creído,
y todos por éste la merecerán.
Aquéste veía San Juan alabar
a aquella gran turba en tierra rendidos,
que todos decían amén, sin cansar;
sea bendito tu nombre sin par,
pues somos por él de ti redimidos.

DESPÍDESE CONCLUYENDO

De muchos profetas pudiera escribir
y patriarcas muy venerables,
que en sus profecías pudieron sentir

y deste alto nombre supieron decir
sus excelencias muy inefables.
Mas es la materia tan ampliada,
que si yo en ellas más me metiese,
podría ser que después de acabada
quedase mi obra muy dilatada
y fuese prolija a quien la leyese.
Alabo y bendigo tal piedra oriental
adonde tal nombre viene esculpido,
pues queda más rica que todo metal,
porque su nombre será divinal
y todo por él será esclarecido.
De hombre tan sabio muy bien se creía
que había de saber tan cierto acertar
a tomar tales armas de tanta valía,
pues queda con ella vuestra señoría
muy más ilustrado que puede pensar.
Porque si otros las armas tomaron
de antepasados, que hazañas hicieron,
memoran las vidas de los que pasaron,
que en cosas profanas se señalaron
y todos ilustres de allí descendieron.
Mas vos que tomastes el nombre subido
que muestra hazañas del Verbo encarnado,
tanto quedáis más ennoblecido,
cuanto el valor es muy más crecido
de aquel que en las armas traéis memorado (1).

FINIS.

(1) Biblioteca Nacional, Mss., núm. 7.896, pág. 191.

LUISA SIGEA

Por declaración expresa de Luisa Sigea en algunos de sus escritos, y por el testimonio de sus contemporáneos, sabemos que era toledana, y es común opinión que nació por el año 1530, fecha algo dudosa, quizás equivocada en tres o cuatro años.

Resulta, sin embargo, lo más probable, que se llamase *toledana* por haber nacido en el reino de Toledo, y que su verdadera patria fué Tarancón (1). Cuando en los años 1621, 1622 y 1626 se llevaron a cabo las informaciones para dar el hábito de Santiago a don Francisco Ronquillo de Cuevas y a su hermano don Gonzalo, nietos de

---

(1) "Tarancón y gran parte del territorio conquense, aun después de establecido el obispado, fueron y se llamaron del *reino de Toledo,* denominación geográfica que todavía se aplica a esta parte de Castilla la Nueva."

"Divididas las Intendencias o provincias en el siglo XVIII, y señalada demarcación a las de Toledo y Cuenca, Tarancón perteneció a Toledo en el partido de Ocaña."

Melchor Cano, por don Fermín Caballero. — Madrid, 1871. Pág. 153.

Luisa, las relativas a ésta se hicieron en Tarancón, y no en Toledo, siendo aventurado el suponer que aquéllos ignoraban donde nació su abuela. Todos los testigos de Tarancón que declararon en tales informaciones dijeron unánimemente que Luisa era natural de aquel pueblo, y tal conformidad hay en sus declaraciones, y se conservaba tan vivo el recuerdo de la Sigea, que no parecen responder al afán de honrar la villa manchega con una gloria literaria que los testigos acaso ignoraban, pues ninguno hace alusión al talento o a los escritos de Luisa.

Lo que tenemos por indudable es que doña Francisca de Velasco, su madre, era nacida en Tarancón, de noble familia, arraigada en aquel país, y que allí pasó toda, o al menos gran parte de su niñez, Luisa, con quien, hacia el año 1542 cuando ya contaría los quince o diez y seis de su edad, tuvo amores, o propósito de tenerlos, el capitán Juan Cano, vecino de aquella población, de la familia del célebre teólogo Melchor Cano.

En cuanto a Diego Sigeo, padre de Luisa, se le juzga oriundo de Nimes, por ser algo frecuente allí en el siglo XVI el apellido Sigeo o Sigée; mas parece que no nació en Francia (1), según

(1) En las citadas informaciones de don Francisco Ronquillo de Cuevas dijeron algunos testigos que era natural de Francia. Si realmente fué así, debió de venir a España cuando aún contaba pocos años.

Allut (págs. 6 y 7) dice: "Nous pouvons donc con-

escribió Nicolás Antonio y se ha venido repitiendo hasta hace pocos años. El mismo, en un opúsculo que descubrió don Francisco Asenjo Barbieri, se llama *toledano,* y habla de sus estudios en la Universidad de Alcalá, donde oyó las lecciones de maestros tan sabios como Nebrija, Demetrio Ducas, Alfonso de Zamora, Pablo Coronel, y Diego López de Estúñiga (1).

De su matrimonio con doña Francisca de Velasco tuvo dos hijas, Luisa y Angela, y dos hijos, uno de los cuales, llamado también Diego, estudió Teología en Alcalá y luego en Coímbra; el otro, que era más joven, estuvo en Roma al servicio de don Gaspar Barreiros desde el año 1555. En la carta que Luisa dirigió a Paulo III en 1557, pedía para aquél un beneficio

---

sidérer Aloysia Sygea comme appartenant à la France, puisque son père était français."

"Jacques Sygée, que ses affaires ou l'espoir de s'enrichir avaient conduit en Espagne, se maria à Tolède avec une femme de qui le nom n'est pas parvenu jusqu'à nous."

(1) *Nebrissensem præceptorem meum. Et vivæ vocis præceptorem meum in schola Complutensi, Demetrium Ducam natione græcum, patria Cretensem.*

Sed vivæ vocis praeceptores Zamoram, Paulum Cornelium Burgensem, Stunicam, Doctores Complutenses.

Cnf. *Una obra de Diego Sigeo,* por Francisco Asenjo Barbieri.

(*Boletín histórico;* 1880; págs. 53 a 55.)

eclesiástico, y para el segundo un empleo en la Curia romana.

Diego Sigeo fué el preceptor de sus dos hijas, cuya vocación tomó distinto rumbo; Luisa manifestó desde su niñez un talento extraordinario para los estudios clásicos; Angela para la música, en la que fué admirada por sus contemporáneos (1). Ya que Sigeo apenas dejó obras escritas (2), logró eternizar su nombre en sus hijas, de cuyo espíritu fué padre no menos que del cuerpo. Viendo que en España no mejoraba de fortuna, en el año 1542 trasladó su residencia a Lisboa, donde fué nombrado preceptor de don Teodosio, duque de Braganza, y de sus hermanas, y luego del príncipe don Juan, hijo de don

(1) Ángela se casó en Torres Novas con don Antonio de Mello, cuyo padre, Pedro Annes, era hijo natural del Conde de la Atalaya.

(2) El único libro que se conoce de Diego Sigeo es éste:

De ratione accentum, commatum, colonum, sectionum, ac diversorum apicum: quibus Regiae Portugalliae Capellae libri denuo recogniti, atque emendati, in lucem prodeunt, Diego Sygaeo Toletano observatore. Libellus. Per sanctae Inquisitionis Magistratus integerrimos probatus. Apud Iohannem Blavium Regium Typographum. Olyssippone. Anno salutis M.D.LX.

8.º, 16 hojas sin foliación, sign. A. vij, las dos primeras en blanco.

La dedicatoria *Ad Serenissimum Principem Enricum, Portugalliae Infantem, Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem,* fechada en Lisboa á 13 de septiembre de 1560.

Juan III. Luisa, cuyo talento precoz era ya bastante conocido, entró al servicio de la infanta doña María, hija del rey don Manuel y de doña Leonor de Austria. Siguiendo las corrientes de su época, doña María se mostraba entusiasta por las letras y las artes, llegando a convertir su palacio en una especie de academia, donde se rendía culto al saber. Acaso hubiera en esto más bien espíritu de moda que otra cosa; pero lo cierto es que procuró rodearse de damas eruditas y artistas, cuales eran las dos Sigeas, Paula Vicente, hija del famoso poeta, y Juana Vaz, y que ella misma se dedicaba al estudio de las Humanidades, llegando a escribir con facilidad en latín.

En aquella dorada jaula donde se encerró Luisa, llena de halagüeñas esperanzas, pasó su juventud, viendo cada vez más lejana la merecida recompensa de sus desvelos, hasta convencerse de que en la vida áulica sólo había intrigas, ingratitudes y desengaños, que luego pintó admirablemente en su *Duarum virginum colloquium.*

Los únicos lenitivos que halló Luisa para el tedio áulico fueron el estudio y la contemplación de la naturaleza en los espléndidos paisajes de Cintra, donde más de una vez estuvo con doña María, vagando a solas con sus pensamientos por aquellos deliciosos vergeles que le inspiraron su conocido poema, y de los cuales ha escrito luego en versos llenos de fuego Almeida Garrett:

¡Oh Cintra! ¡oh saudosíssimo retiro
Onde se esquecem mágoas, onde folga
De se olvidar no seio a natureza
Pensamento que imbala adormecido
O sussurro das folhas, c' o murmurio
Das despenhadas lymphas misturado.
¿Quem, descansado a fresca sombra tua,
Sonhou senão venturas? ¿Quem, sentado
No musgo de tuas rocas escarpadas,
Espairecendo os olhos satisfeitos
Por ceos, por mares, por montanhas, prados,
Por quanto ha hi mais bello no universo,
Não sentiu arrobar-se-lhe a existencia? (1).

Trece años, o sea hasta el de 1555, residió Luisa en el palacio de la Infanta, después de los cuales Diego Sigeo se domicilió en Torres Novas, donde aquélla, en dicho año (2), contrajo matrimonio con un hidalgo burgalés llamado Francisco de Cuevas, quizás pariente de Luisa por la línea materna de ésta, y con quien luego residió en Burgos.

Nicolás Antonio dice que antes de marcharse de Torres Novas Luisa Sigea, hizo testamento ante el notario Constantino Méndez de Gouvea, disponiendo que a su muerte la enterrasen junto

(1) *Camoẽs* por J. B. de Almeida Garret; Canto V.
(2) Allut (pág. 12) da la fecha de 1557. Mas por una carta de Luisa vemos que residía ya en Burgos en octubre de 1555.

al sepulcro de su padre, quien es verosímil que residiese después algún tiempo en Lisboa, pues vemos que en esta ciudad, y a 13 de Septiembre de 1560, dedicó a don Enrique su opúsculo *De ratione accentuum* (1).

Por entonces oyó hablar de Luisa el Arcediano de Alcor, quien dice:

Sobre todas paresçe mostruossa, y que se deue contar por cossa de prodigio en este tiempo. Esta es una dueña llamada Loisa Sigea, que al presente bive en Burgos, cuyo padre, françés de naçion, casó en Toledo, y con esta hija que allí le nació se fué a Portugal y la pusso en Palacio, en seruicio de la Prinçesa doña María, hija del Rey don Manuel y de la Infanta de Castilla doña Leonor. A esta Sigea enseñó su padre algunas letras, y ella después en Palacio se dió tanto a ellas, que se hiço muy docta en Philosophia y Oratoria y Poesía, y principalmente en las lenguas latina, griega, hebrea y caldea, en las quales tan fácilmente habla y escriue como la nuestra castellana. Por lo qual, según ella misma escriue, es conoçida en la mayor parte de Europa (2).

---

(1) Diego Sigeo murió en Torres Novas y fué sepultado en el convento del Carmen, según dice Nicolás Antonio. En su sepulcro se puso esta breve inscripción: *Aquí yaz Diego Sigeo.*

(2) *De la antiguedad y nobleça de la ciudad de Palençia, y sus fundaciones y distruciones en veçes diuersas, y de su insigne yglesia,* [por Alfonso Fernández de Madrid, Arcediano de Alcor].

Ms. de fines del siglo XVII.

Folios 463 y 464.

Biblioteca Nacional. Mss., núm. 1.922.

En el año 1556 vino a España la reina de Hungría y Gobernadora de Flandes, doña María, hermana de Carlos V, que se retiraba a pasar aquí sus últimos años; Luisa se acogió a la benevolencia de aquella dama virtuosa y tuvo feliz éxito en su pretensión; a mediados de 1558 consiguió el destino de Secretario para Francisco de Cuevas, y para ella el de dama en la Corte de doña María, con quien residió en Valladolid.

Muy luego se volvió la fortuna, ingrata siempre para Luisa; a 18 de Octubre de 1558 falleció en Cigales doña María, y la autora de *Cintra* quedó nuevamente huérfana de protección, sin más recurso que una pequeña renta dejada por doña María en su testamento.

Al año siguiente dirigió una sentida y elocuente epístola a Felipe II, donde, recordando sus méritos, se dolía de la pobreza en que vivía y solicitaba cargos áulicos para ella y su esposo.

En vano esperó Luisa el premio debido a sus talentos y a los servicios prestados en la Corte lusitana. Desvanecidas las ilusiones que antes con justo motivo concibiera, cayó en una profunda tristeza, que ya se manifestaba en algunas de sus cartas, viendo realizada la sentencia de que el ingenio es hermano de la pobreza. Su muerte fué causada más por dolencia moral que por enfermedad física. Habiendo solicitado un puesto entre las damas de la Reina doña Isabel de Valois, vió con intenso dolor que su petición era desechada.

Así lo atestigua el Secretario Tomás Gracián Dantisco en lacónicas palabras:

Por otra tal repulsa murió de sentimiento aquella famosa Luysa Sigea, criada que fué de la Reyna doña María y lo pretendió ser de la Reyna doña Isabel, que está en gloria; y assí me acuerdo que el Nuncio Terracina y otros hombres doctos que se celebraron con versos su muerte y memoria, tocaron bien esto: *despecta graviter repulsam tulit* (1).

Falleció a 13 de octubre de 1560, dejando una niña llamada Juana, mujer que luego fué de don Gonzalo Ronquillo, y madre de don Francisco, don Gonzalo y don Antonio Ronquillo de Cuevas; don Antonio fué catedrático en la Universidad de Salamanca y después Gran Chanciller de Milán, de la Cámara de S. M., Embajador de España en Roma y Virrey de Sicilia (2).

---

(1) *Carta de Gracian al Secretario Zayas.* San Lorenzo, 4 de marzo de 1572.

(Archivo de Simancas; *Estado;* legajo 155.)

En esta carta se habla de la hija de un don Juan, que sabía latín y deseaba ser criada de la Reina, pretensión que no logró.

(2) Tuvo dos hijos: don Antonio Ronquillo y Briceño, nacido en Madrid, parroquia de Santiago, y cuya madre fué doña María de Briceño, señora de Molezuelas, y don Francisco Ronquillo Briceño, caballero de Calatrava, Gobernador del Consejo de Castilla y Teniente general de los ejércitos en Milán. Hijo de don Francisco fué don Pedro Ronquillo, Mariscal de campo, cuyas pruebas para el hábito de Santiago se hicieron en 1709, y Conde de Gramedo, título creado en octubre de 1677.

Su muerte produjo un intenso dolor en cuantos la conocían y admiraban las relevantes cualidades que adornaban a la incomparable toledana, en quien, por caso infrecuente, se reunía la belleza corporal con la erudición, prodigiosa en su sexo, y las maravillas del ingenio.

CANCIÓN DE LA SEÑORA LUISA SIGEA DE VELASCO, DECLARANDO: *Habui menses vacuos et noctes laboriosas, et numeravi mihi.*

Pasados tengo hasta ahora
muchos meses y largos
tras un deseo en vano sostenido,
que tanto hoy día mejora
cuanto los más amargos
y más desesperados he tenido;
lo que en ellos sentido
no puedo yo contallo;
el alma allá lo cuente;
mas ella no lo siente
tan poco que no calle como callo;
¡Oh grande sentimiento!
que a veces quita al alma el pensamiento,
y cuando esto acaece,
según veo las señales,
ya creo que el remedio está cercano;
la vida se amortece,
no se sienten los males

tanto como si esté el cuerpo más sano;
pero todo es en vano,
que al fin queda la vida
y torna el alma luego
en el costumbrado fuego
a ser muy más que antes encendida;
así que en fantasías
se me pasan los meses y los días;
en fantasías y cuentos
la vida se me pasa;
los días se me van con lo primero,
las noches en tormentos,
que el alma se traspasa
echando cuenta a un cuento verdadero
cual es dende que espero
el fin de mi deseo;
¡cuántas habré pasadas
de noche trabajadas
sufriéndolas por ver lo que aún no veo!
Estas muy bien se cuentan,
mas ¡ay, que las que quedan más me afrentan!
En esto un pensamiento
me acude a consolarme
de cuantos males solo dél recibo
pensando en mi tormento;
no oso de alegrarme
según que se me muestra tan esquivo;
con todo, allí recibo
con tan nuevo consuelo,
y aunque parece sano

no oso echalle mano,
que a quien vive en dolor todo es recelo,
y al fin helo por bueno
y huelgo de acogerle acá en el seno.
Esta es una esperanza
que viene acompañada
de razón, que en mi parte no ha faltado,
que habrá de hacer mudanza
en la fortuna airada
que ha tantos años contra mí durado,
y aunque fuera hado
o destino invencible
de cruda avara estrella,
muriera el poder de ella
con el de la razón que es más terrible,
y con su ser perfecto
traerán de mi deseo buen efecto;
mas ¡¡ay!! no sean aquesto
consolaciones vanas,
que ansí como se sienten no esperadas
ansí se van tan presto
que dejan menos sanas
las almas donde fueren gasajadas;
las noches trabajadas
ajenas de alegría,
los días, meses y años
llenos de graves daños
habré de pensar siempre noche y día;
si en esto el remedio halle
no sentiré el trabajo de esperalle.

Porque no seas de las gentes creída,
canción, conmigo queda,
que yo te encubriré mientras que pueda.

UN FIN, UNA ESPERANZA, UN COMO, UN CUANDO

OCTAVAS DE LA MISMA SEÑORA LUISA SIGEA DE VELASCO, DECLARANDO: *Habui menses vacuos et noctes laboriosas, et numeravi mihi* (Job).

Un fin, una esperanza, un como o cuando;
tras sí traen mi derecho verdadero;
los meses y los años voy pasando
en vano, y paso yo tras lo que espero;
estoy fuera de mí, y estoy mirando
si excede la natura lo que quiero;
y así las tristes noches velo y cuento,
mas no puedo contar lo que más siento.

En vano se me pasa cualquier punto,
mas no pierdo yo punto en el sentillo;
con mi sentido hablo y le pregunto
si puede haber razón para sufrillo:
respóndeme: sí puede, aunque difunto;
lo que entiendo de aquél no sé decillo,
pues no falta razón ni buena suerte,
pero falta en el mundo conocerte.

En esto no hay respuesta, ni se alcanza
razón para dejar de fatigarme,
y pues tan mal responde mi esperanza
justo es que yo responda con callarme;
fortuna contra mí enristró la lanza

y el medio me fuyó para estorbarme
el poder llegar yo al fin que espero,
y así me hace seguir lo que no quiero.
Por sola esta ocasión atrás me quedo,
y estando tan propincuo el descontento,
las tristes noches cuento, y nunca puedo
hallar cuento en el mal que en ella cuento;
ya de mí propia en esto tengo miedo
por lo que me amenaza el pensamiento;
mas pase así la vida, y pase presto,
pues no puede haber fin mi presupuesto (1).

(1) Ms. del siglo XVII. Bibl. del Excmo. Sr. Marqués de Laurencín.

SANTA TERESA DE JESÚS

Nació en Avila a 28 de marzo de 1515. A fines de octubre, o comienzos de noviembre de 1536, entró de novicia en el Monasterio de la Encarnación, de dicha ciudad, y profesó al año siguiente. En 1562 fundó el convento de San José, base de la reforma del Carmen. Falleció en Alba de Tormes a 4 de octubre de 1582. Por ser tan conocida la biografía de mujer tan extraordinaria, nos limitamos a estos breves datos cronológicos. De los muchos libros que se han escrito acerca de ella, nos parece casi insuperable el novísimo de don Miguel Mir (1), que fuera algunas preocupaciones contra determinados religiosos, es modelo de erudición, de crítica, de estilo y de fervorosa piedad, sin la que fuera imposible conocer el alma de Santa Teresa, en la que Dios prodigó con su omnipotencia todo género de bienes y de rarísimas perfecciones.

---

(1) *Santa Teresa de Jesús. Su vida, su espíritu, sus fundaciones, por don Miguel Mir.* Madrid, 1912; dos vols. en 8.°

I

UNOS VERSOS DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS, NACIDOS AL FUEGO DEL AMOR DE DIOS QUE EN SÍ TENÍA

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros,
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,

no lo es la esperanza larga;
quíteme Dios esta carga,
más pesada que de acero.
que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte, do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte:
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.
Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera
no se goza estando viva;
muerte, no seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.
Vida ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es perderte a ti
para mejor a él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,

pues a El sólo es el que quiero,
que muero porque no muero.
Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.
El pez que del agua sale
aún de alivio no carece;
a quien la muerte padece,
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero?
que muero porque no muero.
Cuando me empiezo a aliviar
viéndote en el Sacramento,
me hace más sentimiento
el no poderte gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero,
que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte,
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será
cuando yo diga de vero
que muero porque no muero?

II

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor,
que me quiere para sí;
cuando el corazón le di
puso en mí este letrero
que muero porque no muero.
Esta divina unión,
y el amor con que yo vivo,
hace a mi Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;

y causa en mí tal pasión,
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
Acaba ya de dejarme,
vida, no me seas molesta,
porque muriendo, ¿qué resta
sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que así te requiero,
que muero porque no muero.

III

VILLANCICO

¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.
¡Oh, ñudo, que ansí juntáis
dos cosas tan desiguales;
no sé por qué os desatáis,

pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.
Quien no tiene ser juntáis
con el ser que no se acaba;
sin acabar, acabáis;
sin tener que amar, amáis;
engrandecéis vuestra nada.

IV

OCTAVA

Dichoso el corazón enamorado
que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,
por El renuncia todo lo criado,
y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso.

V

CUARTETAS

—Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
decidme: ¿en qué me detengo?
o Vos ¿en qué os detenéis?
—Alma ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.

—Y ¿qué temes más de ti?
—Lo que más temo es perderte.
Un amor que ocupe, os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
para hacer un dulce nido
adonde más la convenga.
Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo amar?

VI

GLOSA QUE NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS HIZO AL VELO DE LA HERMANA ISABEL DE LOS ÁNGELES, EN SALAMANCA, AÑO DE 1571.

Hermana, porque veléis,
os han dado hoy este velo,
y no os va menos que el cielo;
por eso, no os descuidéis.
Aqueste velo gracioso
os dice que estéis en vela,
guardando la centinela
hasta que venga el Esposo.
Que como ladrón famoso,
vendrá cuando no penséis;
por eso, no os descuidéis.

No sabe nadie a cuál hora,
si en la vigilia primera,
en la segunda o tercera;
todo cristiano la inora;
pues velad, velad, hermana,
no os roben lo que tenéis;
por eso, no os descuidéis.
En vuestra mano encendida
tened siempre una candela,
y estad con el velo en vela,
las renes muy bien ceñidas;
no estéis siempre amodorrida,
mirad que peligraréis,
por eso, no os descuidéis.
Tened óleo en la aceitera
de obras y merecer,
para poder proveer
la lámpara, no se muera;
porque quedaréis de fuera
si entonces no la tenéis,
por eso, no os descuidéis.
Nadie os le dará prestado;
y si lo vais a comprar,
podríades mucho tardar
y el esposo haber entrado;
y desque, una vez cerrado,
no hay entrar aunque llaméis;
por eso, no os descuidéis.
Tened contino cuidado
de cumplir como alma fuerte

hasta el día de la muerte,
lo que habéis hoy profesado;
porque habiendo así velado,
con el Esposo entraréis;
por eso, no os descuidéis.

DOÑA ISABEL VEGA

Poetisa madrileña, ó que, al menos, residió largos años en la Corte. Escribió sus versos en los últimos años de Carlos V y en tiempo de Felipe II.

CANCIONILLA CON GLOSA

Tanto puede la afición
cuando con fe persevera,
que donde premio no espera
de allí saca galardón.

GLOSA

De una herida mortal
que sólo amor pudo dalla
quedó mi sentido tal,
que ni vive con el mal
ni bien con el bien se halla,
y cuando más sin remedio,
más contento en su pasión,
entonces de compasión
el mismo amor le dió medio;
tanto puede la afición.

Tanto puede el afición
que en justo lugar se emplea,
que con muy justa razón
palma sin contradicción
llevará el que así pelea;
mas guárdese de mudanza
el que tal victoria espera;
susténtese en su esperanza,
que cualquiera bien se alcanza,
cuando con fe persevera.

Cuando con fe persevera
el que en bien amar se gasta,
finge contento aunque muera,
y al fin hace de manera
que poco favor le basta,
y es tan acepto este amar,
que aunque sin pena pudiera,
quiere mucho más penar
que tal victoria alcanzar
donde premio no se espera.

Donde premio no se espera
de los servicios y amor,
un corazón de una fiera
no pienso que resistiera
el sentimiento y dolor;
mas no desmaye el penado
ni le venza la pasión,
que si tal es el cuidado,
de sólo haber bien amado
de allí saca galardón.

GLOSA DE LA MISMA Á ESTE VILLANCICO

Nunca más vean mis ojos
cosas que le den placer
hasta tornaros á ver.

GLOSA

Si pudiese con la vida
recobrarse el bien perdido,
yo la doy por bien perdida,
que el morir no es á medida
del dolor que he padecido;
y pues veros apartar
fué causa de mis enojos,
pues no queda que mirar
ni lágrimas que llorar,
nunca más vean mis ojos.
¿Qué puedo ya ver, señora,
habiéndote visto en mí?
que el que te vido y te adora
no puede vivir un hora
más que cuando vive en ti;
mas pues que con mis gemidos
no puedo ya detener,
no se acabe el padecer,
ni suenen á mis oídos
cosas que les den placer.
Cuando me atormenta amor
con temor, ausencia y muerte,

tengo yo por buena suerte
vivir con tanto dolor
á trueque de esperar verte;
pero porque de sufrir
no se canse el padecer,
finge mi mal un placer
qu' es imposible sentir
hasta tornaros a ver.

COPLAS DE LA MISMA

Ni basta disimular
ni fingir contentamiento,
qu' el rabioso pensamiento
revienta por se mostrar.
No me aprovecha callar
aunque la razón me ayuda,
que si la lengua está muda
los ojos saben hablar.
¡Oh cuitado corazón!
¡Cuán dichoso hubieras sido
si fuera tu mal fingido,
como los de muchos son!
Mas ¡ay!, cuán á costa mía
es vuestro mal verdadero,
pues mucho más persevero
mientras más el mal porfía.
Ya no valen desengaños
para hacerme entender

cuán costoso es el querer
que acarrea tantos daños.
Qu' es tan ciega mi afición
y está el mal tan arraigado,
que en virtud de mi cuidado
me sustenta mi pasión.

SONETO DE LA MISMA SEÑORA Á LA MUERTE DEL EMPERADOR CARLOS V

¡Oh muerte! cuánta gloria has alcanzado
triunfando del que triunfos par no tiene;
que triunfes más de nadie no conviene,
pues no hay *plus ultra* adonde has llegado.
Sosiéguese de hoy más tu pecho airado,
qu' el daño que por ti cruel nos viene
ni el nombre del que en tal dolor nos tiene
no temas que jamás será olvidado.
¡Oh César y Alejandro! que ganastes
tan clara fama por los hechos raros
y con ellos triunfáis en el abismo.
¡Oh Carlos! clara luz, que vos volastes
al sumo cielo con triunfos claros
después de haber triunfado de vos mismo.

DE LA MISMA, AL PRÍNCIPE DON CARLOS, PORQUE HABIENDO VISTO ESTE SONETO DIJO QUE NO ERA POSIBLE HABERLO HECHO MUJER

Muy alto y muy poderoso
nuestro Príncipe y señor,
dignamente subcesor
del invicto y glorioso
César sacro emperador,
No del reino solamente,
mas de aquel temido nombre,
y seréis del gran renombre
y del ánimo excelente
con que se engrandece el hombre.
Los que por nuestro albedrío
sólo a ciegas navegamos,
tan presto nos anegamos
como en el hondo del río
porqu' el vado no hallamos.
Y por eso nos llegamos
al ejemplo de mayores,
porque si bien lo miramos,
nuestras obras son mejores
si las suyas imitamos.
Pues viendo que todo el mundo,
los pequeños y mayores,
con llantos y con clamores
alaban al sin segundo
rey de reyes y señores,

quise con humilde celo
de que esto se conservase,
y por no ser en el suelo
sola la que no cantase
las glorias de vuestro agüclo.
Mostrar quise mi rudeza
viendo tan gran ocasión,
pero no con intinción
que viese vuestra grandeza
versos que tan bajos son.
Y de ser mía la obra
la razón está muy clara,
porque ninguno hablara
de tanta materia sobra
que más no la levantara.
Bien sé que fué atrevimiento
entrar yo en tan hondo mar,
pero no pude dejar
de mostrar el sentimiento
que todos deben mostrar.
Con el divino favor
yo espero de aquestos males
que teniéndoos por señor
no sentiremos dolor
aunque nos queden señales.
Qu' es tal vuestra humanidad
con los que poco valemos,
que muy cierto esperaremos
consuelo en la soledad
del rey que perdido vemos.

Y si nos queréis guiar
por la lumbre de esta estrella
podraos a Belén llevar,
do está la luz, que sin ella
no nos podemos salvar.

SONETO DE LA MISMA AL PRÍNCIPE DON CARLOS DE ESPAÑA, SOBRE ESTE VERSO DE DAVID: *Omnia excelsa tua et fluctus tui super me transierunt.*

Divino ingenio, lengua casi muda,
hermoso rostro, cuerpo desgraciado,
valor inestimable no estimado,
con mano larga y de poder desnuda.
Virtud resplandeciente sin ayuda,
rigor y ejecución bien empleado;
benigno, afable, nunca espirmentado,
palabra firme, fe que no se muda.
Alto estado, grandeza, abatimiento,
prisión y libertad, poca salud
con ánimo constante y sufrimiento.
Pasó sin hacer daño a su virtud
el Príncipe don Carlos desdichado,
a quien Fortuna rostro no ha mostrado (1).

(1) Hállanse estas poesías en un Cancionero que contiene versos de algunos ingenios de los siglos XV y XVI, como son Juan Alvarez Gato, Gómez Manrique, Juan

ANONIMA

Fines del siglo XVI.

CANCIONES DE LA UNIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN DIOS POR LA TINIEBLA DIVINA DE PURA CONTEMPLACIÓN

Aquella niebla oscura
es una luz divina fuer de hermosa,
inaccesible y pura,
íntima, deleitosa,
un ver a Dios sin vista de otra cosa.
La cual a gozar llega
el alma que de amor está inflamada,
y viene a quedar ciega,
quedando, sin ver nada,
la ciencia trascendida y alcanzada.
Y cuando la conquista
del reino de sí misma es acabada,
se sale sin ser vista

Fernández de Heredia, Castillejo, Burguillos, Juan Tobar, Garci Sánchez de Badajoz, Garcilaso de la Vega y otros. Ms. de fines del siglo XVI. Bibl. del Real Palacio. Est. F, P. 5.

de nadie, ni notada,
a buscar a su Dios dél inflamada.
Y en aquesta salida
que sale de sí el alma, dando un vuelo
en busca de su vida,
sube al empíreo Cielo,
y a su secreto siempre quita el velo.
Y aunque busca al amado
con la fuerza de amor toda encendida,
en sí le tiene hallado,
pues está entretenida
en gozar de su bien con él unida.
Está puesta en sosiego,
ya todas las imágenes perdidas
y su entender ya ciego,
las pasiones rendidas,
con fuerza las potencias suspendidas.
A tal gloria y ventura
subir por escalera la convino
para venir segura,
que por modo divino
los misterios de Cristo fué el camino.
Y habiendo ya llegado
al deseado fin, que fué su intento,
tiene quieta en su amado
contino movimiento,
estando sosegada y muy de asiento.
Y cuando de contino
del Verbo eterno el alma está gozando,
su espíritu divino

mueve un aire muy blando,
que todo lo interior va regalando.
En la noche serena
en que goza de Dios, su vida y tempro,
sin darla nada pena,
le busca bien adentro
con deseos, saliéndole al encuentro.
El amor la encamina
metida entre tiniebla tan oscura,
y sin otra doctrina
camina muy segura
adonde Dios la muestra su hermosura.
Y yendo sin camino,
sin que haya entendimiento ni memoria,
la muestra el Rey divino
su virtud y su gloria
como se puede en vida transitoria.
¡Oh noche cristalina,
que juntaste con esa luz hermosa
en una unión divina
al esposo y la esposa,
haciendo de ambos una misma cosa!
Gozando dél a solas
y puesto un muro en este prado ameno,
vienen las blandas olas
de aqueste aire sereno
y todo lo de afuera lo hace ajeno.
Aquel rey en quien vive
la tiene con gran fuerza ya robada,
y como le recibe

de asiento en su morada
la deja de sí toda enajenada.
  Como es tan poderosa
la fuerza de aquel bien con que está unida
y ella tan poca cosa,
con darse por vencida
pierde su ser y en él es convertida.
  No porque jamás pueda
ser que su esencia pierda la criatura,
sino que como exceda
tanto en Dios su hechura,
toda en él se convierte y transfigura (1).

(1) Bibl. Nac. Mss., núm. 3.766.

DOÑA CATALINA ZAMUDIO

SONETO EN ALABANZA DE VICENTE ESPINEL

El que con tierna voz del reino escuro
templó el furor y suspendió el tormento,
y el que con dulce y regalado acento
trajo las piedras al tebano muro,
si oyeran de tu estilo raro y puro
el són airoso y numeroso aliento,
hicieran a tu canto el movimiento
que al suyo hizo el corazón más duro.
Que si entre brutos y en el siglo bruto
eternizaron tanto su memoria
con simple voz por el inculto oído,
tanto más te levanta el gran tributo
que en este siglo das, cuanto es más gloria
vencer al vencedor que no al vencido (1).

---

(1) *Diversas Rimas de Vicente Espinel.* En Madrid, por Luis Sánchez. Año MDXCI.

DOÑA ISABEL DE CASTRO Y ANDRADE

CONDESA DE ALTAMIRA

Falleció en 1595.

COMPETENCIA ENTRE LA ROSA Y EL SOL

SONETO

Púrpura ostenta, disimula nieve,
entre malezas peregrina rosa,
que mil afectos suspendió frondosa,
que mil donaires ofendió por breve.
Madre de olores a quien ambas debe
lisonjas, no por prenda de la diosa,
mas porque a los aromas deliciosa
lo más sutil de los alientos bebe,
en prevenir al sol tomó licencia:
sintiólo él, que, desde un alto risco,
sol de las flores halla que le incita;
miróla al fin ardiente basilisco,
y ofendido de tanta competencia,
fulminando veneno la marchita (1).

(1) Publicada por don Juan Pérez de Guzmán en su *Cancionero de la rosa,* tomo I, pág. 137.

DOÑA LEONOR DE OVANDO

Religiosa profesa en el Monasterio de Regina, de la Isla Española.

SONETOS

I

EN RESPUESTA A UNO DE EUGENIO DE SALAZAR

El niño Dios, la Virgen y parida,
el parto virginal, el Padre eterno,
el portalico pobre y el invierno
con que tiembla el autor de nuestra vida.
Sienta, Señor, vuestra alma y advertida
del fin de aqueste don y bien superno,
absorta esté en aquél, cuyo gobierno
la tenga con su gracia guarnecida.
Las pascuas os dé Dios, cual me las distes
con los divinos versos de esa mano;
los cuales me pusieron tal consuelo,
que son alegres ya mis ojos tristes,
y meditando bien tan soberano,
el alma se levanta para el cielo.

II

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN LA PASCUA DE REYES

Buena Pascua de Reyes y buen día,
ilustre señor mío, tengáis éste,
adonde la clemencia sacra os preste
salud, vida, contento y alegría.
Del niño y de los magos y María
tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste
querer que sea el espíritu celeste,
y así gocéis de la alta melodía.
Albricias de la buena nueva os pido,
aguinaldo llamado comúnmente,
que es hoy Dios conoscido y adorado
de la gentilidad, pues le ha ofrescido
en parias a los Reyes del Oriente,
y su poder ante él está postrado.

III

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE UNO SUYO

El buen pastor Domingo, pregonero
de nuestro bien y gloria rescibido,
aquesta vuestra sierva le ha tenido
en más que a muy ilustre caballero.

Sé que le hizo Dios para tercero
del abreviado plazo y bien cumplido,
que el cuerpo y alma estuvo dividido,
del manso y divinísimo cordero.
El salto y zapateta fué bien dado,
pues con la mesma espada de Golías,
nuestro David le corta la cabeza.
Domingo desto está regocijado,
y hace deste bien las alegrías;
mas yo me llevaré la mejor pieza.

IV

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO

Pecho que tal concepto ha producido,
la lengua que lo ha manifestado,
la mano que escribió, me han declarado
que el dedo divinal os ha movido.
¿Cómo pudiera un hombre no encendido
en el divino fuego, ni abrasado,
hacer aquel soneto celebrado
digno de ser en almas esculpido?
Al tiempo que lo vi quedé admirada,
pensando si era cosa por ventura
en el sacro colegio fabricada.
La pura santidad allí encerrada,
el énfasis, primor de la escritura,
me hizo pensar cosa no pensada.

V

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO, EN RESPUESTA DE OTRO SUYO, SOBRE LA COMPETENCIA ENTRE LAS MONJAS BAUTISTAS Y EVANGELISTAS.

No sigo el estandarte del Bautista,
que del amado tengo el apellido;
llevóme tras su vuelo muy sabido
el águila caudal Evangelista.
Mirélo ya con muy despierta vista
desde que tuve racional sentido;
y puesto que el Profeta es tan subido,
mi alma quiso más al coronista.
No quiero yo altercar sobre su estado,
pues sé que fueron ambos claro espejo,
y de la perfección rico dechado.
Tomo con humildad vuestro consejo
y quiero destos fuertes capitanes
ser, como me mandáis, de entrambos Joanes.

VI

VERSOS SUELTOS
DE LA MISMA SEÑORA, AL MISMO

Cual suelen las tinieblas desterrarse
al descender de Febo acá en la tierra,
que vemos aclarar el aire oscuro,

y mediante su luz pueden los ojos
representar al alma algún contento,
con lo que puede dar deleite alguno;
así le aconteció al ánima mía
con la merced de aquella ilustre mano,
que esclareció el caliginoso pecho,
con que pude gozar de bien tan alto,
con que pude leer aquellos versos
dignos de tan capaz entendimiento,
cual el que produció tales conceptos.
La obra vuestra fué; mas el moveros
a consolar un alma tan penada,
de aquella mano vino, que no suele
dar la niëve, sin segunda lana;
y nunca da trabajo, que no ponga
según la enfermedad la medicina.
Así que equivalente fué el consuelo
al dolor que mi alma padescía
del ausencia de prendas tan amadas.
Seis son las que se van, yo sola quedo,
el alma lastimada de partidas,
partida de dolor, porque partida
partió, y cortó el contento de mi vida,
cuando con gran contento la gozaba;
mas aquella divina Providencia,
que sabe lo que al alma le conviene,
me va quitando toda la alegría
para que sepáis que es tan celoso,
que no quiere que quiera cosa alguna
aquel divino Esposo de mi alma,

sino que a él solo sirva y quiera,
que sólo padesció por darme vida;
yo sé que por mí sola padesciera
y a mí sola me hubiera redimido
si sola en este mundo me criara.
La esposa dice: "Sola yo a mi amado,
mi amado a mí; que no quiero más gente,
y llorar por hermanos quien es monja,
sabiendo que de sola se apellida;
no quiero yo llorar, mas suplicaros
por sola me veáis, si sois servido
que me edificaréis con escucharos (1)."

(1) *Silva de Poesía, compuesta por Eugenio de Salazar.* Ms. original. Bibl. de la Academia de la Historia. Folios 205 a 208.

SOR MARIA DE SAN JOSE

De cuantas discípulas tuvo la insigne reformadora del Carmelo, acaso ninguna descolló por su talento literario como Sor María de San José; su prosa es fácil, tersa y elegante sin afectación, y sus versos, muy dignos de alabanzas.

Fué su patria la ciudad imperial de Toledo, y nació en el año 1548. Sus padres, Pedro de Velasco y María de Salazar, eran, a lo que se decía en su tiempo, de Molina de Aragón. Muy joven entró de doncella en casa de doña Luisa de la Cerda, y allí conoció a Santa Teresa, cuando ésta, en el año 1562, fundó en Toledo el convento de Carmelitas Descalzas. Tanto se pagaba de ella la Santa, que la persuadía se hiciese monja, y al fin logró que tomase el hábito en Malagón, el año 1569; al siguiente hizo su profesión (1).

En 1575 marchó con Santa Teresa a la fundación del convento de Sevilla, del cual fué ele-

---

(1) Constan estas noticias en una carta que, a raíz de morir Sor María de San José, escribieron las monjas de Cuerva. Hállase en el ms. 3.537 de la Bibl. Nac.

gida Priora. Efecto de la mala voluntad con que los frailes Calzados veían la reforma de su Orden, padeció graves disgustos, a los que se agregaron odios y rencillas de beatas; una de éstas acusó ante la Inquisición a las Carmelitas Descalzas de Sevilla, diciendo que eran alumbradas; persecuciones que la madre San José refirió en un libro muy conocido gracias a don Vicente de la Fuente. Santa Teresa, que conocía a fondo las relevantes cualidades de Sor María, mantuvo con ella larga correspondencia, ya enviándola instrucciones en circunstancias tan difíciles, ya dándola cuenta de sucesos prósperos y adversos, y otras veces amonestándola. En las contiendas suscitadas por los partidarios de los padres Nicolás Doria y Jerónimo Gracián, defendió la causa de éste, firmemente convencida de que en él se encarnaba el pensamiento de Santa Teresa. En 1584 fué a Lisboa y fundó un convento de su Orden. A la penetración de Sor María no se ocultó el fraude que había en la monja de Lisboa Sor Luisa de la Visitación; cuando le contaron sus milagros respondió "que la hipocresía sabe obrar mayores cosas" (1).

Vuelta á España, se retiró al Monasterio de Cuerva, donde falleció en el año 1603.

---

(1) *Reforma de los Descalzos*, tomo II, pág. 132.

ELEGÍA (1)

En el nombrado puerto de Ulisea,
donde la ilustre capa Eliana
con su antigua blancura le hermosea;
aquí la dichosa (2) gente Mariana
sigue a la sacra Virgen que la adiestra,
y con su dulce nombre la hace ufana.
En una peña al mar clara se muestra
una carmela casa, no olvidada
del que ampara los pobres con su diestra,
adonde el grande Alberto una manada
de simples ovejuelas apacienta
sin pasto, sin favor, sin tener nada.
Las olas más que el mar sube y aumenta
el que a todos persigue con trabajos,
y con furia infernal nos atormenta.
Mas todo cuanto ordena son atajos
para llegar más presto al deseado
puerto, lleno de gozos y agasajos.
En medio esta tormenta se ha esforzado
una afligida y simple pastorcilla
a cantar, como puede, su cuidado;

(1) La copiamos del ms. autógrafo (Bibl. Nac.), que lleva algunas enmiendas de otra mano, y anotamos sus tachaduras. Don Vicente de la Fuente la rotuló: *Tercetos exhortando a las Carmelitas Descalzas a sufrir las persecuciones en defensa de sus Constituciones primitivas.*

(2) La Fuente leyó *Elisea.*

y aunque con ronca voz la pobrecilla,
y haciendo de sus ojos una fuente,
que provoca mirarla a gran mancilla,
al cielo está mirando atentamente
el rostro macilento y lacrimoso
un ¡ay, ay! repitiendo solamente.
El aparato y traje no es curioso,
antes es pobre, rústico y grosero,
y el ánimo, aunque triste, generoso;
un meneo y mirar tiene sincero
y un no sé qué se muestra de ecelencia,
igual (1) a las que siguen al cordero
huyendo el vano ocio, a diferencia
de las que en vanidad gastan su vida;
mil instrumentos trae de penitencia.
Muestra de gran dolor (2) estar herida,
ajena de ficción, burla o engaño,
ni a cosa torpe o vana estar rendida;
parece lamentar un grave daño,
y aunque no acaba de decir su duelo,
entre dientes pronuncia: —¡Ay, mi rebaño!
En el semblante y fervoroso celo
parece de las deas (3) consagradas
a la sublime Diosa en el (4) Carmelo.
Estas en santo rito ejercitadas
en la observancia de la sacra selva,
entre otras muchas son aventajadas.
Esperando un gran rato a que se vuelva

(1) semejante. (2) grande mal. (3) ninfas. (4) del.

por ver si entendería su cuidado
antes que en llantos tristes (1) se resuelva,
vi que atenta miraba un extremado
retrato de una Virgen ecelente;
Teresa, escrito tienes mi cuidado.
Este pone en los ojos, boca y frente,
éste la eclipsa, turba y la serena,
aunque el alivio en ella es accidente;
y el aflojar algún tanto la pena
es para más penar, quien tiene el pecho
y el alma de pesar contino llena.
El corazón revuelve muy deshecho
al sentimiento duro y vehemente,
teniendo el lamentar por su provecho.
Bastantes muestras da de lo que siente:
suspensa, discurriendo un tiempo largo,
coteja lo pasado a lo presente,
y dice: —¡Ay madre mía!, qué aciago
fué el día que causó tu apartamiento,
pues toda la esperanza ha dado en vago.
En llanto se volvió nuestro contento,
y aquel alegre tiempo del verano,
donde nos dabas pasto al fresco viento.
¿Quién nos sacó, pastora, de tu mano?
¿Quién nuestra dulce suerte revolviendo
nos entregó a dolor tan inhumano?
¿Quién nuestro claro sol escureciendo

(1) lágrimas.

sin lumbre nos dejó y sin alegría,
el curso a nuestro bien interrumpiendo?
No habrá ya para nos sereno día,
que la rueda dió vuelta en un instante
cuando más fija a nos se prometía;
y cuando se mostraba más pujante
la fortuna, burló nuestra esperanza,
porque en el bien no sabe estar constante.
Consuélome, que en mí no habrá mudanza,
porque siempre tendré bañado el pecho
del húmido licor en abastanza.
No permita el Señor que satisfecho
esté mi corazón con breve pena,
pues merece la (1) eterna de derecho.
Ayúdeme el dolor con larga vena,
pues nos van duros hados ofreciendo (2)
a más penas, que el mar encierra arena.
Esto decía, y luego prosiguiendo,
va en el proceso triste de su cuento,
el alma a cada paso despidiendo.
Auméntase por horas su tormento
con el veloz discurso, y anda dando
mil vueltas en un punto el pensamiento.
La voz con el dolor le va faltando
cuando su bien contempla se ha perdido;
mas el mismo dolor la va esforzando,
y prestándole (3) fuerzas al sentido,

(1) se debe una. (2) disponiendo. (3) dando la pena.

la grave pena un (1) doloroso llanto
comienza con dolor, y con (2) gemido.
¡Ay! ¿Cómo se atrevió el funesto manto
a cubrir esa luz hermosa y bella?
¿Cómo de tu valor no tuvo espanto?
¿Cómo Teresa, relumbrante estrella
de nuestro firmamento, te quitaron,
y principio se dió a nuestra querella?
¿Cómo de nuestro monte te cortaron,
hermoso ramo, de mil frutos lleno?
¿Por qué de tu verdura nos privaron?
La cumbre se secó del monte ameno
como nos dice Amós profetizando,
del que de pasto verde estaba lleno.
Forzoso me será cegar llorando,
cubierta con perpetuo y triste luto,
los males de mi patria lamentando.
El aire ya se muestra estar corruto
que mucho del ganado va muriendo;
¡lágrimas, no dejéis lugar enjuto
de cuantos mi pastora discurriendo
anduvo por el bien de su manada,
los saludables pastos inquiriendo!
Mas ya por otra mano repastada,
triste de mí, cuán otra, ya la veo,
con desusado pasto está mudada.
¿Qué se hizo el fértil prado y el recreo,

(1) comienza un nuevo y. (2) hiriendo el aire con un gran.

donde a su voluntad hacía presa
de cuanto bien acá pide el deseo?
¿Cuál campo (1) fué más fértil, ni dehesa,
ni cuál ganado ha sido apacentado
mejor que apacentó el suyo Teresa?
Libre pacía por el fresco prado,
porque no se atrevía el lobo fiero
acometer ante ella á su ganado.
Guióle por umbroso y buen sendero,
porque se aventajaba en cien mil cosas
al más aventajado ganadero.
Pisaba por las matas espinosas
haciendo paso libre y buen camino,
quiriendo en sí probar cosas penosas.
Con soberana luz y grande tino
supo escoger el pasto más siguro,
y con presteza al daño se previno,
diestra en hacerse torre y fuerte muro,
do puso a sus ovejas en apriscos,
para excusar el mal del tiempo escuro.
Unas en llanos puso, otras en riscos,
según que a cada una convenía,
temiendo que las miren basiliscos.
Con redes bien ñudosas las cubría,
porque el amor celoso el bien inquiere
y dos mil invenciones descubría.
Revuelve (2) su cayado, a nadie hiere,

(1) prado. (2) revolviendo.

que con un silbo está toda la grey
alerta a lo que manda y lo que quiere.
Supo mejor que otras poner ley
de amor, porque el amor anda rindiendo
al poderoso, fuerte y grande rey,
a quien con su trabajo disponiendo
mil corderillas tiernas, por su mano
en víctimas le está siempre ofreciendo.
Mas ¡ay, triste de mí!, que sirve en vano
representar aquel tiempo dichoso
sino buscar más pena por mi mano;
qu' el cotejo del bien hace penoso
cualquiera mal presente, y más si tuvo
el que le pasa algún tiempo gustoso.
Tanto gusto tuvimos cuanto anduvo
con nos la valerosa Carmelita,
que en paz y amor perpetuo nos mantuvo;
y aun sola su memoria facilita
a todo lo que es bueno y saludable,
huyendo del cuidado y vana grita.
¡Cuán dulce para nos fuiste y amable!
Si tu benigna estrella nos guiara
hasta llegar al prado no mudable,
o cuando nos faltaste nos faltara
la vida, pues sin ti ya es cruda muerte,
y con tu ausencia todo se mudara.
Mudóse en desventura y triste suerte
el hado que amigable se mostraba;
en amargura y hiel se nos convierte,
y el agua dulce do nos abrevaba

viertan los tristes ojos con tormento,
pues que la lengua muda nos faltaba.
Resuene allá, do estás, el triste acento,
dulce pastora, pues que no es posible
que te olvides de nos con el contento.
Si nuestro mal no sientes, de impasible,
mira este tu rebaño, que se pierde
con un grave dolor, que es insufrible.
Mira que se ha secado el prado verde,
y si en el (1) sueño (2) estás embebecida
nuestro gemido triste te recuerde.
Mira esta tu manada desparcida,
mira la cumbre toda destrozada,
la res aquí y allí despavorida.
No sé si la conoces de mudada
sigún andan algunos hechos bobos
tras la mata más alta y entricada (3).
Los perros que se ordenan contra robos,
contra el ganado simple y descuidado,
se vuelven y arremeten como lobos.
Hásenos ya (4) la miera inficionado,
ya no hay con que se cure nuestra roña,
habiendo más que nunca en el ganado.
Lo que salud nos era, es ya ponzoña;
ya se pasó aquel tiempo venturoso;
ya no suena rabel, ya no zampoña.
Do cada cual mostraba ser dichoso

(1) vuelve del. (2) do. (3) encumbrada. (4) se nos ha ya.

ya no hay sino tristeza en cada parte,
ya no hay sino balido doloroso.
Cada cual se recela y pone aparte
sin se fiar la oveja de su cría,
temiendo que del mal no la haga parte.
Ya hay que temer peligro en cada vía
si vuelve la cabeza acaso, o bala,
si la (1) ovejuela acaso se desvía.
¿Quién habrá ya entre todas que la vala
para excusar no sea luego herida
de un golpe que a la muerte se resbala?
¡Ay de la triste grey que es dividida!
Ya no hay cabaña en pie, ya no hay pastoras,
que cada cual del hato es despedida.
Por extrañas tenidas y traidoras,
porque así lo has trazado, bestia fiera,
que nuestro bien perturbas y desdoras.
Hambrienta, con envidia carnicera,
con el diente nos llagas y lastimas,
al tiempo que a la cura falta miera.
No dejas los collados ni las cimas,
a todos mordiscando más o menos,
inficionando dondequier que arrimas.
Procuras nos dejar de bien ajenos;
en mi Señor confío, que burlada
muchos te dejarán, y no los menos,
y aunque la menor soy, determinada

(1) triste.

estoy (1) a padecer de cualquier modo,
que aunque me tiene muda, no mudada,
ni mudarán (2) jamás (3) en parte, o en todo,
aunque con más trabajos me den priesa,
y deshagan y pisen como a lodo (4).
Que de estar sin cayado no me pesa,
que no soy coja, ni lisión me oprime,
antes salto más libre en la dehesa.
Y puedo andar sin que a nadie me arrime (5)
aunque siento las tiernas corderillas
que cada cual por su pastora gime.
No sé por dónde entraron las zorrillas
a destruir tal paz y tal sosiego,
entre gentes tan llanas y sencillas.
A ti, Madre común, suplico y ruego
que mires cuán sin culpa padecemos,
un pernicioso mal y mortal fuego.
Balidos, madre (6), nos te ofreceremos
y de leche estará tu altar bañado,
que el bien y paz común sólo queremos.
Congrega en uno todo tu ganado;
cese ya tal tormenta, y vuelva el cielo
sereno, cual le habemos deseado.
Veamos el alegre y santo celo
y aquella caridad y llano trato;
aléjese de nos este recelo.

(1) de buena gana a padecer. (2) mudare. (3) de parecer. (4) y me deshagan, como piensan deshacer. (5) *En letra del corrector*: no me faltará Dios a quien me arrime. (6) de contino.

Fuera vaya malicia y doble trato;
conozcan, Reina mía, como han dado
un premio por el bien falso y ingrato.
Bien fuera que miraran cuán de grado
con las (1) proprias zamarras los cubrimos
en su principio pobre y bajo estado,
Por cierto que ellos fueron porque fuimos,
y cuando nada eran en el hato
con nuestra leche y queso los servimos:
y al tiempo de partir dehesa y mato
con los pastores viejos, por librarlos,
vendió cada pastora el proprio hato.
Digan si no es verdad que hasta industriarlos
a regir el ganado y armar chozas,
hubo nuestra pastora de enseñarlos.
¡Oh ciega ingratitud! como destrozas
todos los bienes puestos en olvido,
en la sima del mal contigo empozas.
No sé por cuál razón nos han traído
a tal miseria, pues que el cielo sabe
que en nada los habemos ofendido.
Ni en nuestro limpio trato el nombre cabe
que por todo el ejido nos han dado
con un modo pesado, crudo y grave.
Y ver cuán sin razón nos han cargado
de oprobrios, en lugar de beneficios,
que (2) antes recibieron, olvidados.
Cual de José se olvidan los egicios,

(1) nuestras. (2) y los que.

a más que hacer ladrillo nos condena
con mil penosas leyes y ejercicios,
echándonos al cuello una cadena
de fuertes ligaduras, con que el alma
cada momento piensa se condena.
O por lo menos pára, y queda en calma
cercada de temor y de recelo
si la paciencia falta o pierde palma.
¿Quién encarecerá el acerbo duelo,
por mucho que alargarme quiera en esto,
y el estado en que está el alto Carmelo?
No sé quién en tal trance nos ha puesto,
o cuál crimen ha sido, o cuál eceso,
que nuestro ser ilustre ha descompuesto.
Acabar quiero, triste, este proceso,
aunque con él no acaben mis dolores,
pues ellos correrán con el suceso.
Y porque sepan todos los pastores
de do tomó principio nuestro afán
causándonos mortales trasudores,
y fué porque el zurrón (1) donde guardamos
el pan común y general socorro,
al supremo pastor lo encomendamos (2);
que con su mano le echó un tal aforro,
que libre de mudanza y corrución,
y de otro cualquier mal le haga horro.
De aquí ha nacido la contradicción,

(1) guarda del pan. (2) lo encomendamos al gran rabadán.

de aquí el pregonarnos en la plaza
que libertad es nuestra pretensión.
Y porque sepan todos los pastores
de qué se quejan y en qué tropezamos
para hacernos tales disfavores.
De aquí, pues, se ha inventado tanta traza,
y de aquí el perseguir sin merecerlo,
de aquí los pleitos de tan mala raza.
No temeré, por cierto, defenderlo,
y por culpada (1) quiero ser tenida;
pues que lo soy, yo quiero parecerlo;
y por la menor ley pondré la vida
con gusto, y me tendré por muy dichosa
en ser en esto a todas (2) preferida.
Si les parece (3) cosa provechosa,
renueven (4) aparejos a sus atos,
que para nos es cosa perniciosa.
Tenemos bien bastantes aparatos,
que bien se proveyó nuestra pastora
de aceite, sal y yesca en prado y matos.
Gocen de sus mudanzas en buen hora,
y el sufrir por tal cosa sobrecejos
no es cosa que nos turba ni empeora.
Tomemos el proverbio (5) de los viejos,
que aquel (6) que bien se halla no se mude.
¡Qué saludables son estos consejos!
Y cada cual, zagalas, a esto ayude;

(1) deseo. (2) en esto ser a otras. (3) Ordenen si les parece. (4) otros nuevos. (5) consejo. (6) el.

no tema padecer cualquier tormento,
que pena ha de costar ninguna dude.
El hacer el deber es el contento,
que adivinado estaba lo que ha sido,
pues todo buen tempero es un momento.
¿Cuál gente o cuál estado libre ha sido
de vueltas y contrastes de fortuna,
y a quién permanecer se ha concedido?
¿Que no fuese mudado cual la luna,
que todo lo trastrueca y lo trastorna,
sin dejar en su puesto cosa alguna?
Lo malo favorece, encumbra, abona;
lo bueno es perseguido y tiene en poco;
y vueltas siempre da como atahona.
Mas pues todo se muda, espere un poco
aquel que va perdiendo la esperanza,
qu' el tiempo se varía como loco.
Mas ¡ay! quien se consuela con mudanza;
que no la espere en bien, pues no la tiene
aquel que de fortuna mano lanza.
Pues toda vanidad en sí contiene,
en mi Virgen espero firmemente,
de cuya mano el bien siempre nos viene.
Que pasará de presto este accidente
y volverá a mirar a su manada,
pues de su solo amparo está pendiente
y no la dejará desamparada (1).

(1) Sigue una nota, de letra del corrector, que dice así: "Esta Elegía compuso una compañera de Santa

REDONDILLAS

EXHORTANDO A LAS CARMELITAS DESCALZAS A CONSERVAR LAS CONSTITUCIONES DE SANTA TERESA

¡Ay, ay, Carmelo dichoso,
guarte, que anda la raposa
solícita y cuidadosa
por quitarte tu reposo!
Está con el ojo alerta,
puesto siempre en centinela,
y llama para esta vela
a tu Teresa y Alberto.
No fíes en esperanzas
ni promesas aparentes,
nota bien inconvenientes
y previene las mudanzas.
No te engañen con decir
de otras nuevas perfecciones;

Teresa de Jesús, en que con estilo más de hombre y no mal poeta, que de mujer, llora la ausencia de la Santa por su muerte; y aunque en obscuro para quien no sabe la Historia, llora cierto trabajo que vino a las de su casa. El estilo es digno del gran entendimiento (bien conocido y estimado de la Santa Madre) de la autora, que fué muy querida y celebrada de la Santa y de otras muchas personas: mas para acrisolar los quilates de su virtud padeció (sin el que aquí llora) otros grandes golpes de fortuna, hasta que murió de uno, bien grande, santamente, como hija de tal Madre."

huye de las invenciones,
que te quieren destruir.
Bien vas, bien vas, no te mudes,
pues tiene larga experiencia;
resiste con vehemencia,
de lo demás no te cures.
¡Ay, ay, otra vez te digo,
y mil decirlo querría,
y aun de grado moriría
y desde luego me obligo!
A trueque de te servir,
dulce monte y patria buena,
venga sobre mí la pena,
que no quiero más vivir.
Por no ver el torbellino
y tempestad que diviso,
no digas que no te aviso
con tiempo lo que adivino.
¡Ay!, que a todos descuidados
nos hallará, sin pensar
que nos podrá derribar;
no es bien ser tan confiados,
ni fiar de nuestro celo
y nuestra traza y prudencia;
mira a quien tiene experiencia;
abre los ojos, Carmelo.
No fíes de mal tu cumbre,
ni vivas tan descuidado;
mira que nunca ha mudado
el enemigo costumbre

de acometer lo más alto,
y cuanto más, más codicia
armarse de su malicia,
por dar aún mayor asalto.
Ves que comienza a bramar
el lobo infernal que espanta,
y una borrasca levanta
por la parte aquilonar,
y por la de Mediodía,
debajo del santo celo,
irá puniendo tal velo
que nos perturbe la guía.
Soplará donde el sol nace
con promesas de bonanza,
con que sabe se avalanza
cada uno a lo que hace.
Al Poniente asomará
una nube muy espesa,
porque todos se den priesa
contra el mal que fingirá.
Con esto los más celosos
del bien común, engañados,
apartarán de los prados
sus corderos recelosos.
Dejarán el pasto llano
por inútil y dañoso,
seguirán el montüoso
teniéndole por más sano.
Por las matas entrincadas
veréis saltar cada uno;

como ganado cabruno
se tratarán las majadas.
Volverse han los cachorrillos
contra los fuertes mastines;
levantarse han de malsines
aquí y allí mil corrillos.
A los más sabios zagales
y zagalas más prudentes,
tendrán por impertinentes
y dignos de grandes males.
¡Ay del corral de Teresa
si no es presto socorrido
del gran Pastor del ejido,
cómo ha de hacer en él presa!
No sin causa voceaba
tantos años ha Benito,
aquel incógnito grito
que con un ¡ay! le acababa.
¿Qué remedio buscaremos
que prevenga este rigor?
Pues tenemos buen pastor,
celoso, ¿por qué tememos?
Sí lo es, sin duda alguna,
y amigo de perfección,
y es sola su pretensión
colocarnos en la luna.
Mas ¡ay! que cuanto más buena
es la intención celosa,
es más difícil la cosa;
que no hay agotar la vena

del que camina pensando
que hace a Dios algún servicio;
y no hay alegarle vicio
en lo que va fabricando.
Es embozo acostumbrado
de aquel dragón infernal,
dar el tósigo mortal
metido en vaso dorado.
Y así, vistiendo de celo,
cuantas máquinas ha hecho
las ha sentado en el pecho
como una cosa del cielo.
Pues ¿qué remedio ha de haber,
carilla, para tal furia?
Irnos a la sacra Curia,
que nos podrá socorrer.
¡Somos mujeres! Pregunto:
¿Cómo seremos oídas?
Menos oirán caídas
en los males que barrunto.
Pues cuando es tiempo que vamos,
luego no haya dilación,
que se pasa la ocasión
y no es bien que la perdamos.
Salí, hermanas, no temáis,
que en tal caso ha de ir ufana
cada cual de buena gana,
pues que trabajos buscáis.
Pues ¿qué mejor coyuntura
queréis, que en tal ocasión

mostrar pecho y corazón,
que lo demás es locura?
¿Arrinconarnos sin tiento
cuando es razón nos pongamos
con ánimo y resistamos?
Os espantáis ya del viento.
De los gritos y amenazas
no hagáis caudal, pues sabéis
que ayuda cierta tenéis
contra las malignas trazas.
En año de seis y ochenta
como sabéis, esto digo;
alguno será testigo
que probará la tormenta.

ANÓNIMA

De una religiosa en alabanza de San Raimundo de Peñafort.

CANCIÓN

Yo canto como suelo
con voz humilde y pobre,
y tan alegre y tan festivo día
requiere voz del cielo
que en las entrañas obre
efectos admirables de alegría.
Mas ¿qué zampoña habría,
por apurada y diestra,
que no cayese en falta
habiendo de subir con voz tan alta?
Pues cualquier obra vuestra
pide, Raimundo santo,
lira divina y más que excelso canto.
¡Oh, quién templar supiese
con orden soberano
el arpa al son de aquel pastor famoso,
y la virtud tuviese
infusa en lengua y mano

que suspendía el mal del Rey furioso;
y fuese poderoso
para cantar con arte
y con heroico estilo
limado y terso, sin romper el hilo,
siquiera alguna parte
de vuestra sacra historia
encomendada a la inmortal memoria!
Cantara del Numida,
ilustre cepa y tronco
del árbol vuestro, a cuyo amparo y sombra
descansa vuestra vida;
mas són humilde y ronco,
en vez de gozo y alegría asombra;
la matizada alfombra
de las virtudes bellas
mi mano descogiera,
y en ella más labores de oro viera
que hay en el cielo estrellas,
de que tejer corona
pudiera a vuestra patria Barcelona.
Allí se viera el celo
con rostro humilde y grave,
el drecho humano y las sagradas leyes,
y vos abriendo el cielo
con poderosa llave,
a sumos sacerdotes y a los reyes
las derramadas greyes
volver a Dios las caras
con humilde balido,

dejar un rey burlado, el mar rendido,
y de las dos tiaras,
que tanto el mundo precia,
la causa que Raimundo las desprecia.
  Allí se nos mostrara
al vivo dibujado
el fin glorioso y la dorada silla
en la más alta y clara
esfera, asiento dado
al alma que en la tierra más se humilla;
y aquella maravilla,
después de tantos años,
llegada como nueva
de la mañosa patria, dulce prueba,
que admira a los extraños
y de la antigua Roma
renueva los triunfos y los toma.
  La majestad y pompa
resuelta en un instante
y puesta en obra en un espacio breve,
sin cosa que interponga
un orden tan constante
que, en fin, lo grave, amor lo vuelve leve;
mas este caso debe
ser hecho milagroso,
pues gentes a millares
de los remotos montes y lugares,
con lágrimas de gozo,
ofrecen corazones
y puras almas que son ricos dones.

Canción que en el profundo
te quedas del olvido
por tu desdicha y encogida suerte,
dirás que de Raimundo
muy pocos han podido
doblar el arco más que Peñafuerte,
y a la humildad convierte
los ojos y el deseo,
que desta empresa es el mayor trofeo (1).

(1) *Relación de las grandes fiestas que en esta ciudad de Barcelona se han hecho á la Canonización de su Hijo San Ramón de Peñafort. Por Fr. Jayme Rebullosa.—Barcelona, por Jayme Cendrat. M.DCI.* Página 376.

CILENA

SONETO A DELIO (DON DIEGO DÁVALOS Y FIGUEROA)

¿Cuál fuerza inexpugnable o duro freno
en potestad de brazo poderoso
podrá oponerse al curso presuroso
del tiempo esquivo, de mudanzas lleno?
Su vuelo muestra al parecer sereno,
manso, agradable, dulce y deleitoso,
un móvil siendo rapto y riguroso
de todas vidas el mayor veneno.
Es un fuerte ministro de la muerte,
de ilustres obras tenebroso nido,
de alegre vista y manifiesto engaño.
Mas triunfa dél con alta y rara suerte
Delio en su canto, y del voraz olvido,
y yo en su nombre sin contrastre o daño (1).

---

(1) *Primera parte de la miscelánea Austral de D. Diego d'Avalos y Figueroa, con varios coloquios. Interlocutores, Delio y Cilena. Con la defensa de Damas.*— Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año MDCII.

DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA

Esta mujer, tan ilustre por su ingenio como por su piedad y abnegación, fué hija de don Francisco de Carvajal y Vargas y de doña María de Mendoza y Pacheco. Nació en la villa de Jaraicejo (Extremadura), a 2 de enero del año 1566. Residió parte de su niñez en León, donde ejercía su padre el cargo de Corregidor. Cuando sólo contaba seis años quedó huérfana, al amparo de su tía doña María Chacón, madre del arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval, aya del príncipe don Diego, y camarera de las Infantas, que vivía con éstas en las casas de la princesa doña Juana, junto a las Descalzas Reales. Después de morar cuatro años en Palacio, se trasladó a Monteagudo con las hijas del Marqués de Almazán, tío suyo, y más tarde a la villa de Almazán. Cuando pensó en tomar estado no se resolvió a casarse ni a entrar en religión; limitóse a vivir en casa aparte con suma pobreza y haciendo voto de castidad. Entusiasta por la propagación de la fe católica y dotada de un alma vehemente, se decidió a pasar a Inglaterra pensamiento que hacía años acari-

ciaba, cuando supo por una carta del Embajador español en Londres, don Juan de Mendoza, los tormentos que había sufrido allí el padre Edmundo Campiano, de la Compañía, y en el año 1598 hizo el siguiente voto: "Prometo a Dios nuestro Señor que procuraré cuanto me sea posible buscar todas aquellas ocasiones de martirio que no sean repugnantes a la ley de Dios, y que siempre que yo hallare oportunidad semejante, haré rostro a todo género de muerte, tormentos y riguridad, sin volver las espaldas en ningún modo, ni rehusarlo por ninguna vía." Dió toda su hacienda, que valía 24.000 ducados, para fundar en Lovaina un noviciado de misioneros que predicasen en Inglaterra, e hizo su testamento, fechado en Valladolid a 22 de diciembre de 1604; despidióse de su hermano don Alonso de Carvajal, caballero de Santiago, y emprendió su viaje a 27 de enero de 1605, yendo a París, y luego a Bruselas; embarcóse en Saint-Omer y llegó felizmente a Dover. Por entonces arreciaba la persecución contra los católicos, y doña Luisa vióse obligada a refugiarse al poco tiempo en el palacio del Embajador de España, don Pedro de Zúñiga, mas no quiso volver a la Península por más instancias con que se lo rogaron, antes bien hacía públicas manifestaciones de su culto: "cuando iva por las calles de Londres y via papeles en que estaba el Papa estampado con una figura indecentísima, cual supo inventar el aborrecimiento y el

error, movida de íntimo sentimiento compraba estas estampas, no queriendo sino las que estaban colgadas en la pared; ella con gran espacio las iba haciendo pedazos, dejándolas caer en el suelo, diciendo lo mejor que podía en inglés que nunca había visto gente tan extraña que hiciese tan malas pinturas" (1). Disputaba con los herejes, algunos de los cuales decían que no era mujer, sino un sacerdote papista disfrazado. Dos veces fué encarcelada, no obstante la protección que la dispensaron don Pedro de Zúñiga y su sucesor el Conde de Gondomar; mas ella, sin intimidarse, continuó sus predicaciones y asistiendo á los católicos procesados. Reunió en su casa algunas mujeres piadosas y fundó una especie de monasterio, cuyo modo de vivir dispuso por escrito; allí la sorprendió la muerte a 2 de enero de 1614. Sus exequias se verificaron en el palacio del Embajador español, y sus restos fueron luego trasladados al convento de la Encarnación, en Madrid (2).

---

(1) Luis Muñoz, fol. 119.

(2) Cnf. *Vida y virtudes de la Venerable Virgen Doña Luisa de Carvajal y Mendoza. Su jornada a Inglaterra y sucesos en aquel Reyno. Van al fin algunas poesías espirituales suyas, parto de su devocion y ingenio. Al Rey Nuestro Señor. Por el Licenciado Luis Muñoz.*—En Madrid. En la Imprenta Real. MDCXXXII. Un vol. en 8.º

I

En el siniestro brazo recostada
de su amado pastor, Silva dormía,
y con la diestra mano la tenía
con un estrecho abrazo a sí allegada.
Y de aquel dulce sueño recordada,
le dijo: "El corazón del alma mía
vela, y yo duermo. ¡Ay! Suma alegría,
cuál me tiene tu amor tan traspasada.
Ninfas del paraíso soberanas,
sabed que estoy enferma y muy herida
de unos abrasadísimos amores.
Cercadme de odoríferas manzanas,
pues me veis, como fénix, encendida,
y cercadme también de amenas flores."

II

¡Ay soledad amarga y enojosa,
causada de mi ausente y dulce amado;
dardo eres en el alma atravesado,
dolencia penosísima y furiosa.
Prueba de amor terrible y rigurosa
y cifra del pesar más apurado,
cuidado que no sufre otro cuidado,
tormento intolerable y sed ansiosa.
Fragua que en vivo fuego me convierte,
de los soplos de amor tan avivada,
que aviva mi dolor hasta la muerte.

Bravo mar, en el cual mi alma engolfada,
con tormenta camina dura y fuerte
hasta el puerto y ribera deseada.

III

BUEN EMPLEO DEL AMOR

No encubras, Silva, tu gloria;
mas dime, ¿por qué así dejas
esparcidas las ovejas,
sin tener dellas memoria?
Las ovejas que solías
con tanto gusto guardar,
que por las apacentar
los peligros no temías,
ni sabes si a la majada
van, ni si van al ejido;
¿por qué las diste al olvido?
¿Aun de ti estás olvidada?
Que mal se puede encubrir
el alma que está sujeta
a la dorada saeta
con que amor la quiso herir.
A eso puedo responderte,
pastora, que has acertado
en pensar que a mi cuidado
le cupo tan alta suerte.
Y si quieres escuchar,
pues me preguntas, diré

que puse toda mi fe
adonde no puede errar.
Y pienso yo que la tuya,
oyéndome, quedará
tan prendada, que podrá
no tenerse más por suya.
Aunque de aquesta ventura
mucha parte en no decilla
consiste, que a maravilla
el silencio la asegura.
Con verdad te afirmaré,
amada zagala mía,
que un venturoso día
a la belleza encontré.
La cual yo consideraba
en mi agraciado pastor,
y dióseme por señor,
y yo quedé por su esclava.
Que luego allí me rindió
con una flecha amorosa,
para mí tan venturosa,
pues el alma me acertó.
Allá en mi primera edad,
guardando mi amor sincero,
fué mi pastor el primero
que robó mi voluntad.
Con sus claros ojos bellos
me hizo su prisionera,
porque divinidad era
lo que se encerraba en ellos.

Que entre su garzo color
aquellas luces divinas
a las piedras diamantinas
quitaban el resplandor.
Pues sus castaños cabellos
que deben ser adorados,
más que aquese sol dorados,
pues su luz recibe dellos.
Y aquel color soberano
cual primavera florida,
y la frente esclarecida
que excede a todo lo humano.
Con los arcos de solaz
que al diluvio sucedieron,
y en mi cielo se pusieron
por señal de eterna paz.
Y la nariz afilada
de notable perfección,
tras sí llevó mi afición
con fuerza no imaginada.
Su boca y labios, pastora,
mis pesares me quitaron,
y en su lugar me dejaron
la gloria que en ellos mora.
Los dientes se parecieron
entre el rojo carmesí
para darme vida a mí,
y vida cual me la dieron.
¿Quién jamás hubo mirado
sus manos como la nieve,

que por ellas no se niegue
a todo lo que hay criado?
En las cuales matizaban
las rubicundas heridas,
y entre lo blanco esculpidas,
su lindeza acreditaban.
Y aquellos pies respetados
de la angélica grandeza,
que en menor naturaleza
sobre ella son levantados.
Con obligación tan fuerte,
que los que la resistieron
muy justamente incurrieron
en culpa eterna de muerte.
Y aunque de tanto valor,
quisieron siempre quedar
para más me aficionar
con las señales de amor.
Y puedes estar segura
que en talle y disposición,
entre cuantos hombres son
no se vió tal hermosura.
La Aurora me pareció
cuando en él puse los ojos,
que con inmensos despojos
el alma se enriqueció.
Pero ¿quién podrá contar
su gentileza y primor,
siendo su eterno interior
bastante a glorificar?

Díjome que si le amaba,
que él me había amado primero,
y dádome en el madero
la vida que me faltaba.
Y que a tanto había llegado,
que abrió, para entrarme en sí,
una puerta que yo vi
rasgada en su diestro lado.
Respondíle: "Por ti muero";
y cuando aquesto aceptaba,
mis tinieblas alumbraba
un clarísimo lucero.
Y luego que a mis orejas
su voz sonora llegó,
como el alma derritió
deshiciéronse mis quejas.
Cien mil gracias derramaba
aquella figura bella,
porque se derramó en ella
toda cuanta en Dios estaba.
Y fuí tan favorecida,
que de la mano me asió
y en mi jardín se metió:
¡oh ventura no entendida!
Como las flores sintieron
ante sí la Real presencia,
con muy presta diligencia
trascendiente olor vertieron.
Las azucenas perfetas
más que nunca se mostraron,

y su blancor renovaron
los jardines y mosquetas.
Los dorados tornasoles
de oro fino se volvieron,
y los alhelíes dieron
unos nuevos resplandores.
Los claveles y las rosas
con su color encendido,
más que de sangre teñido,
con las violetas graciosas.
Sus lazos entretejidos,
que en los trances más costosos
se afinan los valerosos
amantes, nunca vencidos.
Y lo verde de alegría
y frescura se sintió
que claramente mostró
que a su Hacedor conocía.
Los casi secos frutales
echaron hojas, y fruto
dieron luego por tributo
conforme a sus propiedades.
Y el apacible ruído
y silbos del Austro amable,
con blandura deleitable
sonaban en el oído.
Y esparcidos por el huerto,
su fragancia acrecentó,
y en un cielo se volvió
con lo que digo el desierto.

La fuente se apresuraba
cuando á toda porfía
por la tierra se vertía
hasta que a sus pies llegaba.
Y después que me mostró
la fuerza de su mirar,
aquesto quiso obligar
su palabra y me afirmó
Que Esposo fiel me sería,
sin que jamás me faltase,
pero que no lo olvidase,
ni le hiciese alevosía.
—Antes que tal me acontezca
(le dije), bien de mi vida,
en el infierno metida
en cuerpo y alma padezca.
Al paladar se me apegue
la lengua, y con gran furor
en mí se apure el rigor
de justicia, y luego ciegue.
En lugar de arras, me dió
con otras joyas gloriosas,
dos finas piedras preciosas,
y él el alma me llevó.
Y de aquí no pasaré,
porque, si pruebo a pasar,
en tan grade y ancho mar
anegada quedaré.
Si más quisieres saber,
buscalle es lo más dichoso,

que hallarás puesto glorioso
como lo llegues a ver.

IV

SENTIMIENTOS DE AUSENCIA

Dulce y fiel esperanza,
mi Cristo, mi Señor, y mi deseo;
¿qué bienaventuranza,
qué gusto o qué recreo
podrá para mí haber do no te veo?
Encerrado en mi pecho,
de ausencia y del amor fuego tan fuerte
me ha puesto en tal estrecho,
que un punto de no verte
me es de mayor dolor que el de la muerte.
Porque sin ti mi vida
queda, cual la del pez, sin su elemento,
hasta que socorrida
de tu presencia, siento
vuelto en deleite y gloria mi tormento.
Baste, mi bien, te ruego
no te tardes ya más en socorrerme,
pues ves, Señor, que llego
a un extremo, que en verme
se juzgará que vas a deshacerme.
Rompe esta tenebrosa
nube, que de mil modos me atormenta,
con tu vista gloriosa,

y apaga la sedienta
congoja que me aflige y desalienta.
Que cuando reverbera
la rutilante luz de tu hermosura,
mi Invierno en Primavera
se trueca, y su secura
en dulce y amenísima frescura.

V

A CRISTO NUESTRO SEÑOR

Cristo, dulce y amado,
sin quien vivir un punto no podría,
suave y regalado
mi bien, mi eterna gloria y alegría.
Mi puerto venturoso,
do Silva de mil males amparada
queda, y del mar furioso
la braveza burlada,
cuando más pretendió verme anegada.
Las olas hasta el cielo
de tan divina roca rebatidas
quedaron en el suelo,
sus trazas destruídas
y tus promesas fieles bien cumplidas.
Que nunca me has faltado
en los encuentros fieros y espantosos
del tigre denodado
y leones furiosos

sedientos de mi sangre y codiciosos.
Porque para leones
eres fuerte león de mi defensa,
y a armados escuadrones
del infierno en mi ofensa
en polvo los volvió la fuerza inmensa.
Y el dragonazo horrendo
que de la infame boca emponzoñada
su ancho río vertiendo,
de su furor cercada,
como en lazo pensó verme enredada.
Y sólo con mirarme
cuando a ti me volví, con esos ojos
soberanos, librarme
pude de mis enojos
quedando victoriosa y con despojos.

VI

DESEOS DE MARTIRIO

Esposas dulces, lazo deseado,
ausentes trances, hora victoriosa,
infamia felicísima y gloriosa,
holocausto en mil llamas abrasado.
Di, amor, ¿por qué tan lejos apartado
se ha de mí aquella suerte venturosa,
y la cadena amable y deleitosa
en dura libertad se me ha trocado?
¿Ha sido por ventura haber querido

que la herida que al alma penetrada
tiene con dolor fuerte, desmedido,
no quede socorrida ni curada,
y el afecto aumentado y encendido
la vida a puro amor sea desatada?

A LOS DIVINOS OJOS DE CRISTO

Al alma que te adora
vuelves los claros ojos, Cristo amado,
que más que en sí en ti mora,
y todo su cuidado
en sólo tu mirar está cifrado.
Ojos restauradores
de vida, que la dan de amor matando;
absolutos señores
de cuanto están mirando,
inmensa majestad representando.
Puro y vivo traslado
de todo el bien que encierra el alto cielo,
que tras el delicado
disfraz de humano velo,
hacen rico y dichoso a todo el suelo.
Sacros soles dorados,
cuya amable presencia poderosa
los males desterrados
deja, y su victoriosa
luz deshace la niebla tenebrosa.
Rara y suma lindeza,
y el Nihil ultra de la excelsa mano,

adonde con destreza
juntó un mirar humano
con un mirar divino y soberano.
Depósitos divinos
do está toda mi gloria atesorada;
espejos cristalinos,
vista dulce, agraciada,
dorado día, aurora arrebolada.
Jardines celestiales,
ameno paraíso deleitoso,
luceros orientales,
refugio venturoso,
puerto en la tempestad maravilloso.
En esos ojos bellos
todo su bien librado el alma mía
tiene, y colgado dellos
vive, que no podría
de otro modo vivir ni un solo día.
En cuanto me ha importado
¿que para mí no son o no hayan sido?
o ¿que en ellos buscado
de bien he, o pretendido
que vano o engañoso haya salido?
Decid, luces serenas,
¿quién de ese dulce revolver mirando
lazos hizo y cadenas,
con que el alma enlazando,
sutilmente la van aprisionando?
Las hazañas famosas
de amor, y sus victorias no imitadas,

siempre más venturosas
fueron, y señaladas,
desde ese Alcázar Real ejecutadas.
De tanta hermosura
la fuerza intensa aún no experimentada,
con dichosa ventura,
en mirarla ocupada,
viene a quedar suspensa y trasportada.
Y habiendo amor robado
mi corazón, que en nada resistía,
le vi, que remontado
por el aire subía
y en tus ojos con él se me escondía.
Por alcaide celoso,
en medio el pecho, en su lugar dejando
un efecto fogoso,
que en llamas abrasando
le está, y el homenaje á amor guardando.

VII

MORIR DE AMOR

Madre, siendo niña
me prendió el amor;
con cadenas de oro
presa me dejó.
Pensé se burlaba,
y él se me rió

y me dijo: "Silva,
yo soy tu Señor."
No sentí su fuego,
aunque abrasador;
ahora bien te siento
después de mayor,
que la burla y juego
veras me salió;
ya no soy de nadie
sino del Amor,
que con fuertes lazos
así me enlazó,
y con sus lazadas
de tanto primor,
que, atando, desatan,
y bien lo sé yo;
con su S y clavo
señalada estoy.
Señales de gloria
con que me adornó;
volvió á mí sus ojos
y dellos salió
fuego vivo, ardiente,
que a Silva abrasó,
abrasóle a Silva
alma y corazón.
Y arcos imagino
que sus ojos son,
porque una saeta
dellos despidió;

asestóla al alma
y en el blanco dió;
quedé tan herida
que muero de amor,
y el dolor que siento
es grave dolor;
templarle, mi madre,
nadie podrá, no,
que único remedio
dél es mi señor;
sólo sanar puede
la mano que hirió.

DOÑA JUANA DE ARTEAGA

SONETO

Alegres horas de memorias tristes
que por un breve punto que durastes
a eterna soledad me condenastes
en pago de un contento que me distes:
decid: ¿por qué de mí sin mí os partistes
sabiendo vos sin vos cuál me dejastes?
Y si por do venistes os tornastes,
¿por qué no al mismo punto que vinistes?
¡Cuánto fué esta venida deseada
y cuán arrebatada esta venida!
Que, en fin, la mejor hora fué menguada.
No me costastes menos que una vida:
la media en desear vuestra llegada
y la media en llorar vuestra partida (1).

---

(1) Bibl. Nac. Mss., M. 84, fol. 120.

DOÑA LUCIANA DE NARVÁEZ

Poetisa antequerana, de cuya biografía es muy poco lo que se sabe. Sus versos datan de fines del siglo XVI y los comienzos del XVII (1).

Alguien afirmó que había nacido en Antequera a 13 de enero de 1597; que fué hija de Antonio de Torres; que contrajo matrimonio a 18 de agosto de 1614 con el licenciado Diego Sánchez Sarzosa, y falleció a 11 de diciembre de 1621. Pero todo esto en un conjunto de hipótesis aventuradas, porque si nació en 1597, no se concibe que a los seis de su edad, o sea en 1603, ya escribiera versos de algún mérito literario.

A LA MAGDALENA

¿Dónde está el oro, ilustre Magdalena,
que al cuello de marfil riqueza daba?
¿Dónde de perlas ricas la cadena
que el cabello enlazaba?

---

(1) Cf. *Pedro Espinosa. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico, por D. Francisco Rodríguez Marín.*—Madrid, 1907, págs. 69 y 70.

Mas ya el amor ordena
lo que él mismo estorbaba,
y es que el oro traslade sus despojos
al corazón, las perlas á los ojos (1).

(1) *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, divididas en dos libros. Ordenada por Pedro de Espinosa.* — En Valladolid, por Luys Sanchez. Año MDCV.

DOÑA HIPÓLITA DE NARVÁEZ

Hermana, según parece, de doña Luciana de Narváez.

I

Atended, que amenguades las espadas.
¡Sandios, mal conocedes a Bermudo!
Non vos cale fuyr, que estó sañudo,
y Sol y Elvira fincan denostadas.
Maguer sone también vuessas veladas,
por huerça a darvos muerte só tenudo
e por ende fondón del vuesso escudo
fincaré la mi espada mil vegadas.
Que un ome en un trotone vos amengua,
que vos fallezcan huerças e mesura;
atended además, escarnidores.
Non tenedes, aleves, sinon lengua,
ca non ovo en traydor jamás fechura
que en zaga nón trotasse de traydores.

II

Fuése mi sol, y vino la tormenta
(que yo no espero de su ausencia menos),

y el cielo turquesado sus serenos
ojos cubrió, obligado de la afrenta.
Un acento tristísimo revienta
entre los vientos, de tinieblas llenos;
tiemblan las nubes con los roncos truenos,
arden los campos, el temor se aumenta.
Salió mi Sol y de dorados jaspes
vistió su oriente, y de esmeraldas finas
los altos montes y las llanas tierras;
bordó las vagas nubes de giraspes,
sudaron rubias mieles las encinas
y blanca leche las azules sierras.

III

Engañó el navegante a la sirena,
el dulce canto en blanda cera roto;
y ayudado del santo, su devoto,
el cautivo huyó de la cadena.
De la serpiente que en la selva suena,
la virgen se libró con alboroto,
y de las ondas se escapó el piloto
haciendo remo el brazo, nao la entena.
Yo, fuerte, presa tímida, constante,
venzo sirenas, sierpes, ondas, hierro,
y sola muero a manos de mi daño.
Virgen, piloto, esclavo, navegante,
ven, libres, que no importa a mi destierro
voto, temor, necesidad, engaño.

IV

Leandro rompe, con gallardo intento,
el mar confuso que soberbio brama;
y el cielo entre relámpagos derrama
espesa lluvia con furor violento.
Sopla con fuerza el animoso viento;
¡triste de aquel qu' es desdichado y ama!
Al fin al agua ríndase la llama,
y a la inclemente furia el sufrimiento.
Mas ¡oh felice amante! pues al puerto
llegaste, deseado de ti tanto,
aunque con cuerpo muerto y gloria incierta.
Y desdichada yo, que en mar incierto,
muriendo entre las aguas de mi llanto,
aún no espero tal bien después de muerta (1).

(1) *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por Pedro de Espinosa.*—Valladolid, M.DC.V.

SOR TERESA DEL CALVARIO

Religiosa capuchina en Zaragoza.

CANCIÓN

Una belleza nueva
que la eterna hermosura
robó con dulce amor, canto y publico;
pero no hay quien se atreva
a santidad tan pura,
falto de ingenio y de defectos rico,
si mientras yo me aplico
nuestra heroica Teresa
aliento no te diere,
y de su santo espíritu infundiere
la parte do consiste tu riqueza,
devota musa mía,
en este alegre y sacrosanto día.
Sus milagros no cantes
ni la sapiencia rara
que venció el sexo y excedió su esfera,
y desto no te espantes;
si con fuerzas te hallara,
esa impresa también te cometiera;

pero tienes de cera
las alas, y recelo
que será la caída
del grande atrevimiento la medida;
extenderás tan solamente el vuelo
por uno ú otro aviso,
pues es cualquiera dellos paraíso.
Suele el aurora blanca
cuanto sale, mil flores
dar de albricias con mano franca al día
y dar con mano franca
al cielo mil colores,
bañando tierra y cielo de alegría,
pues Teresa venía
al mundo cual la aurora;
sus Avisos divinos
son flores, rosas y narcisos finos,
porque es Teresa otra divina Flora
que suave olor espira
y cielo y tierra con su luz admira.
Que un eterno deseo,
de su Dios tenga el alma,
ardiendo en él Teresa nos avisa;
pues tan divino empleo
y tan digno de palma,
Euterpe, has de cantar por ley precisa;
éste el alma matiza,
esmalta y hermosea;
éste a Teresa abrasa,
que su corazón vuelve pura brasa;

ésta hace que su luz clara se vea,
que se transforme hermosa
en Dios, como divina mariposa.
Este bate las alas
y el fuego santo enciende
de un sempiterno amor que nunca muere;
no ha menester escalas
el que subir pretende,
que éste le subirá donde quisiere;
con éste el alma espere
el grado más subido
de que hoy, Teresa, gosas
entre jasmines, nácares y rosas,
pues deste aviso todos han nacido:
que hablase déste solo,
y callar los demás, me mandó Apolo.
Canción, poco volaste,
muy cobarde anduviste,
no te ternán por temeraria y loca
si apenas començaste
cuando ya vuelves a cerrar la boca;
calla, que desta vez
ganas la boca con callar del juez (1).

(1) *Relaciones de los regozijos y fiestas con que celebró esta ciudad* [*de Barcelona*] *la felice beatificación de la M. Santa Teresa de Iesus, por el Doctor Iuseppe Dalmau.* — En Barcelona, por Sebastián Mathevat. M.DC.XIV. Fols. 43 y 44.

DOÑA GRAIDA DE PINÓS

TERCETOS

Mi sonoroso acento y nueva musa
a la eterna región alce su vuelo,
de donde alcance alguna luz infusa,
para poderla dar a cuanto el suelo
sus decorados límites extiende
en la nueva ocasión que ofrece el cielo,
en que ensalzar con vivo amor pretende
un alma en perfección tan prodigiosa,
que hasta su propio autor de amor enciende.
Esta es Teresa, que, cual blanca rosa,
entre espinas pungentes permanece
en su grande beldad maravillosa.
Y en tanta perfección por puntos crece,
que deja asombro a todos los mortales,
y en ella goza el premio que merece.
Esta es aquella que en Avisos tales
como a sus hijos puros comunica,
los vuelve, de terrenos, celestiales.
Esta es aquella que la mano aplica
al cumplimiento fiel de lo que exhorta,
quedando en él con gran ventaja rica.

Esta es la que mirando cuánto importa
cualquier obra a su Dios ser dirigida,
enseña al alma en esto no ser corta,
haciendo oferta de ella engrandecida,
para honra y gloria de su nombre santo,
en que quede con premio enriquecida.
Vos, que quisistes y que obrastes tanto,
que hasta la admiración queda admirada,
virgen Teresa, ilustrad mi canto.
En cuya frasis, hoy tan ensalzada,
podáis quedar, que hasta el más alto coro
con palma y lauro os deje colocada.
Pues fué tan soberano aquel decoro
que adornó el alma con mil gracias bella,
como á la rica piedra adorna el oro,
que cuando pienso en él y pienso en ella,
la voluntad con tal rigor me tira,
que muero por gozarla y conocella.
Si sólo contemplar al alma admira
vuestra angélica vida entre mortales,
de todo lo nocivo la retira.
Con la que entre los coros celestiales
gozáis, Teresa, con ventaja extraña,
robáis mi corazón y ojos mentales.
Esa celebra vuestra madre España
con júbilo notable que en sí cría,
por cuanto el Tajo, el Ebro y Duero baña.
Y honrándose de vos, de vos envía
aviso nuevo a cuanto el Febo alumbra,
del motivo que tiene de alegría.

Y en vuestro gran blasón el suyo encumbra,
al cual debe pensión cualquier rodilla,
si no es que su valor no le vislumbra.
A él y a vos mi corazón se humilla,
seguro de tomar eterno puerto
donde tenéis eterna vuestra silla.
Dejando en este mar del mundo, muerto
al dragón infernal, con vuestra ayuda,
y con ella teniendo el premio cierto
con que hace fin mi pluma tosca y ruda (1).

(1) *Relaciones de los regozijos y fiestas con que celebró esta ciudad* [*de Barcelona*] *la felice beatificación de la M. Santa Teresa de Iesus, por el Doctor Iusepe Dalmau.* — En Barcelona, por Sebastián Mathevat, MDC.XIV.

SOR ANA RAMIREZ ATEZA

De Soror Ana Ramírez Ateça, religiosa de Santa Clara de la ciudad de Calatayud, tan gran poeta de cosas divinas, que en pocas ocasiones se dejan de premiar sus versos, dondequiera que los envía.

CANCIÓN A N. S. M. TERESA DE JESÚS

Sale el Sol por las puertas del Oriente
y el rocío sacuden de la noche,
danle la bienvenida con su canto,
apresuran el paso a su corriente
cuando descubren el dorado coche,
las flores, aves y aguas, y entre tanto
su matizado manto
Helitropio descoge, y se recrea
mirando el concertado y veloz curso,
y en todo su discurso,
cuya luz lo compone y hermosea,
hasta que llega y entra en el ocaso
le sigue y acompaña paso a paso.
Baja del seno del eterno Padre
y cual fuerte gigante se apercibe
a correr el camino desta vida,
en el oriente de la Virgen Madre,

de la justicia el Sol, de quien recibe
nuestra carne mortal, que al Verbo unida
fué carroza escogida
en la cual por trabajos, cruz y muerte,
llegó al Poniente del sepulcro santo;
y tú, Teresa, en tanto,
el curso deste Sol sigues de suerte
que a tus trabajos, muerte, cruz y penas,
la sangre ofreces de tus propias venas.
Resistiendo al martillo que lo aprieta
y del ayunque fuerte la dureza
el reluciente arábigo diamante,
de un animal la sangre le sujeta,
ablanda su invencible fortaleza,
y a ella rinde su valor constante.
En todo semejante,
Teresa, yo tu ánimo contemplo,
al cual, golpe o trabajo no derriba,
y tu fe pura y viva
es de paciencia verdadero templo,
y enternecer tu corazón de acero
sólo la sangre pudo del Cordero.
Su pureza, según que Plinio dice,
en el fuego descubre el amianto;
la salamandra en él vive contenta;
bien es que tus grandezas solemnice,
pues quisiste probar de tu amor santo
la pureza en la muerte y en la afrenta,
y de tu gusto exenta
buscas el fuego del trabajo y pena,

celestial salamandra, virgen santa,
y tu virtud es tanta,
que entre las llamas gozas paz serena,
y así, porque tu ánimo se note,
morir o padecer, tomas por mote.
Sigues, Teresa, heliotropio santo,
de Cristo sol el curso trabajoso,
y abrazada a su cruz vives contenta,
y cual fino diamante sufres tanto,
que el golpe de la injuria te es gustoso,
y da descanso y paz la misma afrenta,
y vives descontenta
hasta que prueba de la envidia el fuego
tu pureza y virtud, amianto sacro,
divino simulacro,
cual salamandra gozas de sosiego
en las llamas, y así con Dios unida
consagras a su amor el alma y vida.
Canción, si te preguntan
cómo tu dueño tuvo atrevimiento
para aspirar a tan sublime empresa
de alabar a Teresa,
no te descuides de decir su intento,
y advierte que caminas para el cielo,
donde todas las faltas suple el celo (1).

(1) *Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N. M. S. Teresa de Jesús. Por Fray Diego de San Joseph.*—En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín, año 1615. Fols. 142 y 143.

SOR ISABEL DE SAN FRANCISCO

SONETO A SANTA TERESA DE JESÚS

Fué tan feliz, Teresa, vuestra suerte,
que el Dios de amor, de vuestro amor prendado,
la mano os viene a dar de desposado,
queriendo unirse en vos con lazo fuerte.
Y como bienes de sus manos vierte,
tanto bien deste bien os ha tocado,
que en vos de Cristo se hallará el traslado,
pues fuistes toda amor en vida y muerte.
Y para más honraros, virgen santa,
cuando su clavo os da, prenda preciosa,
os manda que celéis su honor divino.
¿Quién de tan gran prodigio no se espanta
y de cuán bien seguís la empresa honrosa,
pues otro Elías en vos al mundo vino (1)?

---

(1) *Retrato de las fiestas que á la Beatificación de la Bienaventurada Virgen y Madre Santa Teresa de Iesus, hizo la Imperial ciudad de Zaragoça. Por Luis Diez de Aux.*—En Zaragoça. Por Iuan de la Naja y Quartanet, 1615.

DOÑA MARIANA DE CIRIA Y BETETA

Probablemente hermana de don Juan de Ciria y Beteta, natural de Ateca, cuyas informaciones para el hábito de Santiago se verificaron en los años 1626 y 1627.

SONETO A SANTA TERESA DE JESÚS

El agua templa el acerado filo,
los cielos ríen cuando llora el alba,
deshecha en agua da salud la malva
y cielo al alma un lagrimoso Nilo.
Magdalena de Dios supo el estilo,
hizo del llanto barco en que se salva,
cogiendo la ocasión para otros calva,
cuya ponderación pide un Cirilo.
Lluvias de corazón las almas armen,
que letras son de verdaderos sabios
con que asaltan celestes jerarquías.
Alba del alba, claro sol del Carmen,
pues hacer sabes de los ojos labios,
no cudicies su fuego a los de Elías (1).

---

(1) *Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N. B. M. Teresa de Jesús.*—En Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Año 1615.

DOÑA ISABEL NAVARRO

SONETO A SANTA TERESA DE JESÚS

Con fuerte lazo tiernamente estrecho
Cristo y Teresa, en dulce amor unidos,
hacen, en vivo fuego convertidos,
de dos un corazón, de dos un pecho.
Al tálamo nupcial de flores hecho
los lleva el sacro amor, de amor heridos,
donde en castos deseos escondidos
los regala su ardor en paz deshecho.
Un clavo que el Esposo dió a la Esposa
fueron las armas, pero juntamente
fué cetro que empuñó la Esposa reina.
Goza ¡oh Teresa! dél, y venturosa
a la diestra del Rey omnipotente
con Él—esposa suya—vive y reina (1).

---

(1) *Retrato de las fiestas que á la Beatificación de la Bienaventurada Virgen y Madre Santa Teresa de Iesus, hizo la Imperial ciudad de Zaragoça. Por Luis Diez de Aux.*—En Zaragoça. Por Iuan de la Naja y Quartanet, 1615.

SOR MARIA DE LA ANTIGUA

Nació en el término de Cazalla de la Sierra, hoy de la provincia de Sevilla, y fué bautizada en la anterior población el 25 de noviembre dei año 1566. Sus padres eran Baltasar Rodríguez, natural de Elvas (Portugal), y Ana Rodríguez, nacida en Cádiz. De Cazalla pasaron éstos a Utrera, y su pobreza les obligó a servir en el convento de Nuestra Señora de la Antigua, donde la Priora se encargó de criar a María, que contaba pocos meses. Cuando ésta llegó a los trece años tomó el hábito en el monasterio de clarisas de Marchena. A los treinta y siete pasó al de las mercenarias descalzas de Lora, y falleció en el año 1617.

El P. Pedro de San Cecilio, en su *Crónica,* tomo II, dice que "dejó escritos más de 1.300 cuadernos de alta y sustancial doctrina, dictados por Dios" (1).

---

(1) *Desengaño de religiosos, y de almas que tratan de virtud. Escrito por la V. Madre Sor María de la Antigua, religiosa professa de velo blanco de la esclarecida Orden de Santa Clara, en el Conuento de la Villa de Marchena de la Santa Prouincia de Anda-*

CANCIÓN

Alma, que estando muerta
y en horrores de vicios sepultada,
Dios te llama y despierta
con una voz tan dulce y regalada;
¿qué haces, que no escuchas
sus amorosos ecos? ¿Con quién luchas?
¿Qué miedos te combaten?
¿Qué temores te impiden? ¿Qué recelos
hay en ti que dilaten
el logro de tus ansias y desvelos?
Responde a quien te llama
y no te hieles cuando Dios te inflama.
Concede al ocio justo
la piadosa atención que está pidiendo,
y con intenso gusto
escucharás a un cisne que muriendo
entre las ansias suyas
se acuerda así de las miserias tuyas.
—¡Pobre ovejuela!—dice—:
¿qué quieres, ignorante de tu daño
malograrte, infelice?

---

luzia. Sacale á la luz del mundo debaxo de la proteccion de nuestro Catolico Monarca Carlos Segundo, el P. Fr. Pedro de Valbuena, Predicador, Difinidor habitual, é Hijo de la Santa Recoleccion de esta dicha Prouincia de Andaluzia.—Con Privilegio. En Seuilla, por Juan Cabeças. Año de 1678.

¿No ves que vas huyendo del rebaño
de mis mansos corderos,
a ser manjar de lobos carniceros?
De ti te compadece;
ten lástima de ti, que vas perdida,
y si no te parece
que es muy grande tu culpa y tu caída,
mira, fiel, con cuidado,
verás lo que me cuesta tu pecado.
Mira estas nobles sienes
coronadas de espinas rigurosas,
y si en tu pecho tienes
piedad, mira estas puntas dolorosas
que el cerebro me pasan
y el corazón y el alma me traspasan.
Mira estos ojos bellos,
por tu culpa sangrientos y eclipsados,
y estos rubios cabellos,
en mi sangre teñidos y bañados;
verás al sol ponerse
y al oro entre la púrpura esconderse.
Mira aquestas mejillas
que a esmaltes de carmín fondo de nieve
daban, ya amarillas,
sin su beldad hermosa cuanto breve;
mira, y verás mis labios
cárdenos lirios de sufrirte agravios.
Mira estas manos santas
que ocupadas en tales ejercicios,
misericordias tantas

obraron, por hacerte beneficios,
y para tu remedio
las verás taladradas por el medio.
Mira ésta de rubíes
puerta, que en mi costado generoso
con pompas carmesíes
abrió un golpe de lanza impetuoso,
verás con este hierro
pagar mi amor lo que debió tu yerro.
Mira estos pies divinos
que, descalzos, por una y otra parte
tan diversos caminos
anduvieron gustosos a buscarte,
y en ellos castigada
verás tu liviandad desenfrenada.
Mira, si acaso puedes
mirar sin compasión, todo llagado
mi cuerpo, y si no excedes
en fiereza al león y al tigre airado,
viendo no lo merezco,
te dolerá lo que por ti padezco.
Mira que si en el verde
leño se hace tan cruel castigo,
es para que se acuerde
cuál será aquel que se hará contigo,
que, dada a tus placeres,
seca de gracia y de virtudes eres.
Pero si estás tan dura
que no te mortifican mis dolores,
y tu vana locura

los oídos le niega a mis clamores,
alma, repara y mira
que cuanta es mi piedad, tanta es mi ira.

II

Invocación del favor divino que puso la venerable madre Sor María de la Antigua a esta obra.

Socorredme, Señor mío,
si no queréis que perezca
entre dos mares metida
de quien soy y tus grandezas
hechas en la criatura
peor que el Cielo sustenta,
que cuanto mayores fueron,
tanto lo son las ofensas.
Mandáisme, mi Dios, que escriba
las soberanas larguezas
que habéis hecho con mi alma,
y cómo respondo a ellas.
Sépase mi ingratitud;
no tengas, alma, vergüenza;
pues sin vergüenza pecasteis,
decid que sois sinvergüenza.
Yo soy la ingrata que di
a mi Señor con las puertas
tantas veces en la cara,
como si El algo perdiera.
Y habiéndole menester,
yo le traté de manera

que en no echarme en el Infierno
mostró su amor y grandeza.
Ojalá estuviera en él
primero que le ofendiera,
que no siento mis tormentos,
sino sólo sus ofensas.

ROMANCE (1)

¡Oh dulce amor de mi vida,
mi buen Jesús Nazareno,
si me amas a mí, querido,
¿cómo en el destierro muero?
¿Es posible, Señor mío,
que el valor de vuestro pecho
no se muestre en socorrer
a quien muere de amor vuestro?
Mirad que soy hecha escarnio
de los enemigos vuestros,
que dicen: "Si es tu amor justo,
¿cómo pasas tal tormento?"
Si el corazón amoroso,
que se está en llamas ardiendo,
dicen que Vos me lo disteis,
socorred con agua el fuego.
Que son las lágrimas pan
con que me crío y sustento,

(1) *Desengaño de religiosos.* Lib. I, cap. XIV.

y es el regalo mayor
que tengo en este destierro.
Decir que no me queréis,
no da lugar para esto;
la fe, que es mi dulce amiga,
me da siempre a mí remedio.
Ella me enseña que Vos
estáis a mi lado diestro
defendiéndome de todos,
y mucho más de mi mesmo.
Dice que dentro de mí
tenéis morada y asiento,
y que estáis de mejor gana
que en los palacios del Cielo.
Y que dellos no habéis dicho,
que están allí los contentos,
que en un corazón halláis
vestido del amor vuestro.
Díceme que vuestro padre
se huelga tanto de aquesto,
que él y el Espíritu Santo
están juntos allí dentro.
Y que están con tanto amor
en esta hoja de heno,
que cuentan uno por uno
mis palabras y cabellos.
Y que si los ojos abro,
si los levanto o los cierro,
se apunta luego a la hora,
así malo como bueno.

Que si me acuesto de noche,
si me levanto, o si duermo,
sus ojos me están velando,
sin dejarme ni un momento.
En cada paso que doy,
en cuanto pongo el deseo,
se examina si es su amor,
o si me busco a mí mesmo.
De esto saco, vida mía,
para mí misma el remedio,
sabiendo que me queréis
mucho más de lo que os quiero.
Y me dice este cuidado,
que vuestro amor sempiterno
siempre ha entendido en amarme
más de lo que entender puedo.
Pues ¿cómo, mi solo bien,
permitís que yo padezca
en aquesta cárcel triste
la que es cara prenda vuestra?
Acábense los enojos,
que mientras estoy en ella,
me parece que ellos duran,
pues me impiden tu presencia.
Vean mis ojos la cara
de la muerte dulce y bella,
a mis ansias más hermosa
que los lirios y azucenas.
Ella es fin de mis fatigas,
el galardón de mis penas,

reina de mis esperanzas,
que todas están en ella.
Es la que me ha de juntar
en una liga perpetua,
en el centro de mi alma,
con mi Dios, cuando le vea.
Que en la tierra tus favores
antes aumentan mi pena,
conociendo que no es justo
que se den a mi vileza.
Soy de condición extraña,
y en cada merced vuestra
más me avergüenzo y me enojo
conociendo mi bajeza.
Quien te llamó muerte a ti
llamarte vida pudiera,
cumplimiento de esperanzas,
de todos los bienes puerta.
Puerto rico y deseado,
tálamo de gloria eterna,
fin de mis lágrimas tristes,
libertad de mis cadenas.
Y pues que a mi Amado dulce
quitastes de mi presencia,
dejando a su amada triste,
¿por qué con él no me llevas?
Mas es poco tu valor,
contra amor no tienes fuerza,
que piensas que lo has llevado
y acá conmigo se queda.

Con todo, muero sin él,
y tú quieres hacer prueba
de mi amor, si es verdadero,
dilatando su presencia.
Ya no tengo que temer,
pues me llevaste mi prenda
y le encerraste tres días
en tus oscuras cavernas.
El les dejó claras luces,
y puso miel en tus penas,
tanto, que sólo el que quiere
será tributario dellas.
Porque mi amante amoroso
me dejó seguras prendas
de amor, que en sus brazos paran,
si yo me quiero ir a ellas.
Mandóte que me sirvieras
con tus brazos, de litera,
para el tálamo de amantes
que en el Cielo se celebra.
¿Por qué hablo con la muerte,
dejando a su Señor de ella,
que la tiene aprisionada?
Yo hablo con la cadena.
Y pues Vos, mi dulce amor,
sois quien la mandáis a ella,
haced que llegue su curso,
que viene con gran pereza.
No se dilaten mis bienes,
pues que están en tu presencia

los que gozo y los que espero,
y no en cosa de la tierra.
Y pues conocéis las ansias
del alma, que sola es vuestra,
acudidle a sus fatigas
si no queréis que perezca.
Acordaos de quien Vos sois,
poned los ojos en ella,
que mirándola amorosa,
no hay más gloria para ella.
Con esto fenecerán
todos sus males y quejas,
que una mirada de amor
la deja de bienes llena.

III

ROMACE (1)

Después de una larga ausencia
que hizo el amante Dios,
dejando a su pastorcilla
sola y quemada del sol.
Después de haber padecido
de su ausencia el gran rigor
que es el martirio más fuerte,
con que lastima su amor.

(1) *Desengaño de religiosos.* Lib. IV, cap. XVII, pág. 170.

Cuando tan sola ha quedado,
que no la calienta el sol,
aunque la abrasa y la quema
de su ausencia el gran rigor.
Cuando mandó a los demonios,
pues que licencia les dió,
que la cerquen y la aprieten
poniéndola en tentación.
Cuando, viéndose cercada,
no halla consolación,
porque la noche y el día
lo pasa en tribulación.
En la oración está triste,
fuera della muy peor,
disimulando y sufriendo
por no mostrar su pasión.
Y suspirando no puede,
que parece que secó
la tristeza las corrientes
de su castísimo amor.
Y dando suelta al contrario,
solas pasiones dejó
de las culpas, que otro tiempo
la cuitada cometió.
Y porque en todo merezca
la pena en que la dejó,
la fatigan y la aprietan
otras que no cometió.
Culpas de que estuvo libre
por sola su inclinación,

como soberbia y envidia
y la pasión del rencor.
Y si en aquesta tormenta
saliera un rayo de sol
de decir, no me han vencido,
no fuera tal confusión.
Todas juntas acometen,
sin saber el cómo o no,
revolviendo torbellinos
y aprietos de confusión.
Mas es tan grande el nublado
que oscurece el corazón,
que no parece una estrella
después de escondido el sol.
Aunque viéndola con pena
le da un rayo de su amor,
mas no por eso se quitan
las tinieblas del rigor.
Entre sueños la fatiga,
dispierta pasa dolor,
en la cama no hay reposo,
en la comida peor.
De sus padres la desvía,
porque sabe su Señor
que ellos en cierta manera
son para el alma su Dios.
Porque ella no reconoce
en ellos más que a su Dios,
y con sus padres recibe
los efectos de su amor.

Estando en estas fatigas,
el demonio me apretó;
era tiempo de tinieblas,
no me daba luz el sol.
Quedé deste golpe tal,
que me dolió, y con razón;
que tanto en paz como en guerra
es un mar el corazón.
Como si fuera pecado
la llaga deste dolor,
a su hermano de mi padre
me ha quitado mi Señor.
No fué suyo aqueste golpe,
mas pues El lo permitió,
quéjome deste tormento
a mi amante y mi Señor.
Conozco que es traza suya,
que en castigo me envió
de la culpa del desvío
con que yo olvidé su amor.
Hágase tu voluntad:
no pido nada, Señor,
que no es justo que te pida
quien tantos tiempos huyó.
Trátame como a tu esclava,
que ser hija de tu amor
no merece la basura
que tanto tiempo ofendió.
Mas cuando más afligida
ya nace el sol del amor,

que es la misa la corriente
donde hallo mi Señor.
Ya pasaron los nublados,
ya me alegra el corazón,
ya me dices: "¿De qué temes?
¿no ves que tu Padre soy?"
¿El vestido que me diste,
si lo he manchado, Señor,
si ha habido defecto o culpa
sin que lo supiera yo?
¿O si hice algún disgusto
en el vestido de amor,
o si en tela tan subida
alguna culpa cayó?
Viendo mi Bien su querida
dentro desta confusión,
dícele: "Querida mía,
abracémonos los dos."
No huyas, ni estés extraña,
que trazas son de mi amor
el huir, por acercarme
con más miel que no rigor.
Acabemos, regalada,
que esto lo permito Yo,
para ver cómo mi oveja
da balidos al pastor.
No penséis que son olvidos,
mirad que os quiero bien Yo,
y que entre vuestros amantes
he sido el primero Yo.

Yo te acojo, hija, en ellos,
que estoy en tu corazón;
y así rogando a María,
salgo a recibirla Yo.
No te apartes, pastorcilla,
que tu compañero soy,
y para ver si eres buena,
un rato te dejo Yo.
¿Es posible que te extrañas,
hija de mi corazón,
acosada y perseguida
con la fuerza del azor?
Mira que en solos mis brazos
tu regalo se libró,
por lo cual tu Catalina
te lastima el corazón.
No busques otro consuelo,
que buen amigo te soy;
y porque no te me vayas,
descubro a todos tu amor.
Con tantas cadenas presa
aseguro tu temor,
temiendo no te me vayas,
porque te tengo afición.
Pues si Yo soy tu regalo,
sepamos: ¿Por qué razón
así te extrañas y encoges
en faltándote mi amor?

IV

ROMANCE (1)

Socorred ya, Señor mío,
el fuego de mis entrañas,
que el alma cuando os recibe
parece que ya se abrasa.
Es el fuego tan inmenso
que quiere abrasar el alma,
que afectos de Dios unido
le causan divinas llamas.
Mas el alma, como niña
que la regalan y acallan,
en lugar de alegres risas
se convierte en vivas aguas.
Mas como siente consuelo
en verse encender el alma
con los regalos dichosos
en cuyas llamas se abrasa,
son los regalos de Dios
llamas que encienden el alma,
con las cuales se aligeran
los afectos de esperanza.
Y espera que ha de gozar
el alma en la eterna patria

(1) *Desengaño de religiosos.* Lib. VI, cap. XV, página 297.

de la presencia de Dios,
sin jamás desear nada.
Y cuando el alma suspira,
no es de pena, ni enojada,
sino por verse tan rica
en las gustosas moradas.
Que el alma cuando contempla,
luego el Esposo la llama,
y la lleva a sus retretes,
donde el alma está abrasada.
Amorosas quejas tiene,
que acabe de descargarla,
para que juntos los dos
en vivas llamas se ardan.
Alegres ojos míos,
mirad no tarda,
que en el fuego divino
se abrasa el alma.

V

ROMANCE (1)

Entre el incendio de amor
y los regalos del alma,
que solo sabrá decirlos
el amante que los causa;
entre las caricias tiernas
y palabras regaladas

(1) *Desengaño de religiosos.* Lib. X, cap. V, pág. 483.

que sin pronunciar se dicen,
proprio efecto de quien ama;
dentro en el corazón tierno,
do tuvo principio el alma
en la eternidad del sol,
que conoce su sustancia;
en aquel silencio dulce,
que da el corriente del agua,
del pecho, que abrasa amor,
y da dos fuentes la cara;
entre violetas hermosas
y azucenas regaladas,
que publican casto amor
en el pecho de la amada,
da un alma suspiros tiernos
salidos de las entrañas,
porque su Amante divino
todo el mundo no le ama.
Dícele: "Mi solo bien,
mi vida dulce y amada,
¿cómo vivirá tu sierva
viendo los pocos que os aman?
¿Cómo puede descansar
en Vos, centro de mi alma,
si sé que no sois amado
como lo piden mis ansias?
Centro de mi paraíso,
amado bien de mis ansias,
dadme las almas del mundo,
que para Vos todo es nada.

Como soy cosa tan poca,
y Vos tan grande sustancia,
hallo que el amor de todos
aún no puede amarte nada.
Y como veo la gente
de tu amor tan descuidada,
árdeseme el corazón
por quitarles lo que aman.
Ando de noche y de día
imaginando mil trazas,
para la restitución
del amor que os debe el alma.
Mas como por mis pecados
en blanco las veo tornadas,
vuelvo a quejarme a mi blanco
del amor que me las causa.
Porque no hallo consuelo
sino en sola tu palabra;
pues me dijiste en maitines,
yo cumpliré tu demanda.

SOR ANGELA SANCHEZ

Religiosa de Santa Catalina de Sena.

CANCIÓN A SAN LUIS BELTRÁN

En vos, Bertrán, con poderosa mano
puso tan grande fe, amor tan profundo
el encumbrado Cielo sacrosanto,
que para vuestra fe y celo cristiano
ha sido menester un nuevo mundo
y haceros dél un nuevo apóstol santo;
pues parecistes tanto
al que adormido Cristo dió su seno,
que en beber el veneno,
no sólo en el ser virgen le imitastes;
la fe con tal milagro bien se ha visto,
que fué sellarla como el mismo Cristo.

De su veneno dió un cacique muestra
cuando probó la fe de vuestro pecho
con el veneno que en un vaso ofrece,
y la prueba que en Vos con él ha hecho
fué ver si era triaca la fe vuestra,
pues si contra el veneno prevalece
este nombre merece;

pero en su mal intento os ofrecía
más veneno que había
dentro del vaso, y en beberle es cierto
nos habéis descubierto
la mucha fuerza de la fe divina,
pues contra dos venenos predomina.
Ha sido aquel veneno la figura
de los errores que entre aquella gente
sembró el común cosario venenoso,
y como vuestro intento solamente
fué trasplantar la fe divina y pura,
y quitar el engaño mentiroso
de aquel reino famoso
que os cupo para darle ley divina
que viese su ruina,
bebistes el veneno, y la fe santa
que por Dios se transplanta,
como es contra el veneno de su engaño,
viviendo en vos os reservó sin daño.
Por ser la prueba de la fe importante
y el reprobar de un ciego desatino
el fundamento cauteloso y vano,
cuando el vaso bebistes, imagino
tuvistes ya revelación bastante
del encumbrado Cielo soberano.
Que del valor humano,
como erais tan humilde y tan celoso
estuvistes dudoso;
y esto no fué dudar de alguna suerte
por temor de la muerte;

mas ¿por qué padecer la fe podía
si vuestro pecho no lo merecía?
Canción, si el ser humilde
como a Bertrán a vos os ensalzara,
ser humilde os bastara;
mas aunque la humildad jamás levanta
el metro del que canta,
tened por cierto que aun el más perfeto
tiene de ser humilde en tal sujeto (1).

(1) *Los sermones y fiestas que la ciudad de Valencia hizo por la Beatificacion del glorioso padre San Luys Bertran. Por el Padre Maestro fray Vicente Gomez...* Impresos en Valencia. Año 1609. Págs. 164 á 166.

DOÑA MARIANA DE VARGAS Y VALDERRAMA

SONETO

A Don Diego Hurtado de Mendoza (1).

Al tronco ilustre de donde ha salido
vuelves el bello fruto de una rama,
dándole eterno nombre y nueva fama
por tronco, rama y fruto merecido.
Digno lauro en el mundo has adquirido
y justamente con amor te llama
cuidadosa Amaltea, que derrama
las flores que del tiempo ha recogido.
¿Quién al gran Alejandro retratara
sino el famoso Apeles, ni le hubiera
otro que a su primor le aventajara?
¿Quién lo que emprendes intentar pudiera
ni al insigne don Diego nos cantara,
único cisne, si cual tú no fuera?

---

(1) *Obras del insigne cavallero Don Diego de Mendoza, Embaxador del Emperador Carlos Quinto en Roma. Recopiladas por Fray Iuan Diaz Hidalgo.*—En Madrid, por Iuan de la Cuesta. Año 1610.

SOR HIPÓLITA DE JESÚS ROCABERTI

Si diésemos fe a las afirmaciones de los genealogistas (1), la madre Rocaberti estaba enlazada por vínculos de sangre con la mitad de los obispos, reyes, reinas y vírgenes, célebres por su santidad o notables hechos, cuales son San Feriol, San Goerico, San Medoaldo, San Hubandelino, el emperador Teodosio, doña Sancha de Aragón, Santa Ita, Santa Afra y mil que no cito. Dejando a un lado tamañas necedades, nos concretaremos a los datos puramente históricos. Doña Hipólita Rocaberti fué hija de don Francisco Dalmau, vizconde de Rocaberti, primer conde de Módica y Osona, conde de Peralada y marqués de Anglesola. Nació en Barcelona a 22 de enero de 1549. A los once años tomó el hábito en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, perteneciente a la religión de Santo Domin-

(1) Fray José Dromendari, en un libro que sacó a luz en el año 1676, intitulado *Arbol genealógico de la casa de Rocaberti.*

go, y en la cual era Priora su tía sor Estefanía de Rocaberti; allí profesó en el año 1565, y muy luego la nombraron Maestra de novicias.

Por su esclarecida virtud fué designada para reformar el convento de monjas agustinas de Barcelona, llamado de la Magdalena.

Falleció a 6 de agosto de 1624.

I

¡Oh llave piadosa,
consuela esta alma que rendida pide,
y muéstrale el tesoro
que nadie puede ver sino el humilde.
El humilde Cordero
que por nosotros fué crucificado
abrió los siete sellos
que sólo descifrar puede su mano.
¡Oh deseada llave
de los profetas, a que abriste el Cielo,
y porque en ti esperaron.
ni avergonzados ni confusos fueron!
¡Oh llave de oro fino,
abre mi corazón a tu ley santa;
el espíritu ardiente
dél sea el escritor, y yo la tabla!
Con su dedo divino
su amor tan firme grabe,

que borrarle no puedan
ni penas, ni dolor, ni enfermedades.
¡Oh saber sempiterno,
a esta hormiguita admite
en esa abierta llaga
de tu costado, donde el alma vive!
A este vil gusanillo
tu calor sea fomento,
que de frío se muere
si no le das aliento con tu fuego.
¡Oh llave de mi alma,
a aqueste entendimiento obscurecido
enviad esos rayos
que vuestro pecho oculta en su retiro!
¡Oh llave gloriosa
de mi dulce Jesús, que eternidades
liberal facilita
para vivir con él y con su Padre!
¡Oh llave, que escondida
del seno superior al mundo bajas
porque elevado el hombre
pueda ascender al cielo de tu gracia!
Jesús, amable dueño,
selle mi corazón tu dulce mano;
la culpa no le empañe;
tú seas el Señor, y no el pecado.
Si eres celestial puerta,
y llave te llamó el santo Isaías,
no a mis deseos niegues
esta gloria feliz por que suspiran.

En la coluna miro
abierta por mi bien tu sacra espalda;
esa coluna sea
norte de mi desierto hasta la patria.
¡Oh qué llave divina
que abre a todos los predestinados
sin que nadie lo embargue,
sino sólo el pecado no llorado!
Pues si el Cielo franqueas
a los atribulados y afligidos,
admite del que llora
tus ofensas, el grato sacrificio.

II

HIMNO EN DESPRECIO DEL MUNDO
(REDONDILLAS)

Pues a cuanto el mundo alaba
pone fin la sepultura,
no quiero bien que no dura,
ni temo mal que se acaba.
Llore yo el tiempo pasado
y menosprecie el presente,
meditando atentamente
el tiempo que no ha llegado.
Pues el tiempo está pasando
y se me acerca la muerte,
quiero vivir de tal suerte
que en el bien me halle velando.

La cruz quiero por cayado,
séanme clavos y lanza
asilos de mi esperanza
en mi corazón fijados.
Aunque vivo en este mundo,
trátole como traidor,
aborrezco su favor,
vístome de su descuido.
A mi alma, cual carbón,
muerta, negra, fría y fea,
con la sangre la hermosea
que por mí en su Pasión dió.
La muerte venir afecta;
yo deseo que no tarde
cuando mi corazón arde
en la caridad perfecta.
Si el mundo llama al perdido,
llama Jesús sus electos;
quiero ser de los perfectos
y a Jesús prestar oído.
Este es cordero y pastor
y yo su pequeña oveja,
y así mi amor se apareja
a oir la voz del Señor.
¡Oh! si en esta tierra ajena
viviera yo de tal suerte
que cuando llegue la muerte
venga muy en hora buena.

III

CANCIONES A LA VIRGEN

¡Oh Virgen soberana! Entre las glorias
que de Vos con gran gozo considero,
es que de Madre y Virgen siempre intacta
gozáis los singulares privilegios.
Los ángeles se admiran, y alabanzas
a su Criador tributan en inciensos,
de que sois Hija y Madre juntamente,
uniendo sola Vos tales extremos.
Vuestra hermosura alados serafines
celebran, viendo que esos ojos bellos
fueron imán de los divinos ojos
donde se cifra de la gloria el premio.
En pureza vencéis todos los santos,
en humildad y amor sois mar inmenso
donde navegó Aquel que mucho os ama
para que el pecador hallase puerto.
Mi corazón, Señora, se os dedica;
ennoblezcan la ofrenda los deseos,
que para hacer más digno el sacrificio
quisiera yo poder lo que no puedo.
Después de vuestro Hijo, ¡oh Reina mía!
no halla mi alma contento ni consuelo
en que descansar pueda la esperanza,
si no es en Vos, que sois puerta del Cielo.
En el mar de esta vida trabajosa,
puesta en la navecilla de este cuerpo

miro, y suspiro a Vos, mi dulce estrella,
norte seguro al navegante incierto.
Vuestros pechos son vino regalado,
dulce alivio al que os ama, y fiel recreo,
porque le defendéis del enemigo
y de su astuto y engañoso enredo.
Bueno es a mí llegarme a tal morada,
donde no temeré su cruel ceño;
teniendo yo a María de mi parte,
aliste sus banderas el infierno.
¡Oh pechos amorosos! ¡Cuán humildes
cultos debe ofreceros el respeto,
pues vuestra dignidad fué tan extraña
que al mismo Criador fuiste alimento!
Vierta el cielo su puro y fiel rocío,
lluevan las nubes al que justo y pío
es de la tierra el bien, y el deseado
en quien ha de exultar todo collado.
Distilen, pues, los cielos sus dulzuras,
gócenlas los profundos, las alturas;
sean, pues, los soberbios derribados
y los humildes valles ensalzados...
¡Oh profeta Isaías admirable
que alegres nuevas dais de mi querido!
Pues estoy en el destierro
apartado de mi dicha,
quiero escribir a mi amado
y a su piedad compasiva.
. . . . . .

Abrasadme con el fuego
de vuestra llama infinita,
y que ardiendo en vuestro pecho,
en él descanse, en él viva.
Y pues aquesto es verdad,
¡oh caridad sin medida!,
sacad mi alma del cuerpo
porque os vea noche y día.
Que estoy de Vos apartado,
¡mirad qué pena tan viva!
y de tanta libertad
vuestra adopción me hace digna.
¡Oh! ¿Cuándo, mi Dios, ¡oh! cuándo,
las cadenas ya rompidas
de este cuerpo, gozaré
vuestra dulce y clara vista?
Como ciervo fatigado
que la ardiente sed le incita
a desear la fuente clara,
alivio de sus fatigas,
mi alma así está sedienta
de Ti, fuente de agua viva;
¡ay! ¡cuándo apareceré
ante tu cara divina!
Fueron mis lágrimas pan
en la noche y en el día,
mientras me están preguntando:
"¿Dónde tu Dios se retira?"
El amoroso deseo
veloz a Ti se encamina,

la senda de tu ley busca
y en ella el cuidado fija.
  En nada encuentro consuelo;
en mi destierro afligida,
sólo tu dulce memoria
mi recreo facilita.
  A mi Esposo referid
que muero de amor herida,
y puesta en él mi esperanza,
su incendio me vivifica.
  Con suspiros entrañables
ya el morir pido rendida,
porque libre de la cárcel
pueda lograr vuestra vista.
  Pienso que estáis esperando
como a la oveja perdida
el pastor, que con sus silbos,
porque no tarde, la anima.
  Ella con balidos sigue
las pisadas que la guían;
así yo en vuestra palabra
pongo el norte de mis dichas.
  Cual paloma que gimiendo
bosques y selvas registra,
sin que en el diluvio humano
encuentre donde el pie imprima,
  Así mi alma, muriendo,
al celeste puerto aspira,
y hasta que tal suerte logre
el destierro la fatiga.

SOR ANA DE SAN BARTOLOMÉ

El Almendral, pequeña aldea de la provincia de Ávila, fué la patria de esta religiosa, una de las más virtuosas discípulas de Santa Teresa y acaso la que mejor se asimiló el espíritu de la Doctora mística. Nació en octubre del año 1549. Sus padres, Fernán García y Catalina Manzanas, la inculcaron desde muy niña la piedad, y como las semillas de las virtudes caían en tierra fértil, dieron fruto abundantísimo. Huérfana a los pocos años y sin bienes con que vivir ni medianamente, se vió precisada a guardar ovejas, y en este humilde oficio "tendía los ojos por los campos y representábansele en la variedad y hermosura de sus flores, varios y eficaces motivos de alabanças divinas. Suspendíase y deleitábase con su vista, sin que hubiese hoja de árbol, piedra o yerbezuela que no pareciesen lenguas y voces que a voces estaban engrandeciendo las maravillas del Señor, y manifestando su bondad y providencia" (1).

---

(1) Fr. Crisóstomo Enríquez, *Historia de la vida de la Venerable Madre Ana de San Bartolomé*, pág. 22.

El padre Enríquez atribuye a sor Ana, por entonces, una resolución que juzgamos inverosímil: la de irse disfrazada de ermitaño a un desierto y hacer allí penitencias rigurosas; no necesitaba la soledad quien siempre vivía en la de los campos y donde, aun sin quererlo, debía sufrir las molestias inherentes a su profesión, no leves, a despecho de todas las églogas y novelas pastoriles. Su caridad era tan grande, que más de una vez dió sus ropas a las pobres, y decidida a morir virgen rechazó más adelante las bodas que sus hermanos le proponían. Resuelta a dejar el mundo, tuvo que luchar con la oposición de su familia y vióse de nuevo en calamidades semejantes a las anteriores: obligábanla a trabajar en los campos, y ella misma refiere: "me cargaban de cosas que había menester fuerças de hombres; y decían los criados de casa que ellos no pudieran hacer dos juntos lo que yo hacía. Yo me reía, porque como si fuera una paja, me era el peso."

Por entonces se le apareció un espíritu maligno de los que Pedro Crinito llamó *lucífugos*, porque huyen de la luz, según escribe Prudencio:

Dicen de los demonios, que vagando,
la obscuridad de las tinieblas buscan;
que cuando canta el gallo, temerosos
se esparcen, cobran miedo y se retiran.

Victoriosa en la contienda con sus hermanos, logró Ana entrar en el convento de San José, de

Ávila, y habiéndola conocido Santa Teresa cuando regresó de una fundación en Salamanca, elogió el espíritu de la novicia. Ésta profesó a 15 de agosto de 1572, siendo Priora sor María de San Jerónimo. Almas gemelas la de Santa Teresa y la de Ana, era muy natural que entre ellas hubiese amistad y cariño estrechísimos, y tan ciega era la obediencia de aquélla a la reformadora del Carmelo, que no sabiendo escribir, como ésta le dijese en cierta ocasión: *Toma la pluma y escribe,* sin más que ver una carta empezó a formar letras; acto de sugestión que sus contemporáneos lo tradujeron por milagro.

En 1580 salió con la Santa a fundar en Villanueva de la Jara, y ambas hicieron luego las de Palencia y Burgos.

Cuando en octubre de 1582 voló al cielo el alma de la mística Doctora, Ana tuvo a ésta en sus brazos al expirar, inundada en lágrimas. Junto al sepulcro de la Santa pretendió vivir luego el resto de sus días, y sólo por obediencia marchó a su convento de Ávila. Allí tuvo revelaciones del fraude que se encubría en la Monja de Portugal y del infeliz suceso que debía tener la Armada invencible; pero, desgraciadamente, ni fray Luis de Granada, ni Felipe II se enteraron de ellas. De Ávila vino a Madrid, donde residió algún tiempo, y acordada la fundación de conventos en Francia y los Países Bajos, sor Ana recibió tan difícil y honrosa comisión. A 15 de octubre

de 1603 llegó con otras religiosas a París, y con la protección de los jesuítas fundó allí un monasterio, y otros en Pontoise (enero de 1605), en Dijon y Tours. Secundada en Flandes por los archiduques Alberto e Isabel, echó los cimientos del de Amberes y allí murió santamente a 7 de enero de 1626, respetada y querida de cuantos admiraban su raro entendimiento y las mil virtudes que en ella resplandecían (1).

LETRILLA

Si ves mi pastor,
háblale, Llorente;
dile mi dolor,
mira si lo siente.
Dile con cuidado,
y bien dicho, pastor,
que por qué ha cerrado
ansí mi corazón,
y siendo el Señor
ansí se me ausente.

(1) *Historia de la vida, virtudes y milagros de la Venerable Madre Ana de San Bartholomé, compañera inseparable de la sancta Madre Teresa de Iesus... Por el Maestro F. Chrysóstomo Enríquez, Choronista General de la orden de S. Bernardo.*—En Bruselas, en casa de la viuda de Huberto Antonio, llamado Velpius, en el Águila de oro, cerca de Palacio. 1632.

Dile mi dolor,
mira si lo siente.
Vuélveme la luz,
caro y buen amigo,
y venga la cruz
como seáis servido,
que ese es el camino
que pide el amor.
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
La noche es escura
y da mil temores,
y los robadores
que no se conduran;
¿y entonces te escondes,
mi buen fiador?
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
No os mostréis tan duro,
buena está la prueba
y basta la hecha,
pues veis no es seguro
en tan flaca tierra
y tan sin vigor.
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
¿Cómo me has metido
en tan fuerte breña,
y te has escondido
dejándome en ella

y en estrecha senda
sin saber dó voy?
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
Si me has entendido,
¿cómo no respondes
a un triste suspiro
que es cierto que le oyes?
Y eso más me pone
triste y con temor.
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
Dile cuál estoy
y todas mis penas,
y con gran dolor
de ver sus ausencias,
y en tierras ajenas
que es más el temor.
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
Dile que no tarde,
porque yo me muero
y no hallo nadie
que me dé consuelo
si yo no le veo
en mi corazón.
Dile mi dolor,
mira si lo siente.
Dile que a qué hora
quiere que le aguarde,

que él mismo la escoja
y que me lo mande,
y que yo le halle
como a mi pastor.
Dile mi dolor,
mira si lo siente (1).

(1) *Historia de la vida, virtudes y milagros de la Venerable Madre Ana de San Bartolomé... por Fr. Chrysostomo Enriquez.*—Bruselas, 1632.

ANA MARIA DE ALDAY Y VERGARA

SONETO

Detente, caminante, y pues no ignoras
que de tu mismo ser te informa el mío,
considérate en mi cadáver frío
o espiritada piedra si no lloras.
Esa mortalidad que ciego adoras
mal milita en su breve señorío,
si con la luz de ti, que a ti te envío,
hecho un Narciso humano te enamoras.
Tu espejo soy, si no tu clara fuente,
adonde ver podrá tu pensamiento
que tu retrato en mí difunto yace;
pero podrás vivir eternamente
si arroja el alma en mí su entendimiento,
que el que aquí muere, a eterna vida nace (1).

---

(1) *Descripción de la Capilla del Sagrario de Toledo y relacion de la antigüedad de la imagen de Nuestra Señora, por Pedro de Herrera.*—Madrid: Por Luis Sánchez. MDCXVII. Fol. 94.

ARMINDA

SONETO A LA VIRGEN

Dos manos tan iguales, tan unidas,
que ni la muerte misma las divide,
triunfan aquí del tiempo, que no impide
justas memorias a tan santas vidas.
Estas estrellas nunca tan lucidas,
gloria de Rojas, dicen que reside
Fernando aquí, con cuyo lustre mide
doña María Chacón lises floridas.
Si de cuanto este mármol duro sella
aguardas, caminante, testimonio,
Bernardo, que estas aras eterniza,
devoto consagró a esta Virgen bella,
fué el fénix de tan noble matrimonio,
mira cuál ha de ser esta ceniza (1).

---

(1) *Descripcion de la Capilla del Sagrario de Toledo, por Pedro de Herrera.*—Madrid, M.DC.XVII. Pág. 95.

DOÑA FRANCISCA DE BOLEA, CONDESA DE FUENTES

SONETO A LA COMUNIÓN DE SAN RAMÓN NONATO POR MANO DE CRISTO

Abrid, Ramón, las puertas, que del Cielo
el muro rompe un escuadrón alado,
que al conocido Rey por disfrazado
trae cubierto de su blanco velo.
Un rico alcázar en el pobre suelo,
con dones celestiales adornado
busca, y a vuestros labios ha humillado
el angélico espíritu su vuelo.
Llamó, y responde el vuestro vergonzoso:
indigno soy que en mi humildad escojan
para mi Dios los ángeles morada.
Mas el candado del albergue hermoso,
que el celo santo y el amor aherrojan,
dice que es casa para Dios guardada (1).

---

(1) *Certamen poético a las fiestas de la translación de la reliquia de San Ramón Nonat. Recopilado por el P. Fr. Pedro Martín.*—Zaragoza, 1618; fol. 87.

CITA CANEROL

Religiosa del convento de Altabás, en Zaragoza

SONETO EN ALABANZA DE FELIPE III

Vive, Felipe mío, tan contento
como en agosto están mis labradores,
y alegre goza el fruto de tus flores,
que aspiran con las lises dulce aliento.
Salobres aguas y ligero viento
tus ejércitos corten vencedores,
porque en Jerusalén la cruz adores
y tenga culto donde tuvo asiento.
Que yo, Cesárea augusta, que el renombre
de los favores de tu heroica mano
más que de mi Octaviano participo,
En nombre mío y de mi escuela en nombre,
por el que en elección tan justa gano,
te doy eternas gracias, mi Filipo (1).

---

(1) Luis Díez de Aux, *Compendio de las fiestas que ha celebrado la Imperial ciudad de Çaragoça... en honor de Fray Luys Aliaga.*—Zaragoza, año 1619. Pág. 171.

LUISA DE AGUILERA

SONETO

Con voces que del alma son pregones
Zaragoza y Minerva en este día,
gozosas con justísima alegría
vuelven a un bienhechor gracias por dones.
Ojalá ¡oh gran Filipo! te corones
con imperial corona y monarquía
dice Minerva, augusta repetía,
y te humillen los moros sus pendones;
pues al grande Aliaga, nuestro amparo,
con dignidad crecida entronizaste,
a pesar de la invidia y del olvido.
Tu ilustre nombre ya en el mundo claro,
que con hazañas mil eternizaste,
en memoria inmortal se vea esculpido (1).

---

(1) *Compendio de las fiestas que ha celebrado la Imperial ciudad de Çaragoça. Por auer promouido la Magestad Catholica del Rey nuestro Señor... al Illustrissimo Señor Don Fray Luys Aliaga su Confessor... en el Oficio y Cargo Supremo de Inquisidor General de España. Ordenado... por Luys Diez de Aux...* En Zaragoça. Por Iuan de Lanaja y Quartanet. Año 1619.

DOÑA SUSANA BENGOECHEA

SONETO

La grandeza mayor que al Rey sublima
y la que más descubre su excelencia,
es parecerse a Dios en la potencia
al pequeño subiendo a la alta cima.
Que el encumbrado cedro ya es de estima
y la palma nos muestra su eminencia;
mas hacer que la Aliaga en competencia
al cedro y palma exceda, esto es la prima.
Tú, pues, Filipe máximo, pudiste
subir la humilde Aliaga hasta la cumbre
de tus favores, porque a Dios imitas;
con que a su madre augusta solicitas
a que en su pecho encienda eterna lumbre
de gratitud, pues tal gloria le diste (1).

---

(1) Obra citada, pág. 175.

ALDONZA DE ARAGON Y GURREA

OCTAVAS A FERNANDO EL CATÓLICO POR HABER FUNDADO LA INQUISICIÓN

Magnánimo señor, en cuya mano
descargó Atlante aquel pesado mundo,
que halló con suma diestra el italiano
surcando el fiero mar largo y profundo.
Fuerte Alcides en ánimo cristiano
vencedor de la hidria (1) sin segundo,
pues estrellas pisáis del alto cielo,
encaminad a Vos mi tardo vuelo.

Porque si la alabanza aquí debida
por la sincera Fe patrocinada,
responde al celo y piadosa vida
que os levantó del cielo a la morada,
por imposible tengo la subida
y temo como cierta la bajada,
si no me socorréis en esta parte,
adonde desfallece ingenio y arte.

Goce la imperial Roma gloriosa
la gloria de sus hijos prodigiosos

---

(1) *Hidria,* por *hidra.*

con que la augusta gente belicosa
hizo sus descendientes gloriosos:
triunfe de sus contrarios victoriosa
con sus soldados, Martes victoriosos,
que, pues Augusta a Roma en gloria excede,
con gloria superior gloriarse puede.

Atenas a Solón celebre ufana
y a su legislador Dracón (1) alabe;
de Elías la memoria soberana
en sus memorias el Carmelo grave;
del Reino de Aragón con voz no llana
publique ya la fama lo que sabe,
que sólo en un Fernando, rey prudente,
tiene legislador y celo ardiente.

Y si a Rómulo rey han celebrado
porque dejó la patria guarnecida
más con sangre de Remo justiciado
que con muro de piedra á piedra unida,
al rey que nuestra patria ha pertrechado
con muralla más fuerte y más subida
encomendemos a eterna memoria,
celebrando las causas de su gloria.

Este alzó el muro fuerte, diamantino,
puesto contra enemiga aleve gente,
con que Fernando próvido previno
armas contra el hereje inobediente,
adonde con espíritu divino,
como otro rey David santo y prudente,

(1) En el original, *Dragón*.

alzó la Inquisición torre sagrada
contra Damasco, gente reprobada.
Esta torre atalaya la emboscada
y la mañosa traición previene;
con ésta está la Fe santa amparada:
por ésta sin mancilla se mantiene:
ésta ahuyenta de España inmaculada
la maldad, que a turbar su gloria viene:
por ésta se conserva en tal estado
que tiene al mismo Dios enamorado.
En ésta el gran Fernando victorioso
colgó de sus trofeos los blasones:
con ésta se mostró muy poderoso
contra perjuras bárbaras naciones:
ésta le publicó padre amoroso
de la fecunda madre de leones:
ésta predica su valor al suelo
y acrecienta la gloria allá en el Cielo (1).

(1) *Compendio de las fiestas que ha celebrado la Imperial ciudad de Çaragoça. Por auer promouido la Magestad Catholica del Rey nuestro Señor, Filipo Tercero de Castilla, y Segundo de Aragon, al Illustrissimo Señor Don Fray Luys Aliaga su Confessor, y de su Real Consejo de Estado, en el Oficio y Cargo Supremo de Inquisidor General de España. Ordenado... por Luys Diez de Aux...* En Zaragoça: Por Iuan de Lanaja y Quartanet. Año 1619. Págs. 85 á 87.

DOÑA PETRONILA DE ARAGON Y GURREA

ROMANCE

La noble ciudad augusta,
en quien la divina Palas
habitación ha escogido
a la gente aficionada;
de quien Marte valeroso
teme, tiembla y se acobarda
por las fuerzas de leones
que las suyas le quebrantan;
la que sujetó a sus pies
gentes antes no domadas,
y hoy sus hijos las sujetan
a los pies de su monarca,
viendo que Filipo augusto,
clarísimo sol de España,
al qu' es su amparo sublima
y a grande estado levanta,
alborózase de fiesta,
suenan pífanos y cajas,
atabales y trompetas;
fiesta, fiesta, al arma, al arma.
Arden de noche en las torres
por las puertas y ventanas

teas, hachas, fuegos, luces,
que su contento declaran.
A la región superior,
por declararle la causa
del alegría crecida,
mil voladores despacha.
Oye el Ebro (1) los estruendos,
y sacando de las aguas
la cana cabeza, inquiere
de tal novedad la causa.
La cual sabida, celebra
con sus ninfas plateadas,
que la común alegría
a las aguas se dilata.
Sobre los timbres encumbran
por los palacios y casas,
con festones de alegría
los trofeos de Aliaga.
Propone preciosos premios
para quien de fiesta salga,
mejor la fiesta celebre
y ciertos días señala.
Carros triunfales hicieron
y oficios les acompañan:
éste llevaba a Fernando,
que del hereje triunfaba;
el otro, en trono sublima
(emulando aquí la fama),

(1) En el original: *Hebrero.*

al electo Inquisidor,
a quien Javier acompaña.
Los ingeniosos maestros
que labran vistosas casas,
en escuadrón muy lucido
mostraron preciosas galas.
En un carro bien compuesto
queman cuatro heresiarcas,
pronóstico que se espera
del valeroso Aliaga.
Con libreas nunca vistas,
nuevas banderas y cajas,
alabardas, lanzas, picas,
nuevos mosquetes y espadas,
coseletes, petos, golas,
de nueva materia y traza,
corazas, jacos, arneses,
medias, ligas, cueras, bandas,
salió una gente de guerra
tan pobre y desarrapada,
que el vestido de ochocientos
no valía cuatro blancas;
en todo tan diferente,
que en nada se asemejaba,
y con esta compostura
hizo alarde por las plazas.
Corrieron a la herejía
por estafermo con galas
los que tratan con primor
la labor del oro y plata,

de blanco y negro vestidos
y suertes hicieron raras
con caballos tan ligeros
que al viento se adelantaban.
Llegó al Parnaso la fiesta,
el cual quiso celebrarla,
y así con templadas liras
las diestras musas cantaban.
En la cumbre deste monte
resplandeció con mil gracias
el dorado y rubio Apolo,
y perlas vertió en la falda.
El laurel rindió coronas
y las tejieron las Gracias
con las flores que produjo
la ribera de Pancaya.
Con éstas el sacro coro
ciñó las sienes doradas
de las victoriosas musas
en la propuesta alabanza.
También la docta Minerva
se mostró de mucha gala,
y ser hijo suyo muestra
el que oró con elegancia.
Esto refiere un ausente
por su esposo Dios cerrada,
y relación que es de ausente
en algo quedará falta (1).

(1) Obra citada, págs. 265 y 266.

ANÓNIMA, CARMELITA DESCALZA

OCTAVAS

Andando un corazón buscando un día
quién es el que le tiene lastimado,
halló la voluntad que le decía:
"Yo siento que es Jesús crucificado";
y así como entendió que respondía
conforme sospechaba su cuidado,
a buscarle se va muy aquejoso,
qu' el fuego del amor no da reposo.

Buscábale en el cielo y en la tierra
y en todo cuanto en él está criado,
y como no le halla, en sí se encierra,
y allí le halló, y después de haberle hallado,
con voz mudada, triste y lastimera,
comienza [así] a mostrarle su cuidado:

"Desátame, Señor, desta cadena
que me tiene oprimida y sin consuelo (1),
que es duro habitar en tierra ajena
quien tiene ya su amor todo en el Cielo.
Si alguna cosa alivia esta mi pena
es ver que sufres Tú verme en el suelo;
mas ya tiempo será summa hermosura
que goce yo sin velo tu figura."

---

(1) En el original: *mesclado el consuelo.*

SOR JOSEFA DE SAN MIGUEL

POESÍAS MÍSTICAS

I

Fineza constante
de un desvelo amante,
en cuya fe pura
siempre se asegura
tan blanda la pena,
que siendo prisión no parece cadena.
Si de todo el cielo
nace tu desvelo,
feliz mi cuidado,
pues sacrificado
a dueño divino,
hizo elección lo que fuera destino.
Ni este manso aliento
que me presta el viento
tenerle quisiera,
porque sólo fuera
lo que fiel respiro
respiración que sonara a suspiro.
Causárame enojos
pensar que en mis ojos,

sin licencia mía,
cupiera osadía
de ver el objeto
que de imaginarle me pasma el respeto.
Todas mis pasiones
fundo en atenciones,
ardo en el sosiego
yélome en el fuego,
olvido la gloria,
y para adorar sólo tengo memoria.
Si en la idea veo,
cegando al deseo,
al ídolo hermoso
que en ella imperioso
colocó su silla,
le doblo en la idea también la rodilla.
Y si mi tormento
tal vez, desatento,
juzga presumido
que algo ha merecido,
digo a su rudeza
que la obligación no se llama fineza.

II

Lleguen mis rendimientos,
divinas aras,
desde mi silencio, al culto
que se consagran.

No lleguen en gemidos
porque no haya
en mí dulce tormento de queja
ni semejanza.
Y pues son luz del llanto
voces amargas,
fáltenle también a mi fuego
lenguas de agua.
Nada explique la pena
que adora el alma,
pues que nada, si quiere decirla,
puede explicarla.
Huyan mis rendimientos
de la esperanza,
del intento de ser grata ofrenda,
sino ofrenda vana.
Nada a mérito aspire,
puesto que nada
da de aumento a la ley forzosa
la voluntaria.
De mis duras prisiones,
cadenas blandas,
se eternicen las que me prenden,
pues no me arrastran.
De tener mi albedrío
le doy las gracias
a quien si, grosero, quisiera ser libre
le sujetara.
Mas deste ofrecimiento
sólo le alcanza

el sacrificio rendido en obsequios
de mi constancia.
Pero, ¿cómo, pasiones,
formáis palabras
donde sólo decir se permite
lo que se calla? (1).

(1) Bibl. Nac. Mss., núm. 395, fol. 122.

SOR JERÓNIMA DE LA ASUNCIÓN

Fueron sus padres el licenciado Pedro García Yáñez, distinguido jurista, y Catalina de la Fuente, vecinos de Toledo. Nació en esta ciudad a 9 de mayo de 1555.

Muy joven se retiró del siglo y entró en el convento de Santa Isabel, fundado por doña María de Toledo, quien, después de haber estado casada con el señor del Carpio, hizo vida austera y cedió sus bienes al Hospital de la Misericordia.

Allí se distinguió sor Jerónima por sus virtudes, entre ellas por su ardiente caridad; viendo que los galeotes eran tratados con dureza excesiva, sobre todo cuando los llevaban de un pueblo a otro, procuró aliviar las penas de aquellos desgraciados, y lo consiguió en parte. Habiendo en el año 1599 llegado de Filipinas el padre Diego de Soria, provincial de Santo Domingo en aquellas islas, habló con sor Jerónima y la propuso la fundación de un convento en Manila. Pareció bien a la Madre tal idea, que fué patrocinada por el general de los Dominicos fray Arcángel de Medina. Después de muchas dilaciones que sufrió el proyecto, a 19 de abril de 1620 le fué notificada a sor Je-

rónima la orden de ir a Filipinas como abadesa del nuevo convento, llevando consigo varias religiosas de Santa Isabel.

Obedeció gustosa y partió a Sevilla; embarcóse en Cádiz con rumbo a San Juan de Ulúa, y de allí fué a Méjico; tornóse a embarcar en Acapulco, y llegó felizmente a Manila a 5 de agosto de 1621. Halló cariñosa acogida en el gobernador don Alonso de Fajardo, y sin pérdida de tiempo comenzó a realizar su cometido; dió al monasterio la regla de Santa Clara. En esta empresa halló no pocos obstáculos, pues llegó a estar excomulgada por el Provisor, quien pretendía que se necesitaba licencia del Ordinario para dar el hábito a las novicias. Rigió la comunidad con tacto y prudencia laudables, y cargada de méritos falleció a 22 de octubre de 1630 (1).

---

(1) *Perfecta religión. Contiene tres libros. Libro I. De la vida de la Madre Gerónima de la Asuncion. Libro II. De su oracion y exercicios. Libro III. De la regla y constituciones que con exemplo y doctrina enseño. Por Fray Bartolomé de Letona.*—En la Puebla. Por la viuda de Juan de Borja, 1662.

Exemplo de todas las virtudes, y vida milagrosa de la venerable Madre Gerónima de la Assumpcion, abadesa y fundadora del Real convento de la Concepcion de la Virgen Nuestra Señora, de monjas descalzas de nuestra Madre Santa Clara de la ciudad de Manila. Escrito por el Padre (martyr despues invicto) Fray Ginés de Quesada, del Orden de San Francisco... En Madrid, por Antonio Marín. Año 1717.

SOLILOQUIO

Vuestra soy, para vos nací;
¿qué mandáis hacer de mí?
Inaccesible grandeza,
eterna Sabiduría
y bondad del alma mía,
Dios, un ser, poder y alteza,
mirad la suma pobreza
de ésta que se ofrece aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas, mi afición;
luz, esposo y Redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿qué mandáis hacer de mí?
Dadme muerte o dadme vida,
salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz cumplida,
que, medrosa o atrevida,
a todo diré que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme riqueza o pobreza,
dadme gusto o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo;
vida dulce, Sol sin velo,

pues del todo me vendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Si queréis que me esté holgando
por amor, quiérome holgar;
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando;
decí dónde, cómo y cuándo,
decí, dulce amor, decí,
¿qué mandáis hacer de mí?
Si queréis, dadme oración;
si no, dadme sequedad;
si abundancia o devoción,
o si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme, pues, sabiduría,
o por amor ignorancia,
dadme años de abundancia
o de hambre y carestía,
tinieblas o claro día,
revolvedme aquí o allí;
¿qué mandáis hacer de mí?
Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra lodosa;
sea Job en el dolor
o Juan que al pecho reposa,
sea viña fructuosa
o estéril, si cumple así;
¿qué mandáis hacer de mí?

Sea Joseph en cadenas
o de Egipto Adelantado;
sea David sufriendo penas
o el mesmo ya coronado;
sea Jonás anegado
o libertado de allí;
¿qué mandáis hacer de mí?
Esté callando o hablando,
haga fruto o no le haga,
la ley me esté preguntando,
la gracia sane mi llaga;
crezca o se mengüe mi paga,
sólo vos vivid en mí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, para vos nací;
¿qué mandáis hacer de mí? (1)

(1) Los versos que reproducimos han sido atribuídos por algunos a Santa Teresa, y como tales los publicó don Vicente de la Fuente en el tomo II de *Autores españoles*, pág. 517. Yo creo lo más probable que no son de la Reformadora del Carmen, y, quizá, tampoco de Sor Jerónima de la Asunción, entre cuyos papeles se halló un traslado.

Las varias copias manuscritas que de esta poesía se conservan ofrecen numerosas variantes; el texto seguido por La Fuente comienza así:

"Soberana majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena a el alma mía,
Dios, un ser, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza

ANÓNIMA PERUANA (1)

Discurso en loor de la Poesía, dirigido al autor [del Parnaso Antártico], y compuesto por una señora principal de este Reino, muy versada en la lengua toscana y portuguesa, por cuyo mandamiento, y por justos respetos, no se escribe su nombre.

La mano y el amor de la Cirene
a quien Apolo amó con amor tierno,
y el agua consagrada de Hipocrene,

Que hoy os canta amor así.
¿Qué queréis, Señor, de mí?
Vuestra soy, pues me criastis;
Vuestra, pues me redimistis;
Vuestra, pues que me sufristis;
Vuestra, pues que me llamasteis;
Vuestra, pues me conservasteis;
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué queréis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
Que haga un tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veis[me] aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?"

(1) Acerca de esta poetisa, discípula de Diego Mexía, puede verse la *Historia de la Poesía hispano-americana por don M. Menéndez y Pelayo,* tomo II, pág. 163.

y aquella lira con que de el Averno
Orfeo libertó su dulce esposa
suspendiendo las furias de el Infierno.
La célebre armonía milagrosa
de aquel cuyo testudo pudo tanto
que dió muralla a Tebas la famosa.
El platicar süave vuelto en llanto,
y en sola voz, que a Júpiter guardaba,
y a Juno entretenía y daba espanto.
El verso con que Homero eternizaba
lo que del fuerte Aquiles escrebía,
y aquella vena con que lo ditaba,
quisiera que alcanzaras, Musa mía,
para que, en grave y sublimado verso,
cantaras en loor de la Poesía.
Que ya que el vulgo rústico perverso
procura aniquilarla, tú hicieras
su nombre eterno en todo el universo.
Aquí Ninfas de el Sur, venid ligeras,
pues que soy la primera que os imploro,
dadme vuestro socorro las primeras.
Y vosotras, Pimpleides, cuyo coro
habita el Helicón, dad largo el paso,
y abrid en mi favor vuestro tesoro.
De l' agua Medusea dadme un vaso,
y pues toca a vosotras, venid presto,
olvidando a Libetros y a Parnaso.
Y tú, divino Apolo, cuyo gesto
alumbra al Orbe, ven en un momento,
y pon en mí de tu saber el resto.

Inflama el verso mío con tu aliento,
y en l' agua de tu trípode lo infunde,
pues fuiste d' él principio y fundamento.
Mas ¿en qué mar mi débil voz se hunde?
¿á quién invoco? ¿qué deidades llamo?
¿qué vanidad, qué niebla me confunde?
Si ¡oh gran Mexía!, en tu esplendor me inflamo;
si tú eres mi Parnaso, tú mi Apolo,
¿para qu' a Apolo y al Parnaso aclamo?
Tú en el Pirú, tú en el Austriano Polo
eres el Delio, el Sol, el Febo santo;
sé pues, mi Febo, Sol y Delio solo.
Tus huellas sigo, al cielo me levanto
con tus alas; defiendo a la Poesía,
Fébada tuya soy, oye mi canto.
Tú me diste precetos, tú la guía
me serás, tú que honor eres de España,
y la gloria de el nombre de Mexía.
Bien sé que en intentar esta hazaña
pongo un monte, mayor que Etna el nombrado,
en hombros de mujer, que son d' araña.
Mas el grave dolor que me ha causado
ver a Helicona en tan humilde suerte,
me obliga a que me muestre tu soldado.
Que en guerra que amenaza afrenta o muerte,
será mi triunfo tanto más glorioso
cuanto la vencedora es menos fuerte.
Después que Dios con brazo poderoso
dispuso el Caos y confusión primera,
formando aqueste mapa milagroso;

después que en la celeste vidriera
fijó los signos, y los movimientos
de el Sol compuso en su admirable Esfera;
después que concordó los elementos
y cuanto en ellos hay, dando preceto
al mar que no rompiese sus asientos,
recopilar queriendo en un sujeto
lo que criado había, al hombre hizo
a su similitud, que es bien perfeto.
De frágil tierra y barro quebradizo
fué hecha aquesta imagen milagrosa
que tanto al autor suyo satisfizo.
Y en ella, con su mano poderosa,
epilogó de todo lo criado
la suma, y lo mejor de cada cosa.
Quedó de el hombre Dios enamorado,
y dióle imperio y muchas preminencias,
por Vicediós dejándole nombrado.
Dotóle de virtudes y ecelencias,
adornóle con artes liberales,
y dióle infusas, por su amor, las ciencias.
Y todos estos dones naturales
los encerró en un don tan eminente,
que habita allá en los coros celestiales.
Quiso que aqueste don fuese una fuente
de todas cuantas artes alcanzase,
y más que todas ellas ecelente,
de tal suerte, que en él se epilogase
la humana ciencia, y ordenó que el dallo
a sólo el mesmo Dios se reservase.

Que lo demás pudiese él enseñallo
a sus hijos, mas que este don precioso
sólo el que se lo dió pueda otorgallo.
¿Qué don es éste? ¿Quién el mar grandioso
que por objeto a toda ciencia encierra,
sino el metrificar dulce y sabroso?
El don de la Poesía abraza y cierra,
por previlegio dado de la altura,
las ciencias y artes que hay acá en la tierra.
Estas las comprehende en su clausura,
las perficiona, ilustra y enriquece
con su melosa y grave compostura.
Y aquel que en todas ciencias no florece
y en todas artes no es ejercitado,
el nombre de poeta no merece.
Y por no poder ser que esté cifrado
todo el saber en uno sumamente,
no puede haber poeta consumado.
Pero serálo aquél más ecelente
que tuviere más alto entendimiento
y fuere en más estudios eminente.
Pues ya de la poesía el nacimiento
y su primer origen ¿fué en el cielo?
¿o tiene aquí en la tierra el fundamento?
¡Oh musa mía!; para mi consuelo
dime dónde nació, que estoy dudando:
¿nació entre los espíritus del cielo?
Estos, a su Criador reverenciando,
compusieron aquel trisagios trino,
que al Trino y Uno siempre están cantando.

Y como la Poesía al hombre vino
de espíritus angélicos perfetos,
que por concetos hablan de contino,
los espirituales, los discretos,
sabrán más de Poesía, y será ella
mejor mientras tuviese más concetos.
De esta región empírea, santa y bella
¿se derivó en Adán, primeramente,
como la hueste Délfica en la estrella?
¿Quién duda que advirtiendo allá en la mente
las mercedes que Dios hecho le había
porque le fuese grato y obediente,
no entonase la voz con melodía,
y cantase a su Dios muchas canciones,
y que Eva alguna vez le ayudaría?
Y viéndose después entre terrones,
comiendo con sudor, por el pecado,
y sujeto a la muerte y sus pasiones,
estando con la reja y el arado,
¿qué elegías compondría de tristeza
por verse de la Gloria desterrado?
Entró luego en el mundo la rudeza
con la culpa; hincheron las maldades
al hombre de ignorancia y de bruteza.
Dividiéronse en dos parcialidades
las gentes; siguió a Dios la más pequeña,
y la mayor a sus iniquidades.
La que siguió de Dios el bando y seña,
toda ciencia heredó, porque la ciencia
fundada en Dios al mismo Dios enseña.

Tuvo también, y en suma reverencia,
al don de la Poesía, conociendo
su grande dignidad y su excelencia.
Y así el dichoso pueblo, en recibiendo
de Dios algunos bienes y favores,
le daba gracias, cantos componiendo.
Moisés, queriendo dar sumos loores,
y la gente hebrea, a Dios eterno,
por ser de los egipcios vencedores,
el cántico hicieron dulce y tierno
que el Exodo celebra, relatando
como el rey Faraón bajó al Infierno.
Pues ya cuando Jahel privó del mando
y de la vida a Sísara animoso,
a Dios rogando y con el mazo dando,
¡qué poema tan grave y sonoroso
Barac el fuerte y Débora cantaron,
por ver su pueblo libre y victorioso!
La muerte de Goliat celebraron
las matronas con versos de alegría,
cuando a Saúl con ellos indignaron.
El rey David sus salmos componía,
y en ellos del gran Dios profetizaba;
¡de tanta majestad es la Poesía!
Él mismo los hacía y los cantaba;
y más que con retóricos extremos
a componer a todos incitaba.
"Nuevo cantar a nuestro Dios cantemos,
decía, y con templados instrumentos
su nombre bendigamos y alabemos.

"Cantadle con dulcísimos acentos,
sus maravillas publicando al mundo,
y en El depositad los pensamientos."
También Judit, después que al tremebundo
Holofernes cortó la vil garganta,
y morador lo hizo del profundo,
al cielo empíreo aquella voz levanta,
y dando a Dios loor por la victoria
heroicos y sagrados versos canta.
Y aquellos que gozaron de la gloria
en Babilonia estando en medio el fuego,
menospreciando vida transitoria,
las voces entonaron con sosiego,
y con metros al Dios de las alturas
hicieron fiesta, regocijo y juego.
Job, sus calamidades y amarguras
escribió en verso heroico y elegante;
que a veces un dolor brota dulzuras.
A Jeremías dejo, aunque más cante
sus Trenos numerosos, que ha llegado
al Nuevo Testamento mi discante.
La Madre del Señor de lo criado
¿no compuso aquel canto que enternece
al corazón más duro y obstinado?
"A su señor mi ánima engrandesce,
y el espíritu mío de alegría
se regocija en Dios y le obedesce."
¡Oh dulce Virgen, ínclita María!
No es pequeño argumento y gloria poca
esto para estimar a la Poesía:

Que basta haber andado en vuestra boca
para darle valor, y a todo cuanto
con su pincel dibuja, ilustra y toca.
¿Y qué diré del soberano canto
de aquel a quien, dudando allá en el templo,
quitó el habla el paraninfo santo?
A ti también, ¡oh Simeón!, contemplo,
que abrazado al Jesús con brazos píos,
de justo y de poeta fuiste ejemplo.
El Hosanna cantaron los judíos
a aquel a cuyos miembros con la lanza
después dejaron de calor vacíos.
Mas ¿para qué mi musa se abalanza
queriendo comprobar cuanto a Dios cuadre
que en metro se le dé siempre alabanza?
Pues vemos que la Iglesia, nuestra madre,
con salmos, himnos, versos y canciones,
pide mercedes al Eterno Padre.
De aquí los sapientísimos varones
hicieron versos griegos y latinos,
de Cristo, de sus obras y sermones.
Mas ¿cómo una mujer los peregrinos
metros del gran Paulino y del hispano
Juvenco alabará, siendo divinos?
De los modernos, callo a Mantüano,
a Fiera, a Sannazaro, y dejo a Vida,
y al honor de Sevilla, Arias Montano.
De la parcialidad que desasida
quedó de Dios, negando su obediencia,
es bien tratar, pues ella nos convida.

Esta, pues, se apartó de la presencia
de Dios, y así quedó necia, ignorante,
bárbara, ciega, ruda y sin prudencia.
Seguía su soberbia el arrogante,
amaba la crueldad el sanguinoso,
y el avariento al oro rutilante.
Era dios la lujuria del vicioso,
adoraba el ladrón en la rapiña,
y al honor daba incienso el ambicioso.
No había deidad ni ley divina,
si no era el propio gusto y apetito,
por carecer de ciencias y doctrina.
Mas el eterno Dios incircunscrito,
por las causas que al hombre son secretas,
fué reparando abuso tan maldito.
Dió al mundo, indigno de esto, los poetas,
a los cuales filósofos llamaron,
sus vidas estimando por perfetas.
Estos fueron aquellos que enseñaron
las cosas celestiales, y la alteza
de Dios por las criaturas rastrearon.
Éstos mostraron de naturaleza
los secretos; juntaron a las gentes
en pueblos, y fundaron la nobleza.
Las virtudes morales excelentes
pusieron en precepto, y el lenguaje
limaron con sus metros eminentes.
La brutal vida, aquel vivir salvaje
domesticaron, siendo el fundamento
de policía en el contrato y traje.

De esto tuvo principio y argumento
decir que Orfeo con su voz mudaba
los árboles y peñas de su asiento:
mostrando que los versos que cantaba,
fuerza tenían de mover los pechos
más fieros que las fieras que amansaba.
Conoció el mundo en breve los provechos
de este arte celestial de la Poesía,
viendo los vicios con su luz deshechos.
Creció su honor, y la virtud crecía
en ellos; así el nombre de poeta
casi con el de Jove competía.
Porque este ilustre nombre se interpreta
hacedor, por hacer con artificio
nuestra imperfeta vida más perfeta;
y así el que fuere dado a todo vicio
poeta no será, pues su instituto
es deleitar, y doctrinar su oficio.
¿Qué puede doctrinar un disoluto?
¿Qué pueden deleitar torpes razones?
Pues sólo está el deleite do está el fruto.
Tratemos, Musa, de las opiniones
que del poema angélico tuvieron
las griegas y romúlidas naciones.
Las cuales, como sabias, entendieron
ser arte de los cielos decendida,
y así a su Apolo dios le atribuyeron.
Fué en aquel siglo en gran honor tenida,
y como don divino venerada
y de muy poca gente merecida.

Fué en montes consagrados colocada;
en Helicón, en Pimpla y en Parnaso
donde a las Musas dieron la morada.
Fingieron que si al hombre con su vaso
no infundían el metro, era imposible
en la Poesía dar un solo paso,
porque, aunque sea verdad que no es factible
alcanzarse por arte lo que es vena,
la vena sin el arte es irrisible.
Oíd a Cicerón cómo resuena
con elocuente trompa en alabanza
de la gran dignidad de la Camena.
El buen poeta, dice Tulio, alcanza
espíritu divino, y lo que asombra
es darle con los dioses semejanza.
Dice que el nombre de poeta es sombra
y tipo de deidad santa y secreta,
y que Ennio a los poetas, santos nombra.
Aristóteles diga que es poeta:
Plinio, Estrabón, y díganoslo Roma,
pues da al poeta nombre de profeta.
Corona de laurel, como al que doma
bárbaras gentes, Roma concedía
a los que en verso honraban su idioma.
Dábala al vencedor porque vencía,
y dábala al poeta artificioso,
porque a vencer, cantando, persuadía.
¡Oh tiempo veces mil y mil dichoso;
digo dichoso en esto, pues que fuiste
en el arte de Apolo tan famoso!

¡Cuán bien sus excelencias conociste,
con cuánto acatamiento la estimaste,
en qué punto y quilate la pusiste!
A los doctos poetas sublimaste,
y a los que fueron más inferiores
en el olvido eterno sepultaste.
De monarcas, de reyes, de señores,
sujetaste los cetros y coronas
al arte, la mayor de las mayores.
Y siendo aquesto así, ¿por qué abandonas
ahora a la que entonces diste el lauro,
y levantaste allá sobre las zonas?
De el Nilo al Betis, del Polaco al Mauro
hiciste le pagasen el tributo,
y la encumbraste sobre Ariete y Tauro.
A Julio César vimos, por quien luto
se puso Venus, siendo muerto a manos
de el Bruto en nombre y en los hechos bruto.
En cuánta estima tuvo al soberano
metrificar, pues de la negra llama
libró a Marón, el docto Mantüano.
Y en honor de Calíope, su dama,
escribió él mismo la sentencia en verso,
por quien vive la *Eneida* y tiene fama.
Y el Macedonio que de el universo
ganó tan grande parte, sin que agüero
le fuese en algo a su opinión adverso.
No contento con verse en sumo impero,
de el hijo de Peleo la memoria
envidió, suspirando por Homero.

No tuvo envidia del valor y gloria
del griego Aquiles, mas de que alcanzase
un tal poeta y una tal historia;
considerando que aunque sujetase
un mundo y mundos, era todo nada,
sin un Homero que lo celebrase.
La *Iliada,* su dulce enamorada,
en paz, en guerra, entre el calor o frío
le servía de espejo y de almohada.
Presentáronle un cofre en que Darío
guardaba sus ungüentos, tan precioso
cuanto explicar no puede el verso mío.
Viendo Alejandro un cofre tan costoso,
lo aceptó, y dijo: "Aquéste sólo es bueno
para guardar a Homero el sentencioso."
Poniendo a Tebas con sus armas freno,
a la casa de Píndaro y parientes
reservó del rigor de que iba lleno.
Siete ciudades nobles, florecientes,
tuvieron por el ciego competencia;
que un buen poeta es gloria de mil gentes.
Apolo en Delfos pronunció sentencia
de muerte contra aquellos que la dieron
a Arquíloco, un poeta de excelencia.
A Sófocles sepulcro honroso abrieron
los de Lacedemonia, por mandado
expreso que del Bromio dios tuvieron.
Mas ¿para qué en ejemplos me he cansado,
por mostrar el honor que a los poetas
los dioses y las gentes les han dado,

si en las grutas del Báratro secretas,
los demonios hicieron cortesía
a Orfeo por su arpa y chanzonetas?
No quiero explique aquí la Musa mía
los latinos, que alcanzan nombre eterno
por este excelso don de la Poesía;
los cuales con su canto dulce y tierno,
a sí y a los que en metro celebraron,
libraron de las aguas del Averno.
Sus nombres con su pluma eternizaron,
y de la noche del eterno olvido
mediante sus vigilias escaparon.
Conocido es Virgilio, que a su Dido
rindió al amor con falso disimulo,
y el tálamo afeó de su marido.
Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,
Marcial, Valerio, Séneca, Avïeno,
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo.
Y tú, ¡oh Ovidio!, de sentencias lleno,
que aborreciste el foro y la oratoria
por seguir de las nueve el coro ameno.
Y olvido al español que, en dulce historia
el Farsálico encuentro nos dió escrito
por dar á España con su verso gloria.
Pero ¿dó voy, a dó me precipito?
¿Quiero contar del cielo las estrellas?
Quédese; que es contar un infinito.
Mas será bien, pues soy mujer, que de ellas
diga mi musa si el benigno cielo
quiso con tanto bien engrandecellas.

Soy parte, y como parte me recelo,
no me ciegue afición; mas diré sólo
que a muchas dió su lumbre el Dios de Delo.
Léase Policiano, que de Apolo
fué un vivo rayo, el mal de muchas canta,
divulgando su honor de polo a polo.
Entre muchas, ¡oh Safo!, te levanta
al cielo, por tu metro y por tu lira,
y también de Damófila discanta.
Y de ti, Pola, con razón te admira,
pues limaste a Lucano aquella historia,
que a ser eterna por tu causa aspira.
Dejemos las antiguas: ¿con qué gloria
de una Proba Valeria, que es romana,
hará mi lengua rústica memoria?
Aquésta, de la *Eneida* mantüana
trastrocando los versos, hizo en verso
de Cristo vida y muerte soberana.
De las Sibilas sabe el Universo
las muchas profecías que escribieron
en metro numeroso, grave y terso.
Estas del celestial consejo fueron
partícipes, y en sacro y dulce canto
las Fébadas oráculos dijeron.
Sus vaticinios la Tiresia Manto,
de divino furor arrebatada,
en versos los cantó, poniendo espanto.
Pues ¿qué diré de Italia, que adornada
hoy día se nos muestra con matronas
que en esto exceden a la edad pasada?

Tú, ¡oh Fama!, en muchos libros las pregonas,
sus rimas cantas, su esplendor demuestras,
y así de lauro eterno las coronas.
También Apolo se infundió en las nuestras,
y aun yo conozco en el Perú tres damas
que han dado en la Poesía heroicas muestras.
Las cuales... mas callemos, que sus famas
no las fundan en verso: a tus varones,
¡oh España!, vuelvo, pues allá me llamas.
También se sirve Apolo de leones,
pues han mil españoles florecido
en épicas, en cómico y canciones.
Y muchos han llegado y excedido
a los griegos, latinos y toscanos,
y a los que entre ellos han resplandecido.
Que como dió el dios Marte con sus manos
al español su espada, porque él solo
fuese espanto y horror de los paganos,
así también el soberano Apolo
le dió su pluma, para que volara
de el eje antiguo a nuestro nuevo polo.
¡Quién fuera tan dichosa que alcanzara
tan elegantes versos, que con ellos
los poetas de España sublimara!
Aunque loarlos yo fuera ofenderlos,
fuera por darles lustre, honor y pompa
escurecerme a mí y escurecerlos.
La Fama, con su eterna y clara trompa,
tiene el cuidado de llevar sus nombres
a do el rigor del tiempo no los rompa;

y ellos también con plumas más que de hombres,
a pesar del olvido, cada día
eternizan sus obras y renombres.
¡Oh España venerable, oh madre pía,
dichosa puedes con razón llamarte,
pues por ti está en su punto la Poesía!
En ti vemos de Febo el estandarte;
tú eres el sacro templo de Minerva,
y el trono y silla del horrendo Marte.
Gloríate de hoy más, pues la proterva
envidia se te rinde y da blasones,
sin que los borre la fortuna acerba.
Y vosotras, antárticas regiones,
también podéis teneros por dichosas,
pues alcanzáis tan célebres varones
cuyas plumas heroicas, milagrosas,
darán, y han dado muestras, cómo en esto
alcanzáis voto, como en otras cosas.
¿Dónde vas, Musa? ¿No hemos prosupuesto
de rematar aquí nuestro discurso,
que de prolijo y tosco es ya molesto?
¿Por qué dilatas el difícil curso?
¿Por qué arrojas al mar mi navecilla,
mar que ni tiene puerto ni recurso?
¿A una mujer, que teme en ver la orilla
de un arroyuelo de cristales bellos,
quieres que rompa el mar con su barquilla?
¿Cómo es posible yo celebre a aquellos
que asido tienen con la diestra mano
al rubio intonso dios de los cabellos?

Pues nombrarlos a todos es en vano,
por ser los del Perú tantos, que exceden
a las flores que Tempe da en verano.
Mas, Musa, di de algunos, ya que pueden
contigo tanto, y alza más la prima,
que ellos su plectro y mano te conceden.
Testigo me serás, sagrada Lima,
que el doctor Figueroa es laureado
por su grandiosa y elevada rima.
Tú, de ovas y espadañas coronado,
sobre la urna transparente oíste
su grave canto, y fué de ti aprobado.
Y un tiempo fué que en tu Academia viste
al gran Duarte, al gran Fernández digo,
por cuya ausencia te has mostrado triste.
Fué al cerro donde el Austro es buen testigo,
que vale más su vena, que las venas
de plata que allí puso el cielo amigo.
Betis se ufana que éste en sus arenas
gozó el primer aliento, y quiere parte
el Luso de su ingenio y sus Camenas.
Quisiera, ¡oh Montesdoca!, celebrarte;
mas estás retirado allá en tu cama,
cuándo siguiendo a Febo, cuándo a Marte.
Pero como tu nombre se derrama
por ambos polos, has dejado el cargo
de eternizar tus versos a la fama.
De el Tajo ameno por camino largo,
un rico pescador las aguas de oro
trocó por Tetis y su reino amargo.

Mas no pudo el Perú tanto tesoro
ganar, sino ganando a ti, ¡oh Sedeño!,
regalo del Parnaso y de su coro.
Ya el mundo espera que del grave ceño
de Glauca el pescador tuyo le cante,
mostrando el artificio de su dueño.
Con reverencia nombra mi discante
al licenciado Pedro de Oña: España,
pues lo conoce, templos le levante.
Espíritu gentil, doma la saña
de Arauco, pues con hierro no es posible,
con la dulzura de tu verso extraña.
La Volcanea horrífica, terrible,
y el militar elogio, y la famosa
Miscelánea, que al Inga es apacible:
la entrada de los Mojos milagrosa,
la comedia de Cuzco y Vasquirana,
tanto verso elegante y tanta prosa,
nombre te dan y gloria soberana,
Miguel Cabello, y ésta redundando
por Hesperia, Archidona queda ufana.
A ti, Juan de Salcedo Villandrando,
el mismo Apolo Délfico se rinda,
a tu nombre su lira dedicando:
pues nunca sale por la cumbre Pinda
con tanto resplandor cuanto demuestras
cantando en alabanza de Clarinda.
Ojeda y Gálvez, si las plumas vuestras
no estuvieran a Cristo dedicadas,
ya de Castalia hubieran dado muestras.

Tal vez os las ponéis, y a las sagradas
regiones os llegáis tanto, que entiendo
que de algún ángel las tenéis prestadas.
El uno está a Trujillo enriqueciendo,
a Lima el otro, y ambos a Sevilla
la estáis con vuestra musa ennobleciendo.
Déme su ingenio Juan de la Portilla,
para que ensalce su fecunda vena,
que temo con mi voz disminuílla.
La Antártica región que al orbe atruena,
con Potosí celebrará su nombre,
nombre que el cielo eternizarlo ordena.
Gaspar Villarroel, digo aquel hombre
que a pesar de las aguas del Leteo,
con verso altivo ilustra su renombre:
aquel que en la dulzura es un Orfeo
y un griego Melesígenes en ciencia,
y en majestad y alteza un dios Timbreo.
Este, por ser quien es, me da licencia
que abrevie aquí las alabanzas suyas;
que es símbolo el callar de reverencia.
Mas aunque tú la vana gloria huyas
(que por la dar mujer será bien vana),
callar no quiero, ¡oh Ávalos!, las tuyas:
y cuando calle yo, sabe la Indiana
América muy bien como es don Diego
honor de la poesía castellana.
Con gran recelo a tu esplendor me llego,
Luis Pérez Angel, norma de discretos,
porque soy mariposa y temo el fuego.

Fabrican tus romances y sonetos,
como los de Anfión un tiempo a Tebas,
muros a Arica a fuerza de concetos.
Y tú, Antonio Falcón, bien es te atrevas
la antártica Academia, como Atlante,
fundar en ti, pues sobre ti la llevas.
Ya el culto Tasso, ya el escuro Dante,
tienen imitador en ti, y tan diestro,
que yendo tras su luz, le vas delante.
Tú, Diego de Aguilar, eres maestro
en la escuela Cirrea graduado
por ser tu metro honor del siglo nuestro.
El renombre de Córdoba, ilustradó
quedará por tu lira; justa paga
de el amor que a las Musas has mostrado.
No porque al fin Cristóbal de Arriaga
te ponga de este elogio, eres postrero;
ni es justo que tu gloria se deshaga:
que en Pimpla se te da el lugar primero,
como al primero que con fuerza de arte
corres al parangón do llegó Homero.
De industria quise el último dejarte,
don Pedro ilustre, como a quien Apolo,
por ser tú Carvajal, dió su estandarte.
Ni da el Perú, ni nunca dió Pactolo
con sus minas y arenas tal riqueza,
como tú con tu pluma a nuestro polo.
Elpis Heroida, préstame la alteza
de tu espíritu insigne, porque cante
de otros muchos poetas la grandeza.

Mas, pues humano ingenio no es bastante,
saquemos de lo dicho este argumento,
si es buena la Poesía: es importante
ser buena, por su santo nacimiento,
y porque es don de Dios, y Dios la estima:
queda arriba probado nuestro intento.
Ser importante pruébolo: la prima
siento que se destempla, y voy cansada,
mas la razón a proseguir me anima.
Será una cosa tanto más preciada
y de más importancia, cuanto fuere
más provechosa y más aprovechada.
Es de importancia el Sol, porque aunque hiere.
con sus rayos alumbra y nos da vida,
criando lo que vive y lo que muere.
La tierra es de importancia porque anida
al hombre, y así a él como a los brutos
les da, cual justa madre, la comida.
Todos los vegetales por sus frutos
son de importancia, y sonlo el mar y el viento
porque nos rinden fértiles tributos.
No sólo es de importancia un elemento,
mas una hormiga, pues su providencia
al hombre ha de servir de documento.
Cada arte importa, importa cada ciencia,
porque de cada cual viene un provecho,
que es el fin a que mira su existencia.
Pues si una utilidad hace de hecho
ser cada cosa de por sí importante,
¿qué importará quien muchas nos ha hecho?

Es la Poesía un piélago abundante
de provechos al hombre; y su importancia
no es sola para un tiempo ni un instante.
Es de provecho en nuestra tierna infancia,
porque quita y arranca de cimiento,
mediante sus estudios, la inorancia.
En la virilidad es ornamento,
y a fuerza de vigilias y sudores
pare sus hijos nuestro entendimiento.
En la vejez alivia los dolores,
entretiene la noche mal dormida
o componiendo o revolviendo autores.
Da en lo poblado el gusto sin medida,
en el campo acompaña y da consuelo,
y en el camino a meditar convida.
De ver un prado, un bosque, un arroyuelo,
de oir un pajarito, da motivo
para que el alma se levante al cielo.
Anda siempre el poeta entretenido
con su Dios, con la Virgen, con los Santos,
o ya se baja al centro denegrido.
De aquí proceden los heroicos cantos,
las sentencias y ejemplos virtuosos
que han corregido y convertido a tantos.
Y si hay poetas torpes y viciosos,
el don de la Poesía es casto y bueno,
y ellos los malos, sucios y asquerosos.
El lilio, el alhelí de el prado ameno,
son saludables; llega la serpiente,
y hace de ellos tósigo y veneno.

Por esto el inorante y maldiciente,
tanta seguida viendo, y zarabanda,
infame introdución de infame gente,
la lengua desenfrena, y se desmanda
a condenar a fuego a la Poesía,
como si fuese herética o nefanda.
Necio, ¿también será la Teología
mala, porque Lutero el miserable
quiso fundar en ella su herejía?
Acusa la Escritura venerable
porque la tuerce el mísero Calvino,
para probar tu intento abominable.
Quita los templos, donde al Rey divino
le ofrecen sacrificios, porque en ellos,
comete un desalmado un desatino.
De el oro y plata, dos metales bellos,
condena al Hacedor ecelso y sabio,
pues tantos males causa el pretendellos.
Contra todas las cosas mueve el labio,
pues todas, si de todas hay mal uso,
hacen a Dios ofensa, al hombre agravio.
Si dices que te ofende y trae confuso
ver en la Iglesia llenos los poetas
de Dioses, que el gentil en aras puso,
las causas son muy varias y secretas,
y todas aprobadas por católicas,
y así en las condenar no te entremetas.
Las unas son palabras metafóricas,
y aunque mujer indota me contemplo,
sé que también hay otras alegóricas.

No es esto para ti; por un ejemplo
me entenderás: ya has visto en cualquier fiesta
colgado con primor un santo templo.
Allí habrás visto, por nivel dispuesta,
rica tapicería y tela de oro,
por más grandeza a trechos interpuesta.
Habrás visto doseles y un tesoro
grande de joyas, y otros mil ornatos,
con traza insine y con igual decoro.
Habrás visto poner muchos retratos,
y aún es el aderezo más vistoso
en semejantes pompas y aparatos.
Cuál sería de Alcides el famoso,
otro de Marte, y de la Cipria Diosa,
y cuál de el niño ciego riguroso.
La prosapia de Césares famosa,
y el turco Solimán, allí estaría,
y la bizarra turca, dicha Rosa.
Pues ¿cómo? ¿En templo santo, en santo día,
y entre gente cristiana de almas puras,
y donde está la sacra Eucaristía,
se permiten retratos y figuras
de los dioses profanos y de aquellos
que están ardiendo en cárceles escuras?
Permítense poner, y es bien ponellos,
como trofeos de la Iglesia, y ella
con esto muestra que se sirve de ellos.
Así esta dama ilustre, cuanto bella,
de la Poesía, cuando se compone
en honra de su Dios, que pudo hacella,

con su divino espíritu dispone
de los dioses antiguos, de tal suerte,
que a Cristo sirven, y a sus pies los pone.
Más razones pudiera aquí traerte
¡oh inorante!, mas siéntote turbado,
que es fuerte la verdad, como la muerte.
¡Oh poético espíritu!, enviado
de el cielo empíreo a nuestra indina tierra,
gratuítamente a nuestro ingenio dado.
Tú eres, tú, el que haces dura guerra
al vicio y al regalo, dibujando
el horror y el peligro que en sí encierra.
Tú estás a las virtudes encumbrando,
y enseñas con dulcísimas razones
lo que se gana, la virtud ganando.
Tú alivias nuestras penas y pasiones,
y das consuelo al ánimo afligido
con tus sabrosos metros y canciones.
Tú eres el puerto al mar embravecido
de penas, donde olvida sus tristezas
cualquiera que a tu abrigo se ha acogido.
Tú celebras los hechos, las proezas
de aquellos que por armas y ventura
alcanzaron honores y riquezas.
Tú dibujas la rara hermosura
de las damas, en rimas y sonetos,
y el bien de el casto amor y su dulzura.
Tú explicas los intrínsecos concetos
del alma, y los ingenios engrandeces,
y los acendras, y haces más perfetos.

¿Quién te podrá loar como mereces?,
y ¿cómo a proseguir seré bastante,
si con tu luz me asombras y enmudeces?
Y dime, ¡oh Musa!, ¿quién de aquí adelante
de la Poesía viendo la ecelencia,
no la amará con un amor constante?
¿Qué lengua habrá que tenga ya licencia
para la blasfemar, sin que repare,
teniéndola respeto y reverencia?
Y ¿cuál será el ingrato que alcanzare
merced tan alta, rara y exquisita,
que en libelos y en vicios la empleare?
¿Quién la olorosa flor hará marchita,
y a las bestias inmundas del pecado
arrojará la rica margarita?
Repara un poco, espíritu cansado,
que sin alientos vas; yo bien lo veo,
y está muy lejos de este mar el vado.
Y tú, Mexía, que eres de el Febeo
bando el príncipe, aceta nuestra ofrenda,
de ingenio pobre y rica de deseo.
Y pues eres mi Delio, ten la rienda
al curso con que vuelas por la cumbre
de tu esfera, y mi voz y metro enmienda,
para que dinos queden de tu lumbre (1).

(1) *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias... Por Diego Mexía...* Sevilla, año 1608.
Reimpresa por don M. Menéndez y Pelayo en la *Antología de poetas hispano-americanos,* tomo III, págs. 343 a 370.

DOÑA SILVIA MONTESER

Acaso hija de don Francisco Antonio de Monteser, fecundo autor de entremeses y comedias burlescas.

SONETO Á LA MUERTE DE FELIPE III

No pases, huésped, no, pára y admira
la pompa de este túmulo arrogante,
y esa inscripción te informará elegante
que es lengua muda de esta excelsa pira.
Penetra el mármol y en su centro mira
triste cadáver el cristiano atlante,
contra el hereje rayo fulminante,
que ya su imperio y majestad expira.
Aquí verás los triunfos por despojos
colgados en el templo de la muerte,
donde huella la púrpura y cayado.
Mas si no son dos ríos tus dos ojos
no pares, huésped, no, pára y advierte
que aquí vives y mueres retratado (1).

---

(1) *Honras y obsequias que hizo al catholico y Christianissimo Rey D. Filipe Tercero nuestro Señor su..., leal ciudad de Murcia. Dirigidas a la misma ciudad. Por Alonso Enriquez.* Impreso en Murcia, por Luis Berós. Año MDCXXII. Pág. 280.

DOÑA MARÍA DE ALVARADO

Poetisa peruana, descendiente, según parece, de Gómez de Alvarado, fundador de León de Huánuco.

No se conocen más datos de su biografía que los que ella consigna en su *Epístola,* cuyo mérito literario ensalzó así el malogrado sabio don Marcelino Menéndez y Pelayo:

"Apenas hay en su *Epístola* el menor vestigio de mal gusto ni de amaneramiento; todo es natural, llano y decoroso, con cierta sencilla gravedad y no afectado señorío. La poetisa hace su corte literaria a Lope de Vega, pero con tanta discreción, con tan insinuante y cortés gentileza, con tacto tan femenino y delicado, que el gran poeta debió de quedar lisonjeado con la alabanza y no ofendido con las nubes del importuno incienso" (1).

---

(1) *Historia de la Poesía americana,* tomo II, página 157.

EPÍSTOLA DE AMARILIS A BELARDO (LOPE DE VEGA)

Tanto como la vista la noticia
de grandes cosas suele las más veces
al alma tiernamente aficionarla,
que no hace el amor siempre justicia,
ni los ojos a veces son jüeces
del valor de la cosa para amarla,
mas suele en los oídos retratarla
con tal virtud y adorno,
haciendo en los sentidos un soborno
(aunque distinto tengan el sujeto,
que en todo y en sus partes es perfeto),
que los inflama todos,
y busca luego artificiosos modos
con que pueda entenderse
el corazón que piensa entretenerse,
con dulce imaginar para alentarse,
sin mirar que no puede
amor sin esperanza sustentarse.
El sustentarse amor sin esperanza,
es fineza tan rara, que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado,
que las más veces la desconfianza
amortigua la llama que pudiera
obligar con amor lo deseado;
mas nunca tuve por dichoso estado
amar bienes posibles,
sino aquellos que son más imposibles;
a éstos ha de amar un alma osada,

pues para más alteza fué criada
que la que el mundo enseña,
y así quiero hacer una reseña
de amor dificultoso,
que sin pensar desvela mi reposo,
amando a quien no veo, y me lastima:
ved qué extraños contrarios
venidos de otro mundo y de otro clima.
Al fin en éste donde el Sur me esconde,
oí, Belardo, tus conceptos bellos;
tu dulzura y estilo milagroso
vi, con cuánto favor te corresponde
el que vió de su Dafne los cabellos
trocados en su daño en lauro umbroso,
y admirando tu ingenio portentoso
no pude reportarme
de descubrirme a ti, y a mí dañarme;
mas ¿qué daño podrá nadie hacerme
que tu valor no pueda defenderme?
Y tendré gran disculpa
si el amarte sin verte fuera culpa,
que el mismo que lo hace
probó primero el lazo que me enlace,
durando para siempre las memorias
de los sucesos tristes
que en su vergüenza cuentan las historias.
Oí tu voz, Belardo... mas ¿qué digo?
No Belardo, milagro han de llamarte;
ése es tu nombre, el cielo te le ha dado,
y amor, que nunca tuvo paz conmigo,

te me representó parte por parte;
en ti más que en sus fuerzas confiado,
mostróse en esta empresa más osado,
por ser el artificio
peregrino en la traza y el oficio;
otras puertas del alma quebrantando,
no por los ojos míos, que velando
están en gran pureza,
mas por oídos, cuya fortaleza
ha sido y es tan fuerte,
que por ellos no entró sombra de muerte;
que tales son palabras desmandadas
si vírgenes las oyen,
que a Dios han sido y son sacrificadas.
Con gran razón a tu valor inmenso
consagran mil deidades sus labores
cuando manijan perlas en sus faldas;
todo ese mundo allá te paga censo,
y éste de acá, mediante tus favores,
crece en riqueza de oro y esmeraldas.
Potosí que sustenta en sus espaldas
entre el invierno crudo
aquel peso que Atlante ya no pudo,
confiesa que su fama te la debe,
y quien del claro Lima el agua bebe
sus primicias te ofrece
después que con tus dones se engrandece,
acrecentando ofrendas
a tus excelsas y admirables prendas;
yo que aquestas grandezas voy mirando,

y entretenida en ellas
las voy en mis entrañas celebrando.
En tu patria, Belardo (mas no es tuya),
no sientas mucho verte peregrino
(plegue a Dios no se enoje Manzanares),
por más que haga de tu fama suya,
que otro origen tuviste más divino,
y otra gloria mayor si la buscares.
¡Oh, cuánto acertarás si imaginares
que es patria tuya el cielo
y que eres peregrino acá en el suelo,
porque no hallo en él quien igualarte
pueda, no sólo en todo, mas ni en parte,
que eres único y solo
en cuanto miran uno y otro polo!
Pues, peregrino mío,
vuelve a tu natural, póngate brío,
no las murallas que ha hecho tu canto
en Tebas engañosas,
mas las eternas, que te importan tanto.
Allá deseo en santo amor gozarte,
pues acá es imposible poder verte,
y temo tus peligros y mis faltas;
tabla tiene el naufragio, y escaparte
puedes en ella de la eterna muerte,
si del bien frágil al divino saltas
las singulares gracias con que esmaltas
tus soberanas obras,
con que fama inmortal contino cobras;
empléalas de hoy más con versos lindos

en soberanos y divinos Pindos:
tus divinos conceptos
allí serán más dulces y perfectos,
que el mundo, a quien le sigue,
en vez de premio al bienhechor persigue,
y contra la virtud apresta el arco
con ponzoñosas flechas
de la maligna aljaba de Aristarco.
Quiero, pues, comenzar a darme cuenta
de mis padres y patria, y de mi estado,
porque sepas quién te ama y quién te escribe,
bien que ya la memoria me atormenta,
renovando el dolor, que aunque llorado
está presente y en el alma vive.
No quiera Dios que en presunción estribe
lo que aquí te dijere,
ni que fábula alguna compusiere,
que suelen causas propias engañarnos,
y en referir grandezas alargarnos,
que la Filancia engaña
más que no la verdad nos desengaña,
especialmente cuando
vamos en honras vanas estribando;
déstas pudiera bien decirte muchas,
mas quédense en silencio,
pues atento contemplo que me escuchas.
En este imperio oculto que el Sur baña,
más de Baco pisado que de Alcides,
entre un trópico frío y otro ardiente,
adonde fuerzas ínclitas de España

con varios casos y continuas lides,
fama inmortal ganaron a su gente,
donde Neptuno engasta su tridente
en nácar y oro fino,
cuando Pizarro con su flota vino,
fundó ciudades y dejó memorias
que eternas quedarán en las historias,
a quien un valle ameno
de tantos bienes y delicias lleno
que siempre es Primavera,
merced del sueño de la cuarta esfera,
la ciudad de León fué edificada,
y con hado dichoso
quedó de héroes fortísimos poblada.
Es frontera de bárbaros, y ha sido
terror de los tiranos que intentaron
contra su rey enarbolar bandera;
al que en Jauja por ellos fué rendido,
su atrevido estandarte le arrastraron,
y volvieron al reino a cuyo era.
Bien pudiera, Belardo, si quisiera,
en gracia de los cielos,
decir hazañas de mis dos abuelos,
que aqueste nuevo mundo conquistaron,
y esta ciudad también edificaron
do vasallos tuvieron,
y por su rey su vida y sangre dieron.
Mas es discurso largo
que la fama ha tomado ya a su cargo,
si acaso la desgracia desta tierra,

que corre en este tiempo,
tantos ilustres méritos no entierra.
De padres nobles dos hermanas fuimos,
que nos dejaron con temprana muerte,
aún no desnudas de pueriles paños
el cielo, y una tía que tuvimos
suplió la soledad de nuestra suerte
con el amparo suyo algunos años;
huímos siempre de sabrosos daños,
y así nos inclinamos
a virtudes heroicas, que heredamos;
de la beldad que el cielo acá reparte,
nos cupo (según dicen) mucha parte,
con otras muchas prendas;
no son poco bastantes las haciendas
al continuo sustento,
y estamos juntas con tan gran contento
que una alma a entrambas rige y nos gobierna,
sin que haya tuyo y mío,
sino paz amorosa, dulce y tierna.
Ha sido mi Belisa celebrada,
que éste es su nombre, y Amarilis mío,
entrambas de afición favorecidas:
yo he sido a dulces Musas inclinada,
mi hermana, aunque menor, tiene más brío
y partes por quien es, muy conocidas;
al fin todas han sido merecidas
con alegre Himeneo,
de un joven venturoso, que en trofeo
a su fortuna y vencedora palma

alegre la rindió prendas del alma.
Yo, siguiendo otro trato,
contenta vivo en limpio celibato
con virginal estado,
a Dios con grande afecto consagrado,
y espero en su bondad y en su grandeza
me tendrá de su mano,
guardando inmaculada mi pureza.
De mis cosas te he dicho en breve suma
todo cuanto quisieras preguntarme,
y de las tuyas muchas he leído;
temerosa y cobarde está mi pluma;
si en alabanzas tuyas emplearme
con singular contento he pretendido,
si cuanto quiero das por recibido,
o qué dello me debes,
y porque esta verdad ausente pruebes,
corresponde en recíproco cuidado
al amor que a mí está depositado;
Celia no se desdeñe,
por ver que en esto mi valor se empeñe,
que ofendido en sus quiebras
su nombre todavía al fin celebras,
y aunque milagros su firmeza haga,
te son muy bien debidos,
y aun no sé si con esto tu fe paga.
No seremos por esto dos rivales,
que trópicos y zonas nos dividen
sin dejarnos asir de los cabellos,
ni a sus méritos pueden ser iguales

cuantos al mundo el cetro y honor piden;
de trenzas de oro, cejas y ojos bellos,
cuando enredado te hallaste en ellos,
bien supiste estimallos,
y en ese mundo y éste celebrallos,
y en persona de Angélica pintaste
cuanto de su lindeza contemplaste;
mas estoime riendo
de ver que creo aquello que no entiendo,
por ser dificultosos
para mí los sucesos amorosos,
y tener puesto el gusto y el consuelo,
no en trances semejantes,
sino en dulces coloquios con el cielo.
Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
una alma pura a tu valor rendida;
acepta el don, que puedes estimallo,
y dándome por fe lo que merezco,
quedará mi intención favorecida,
de la cual hablo poco y mucho callo,
y para darte más no sé ni hallo;
déte el cielo favores,
las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambaya sus diamantes, Tibor oro,
marfil Cefala, Persia su tesoro,
perlas los Orientales,
el Rojo mar finísimos corales,
balajes los Ceilanes,
áloe precioso Sarvaos y Campanes,
rubíes Pegugamba y Nubia algalia,

amatistas Rarsinga,
y prósperos sucesos Accidalia.
Esto mi voluntad te da y ofrece,
y ojalá yo pudiera con mis obras
hacerte ofrendas de mayor estima;
mas donde tanto junto se merece
de nadie no recibes, sino cobras
lo que te debe el mundo en prosa y rima.
He querido, pues, viéndote en la cima
del alcázar de Apolo,
como su propio dueño único y solo,
pedirte un don, que te agradezca el cielo,
para bien de tu alma y mi consuelo:
no te alborotes, tente,
que te aseguro bien que te contente
cuando vieres mi intento,
y sé que lo harás con gran contento,
que al liberal no importa para asille
significar pobrezas,
pues con que más se agrada es con pedille.
Yo y mi hermana una santa celebramos
cuya vida de nadie ha sido escrita;
como empresa que muchos han temido,
el verla de tu mano deseamos;
tu dulce Musa alienta y resucita,
y ponla con estilo tan subido,
que sea dondequiera conocido,
y agradecido sea
de nuestra santa virgen Dorotea.
¡Oh qué sujeto, mi Belardo, tienes

con que de lauro coronar tus sienes!
Podrás, si no emperezas,
contando desta virgen mil grandezas
que reconoce el cielo
y respeta y adora todo el suelo;
desta divina y admirable santa,
su santidad refiere
y dulcemente su martirio canta.
Ya veo que tendrás por cosa nueva,
no que te ofrezca censo un mundo nuevo,
que a ti cien mil que hubiera te le dieran,
mas que mi Musa rústica se atreva
a emprender el asunto a que me atrevo,
hazaña que cien Tasos no emprendieran;
ellos al fin son hombres, y temieran,
mas la mujer, que es fuerte,
no teme alguna vez la misma muerte;
pero si ha parecídote atrevida,
a lo menos parézcate rendida,
que fines desiguales
amor los hace con su fuerza iguales,
y quédote debiendo,
no que me sufras, mas que estés oyendo
con singular paciencia mis simplezas,
ocupado contino
en tantas excelencias y grandezas.
Versos cansados, ¿qué furor os lleva
a ser sujeto de simpleza indiana
y a poneros en manos de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva

os vendrán a probar, aunque sin gana,
y verán vuestro gusto bronco y tardo:
el ingenio gallardo
en cuya mesa habéis de ser honrados,
hará vuestros intentos disculpados;
navegad, buen viaje, haced la vela,
guiad un alma que sin alas vuela (1).

(1) Publicada en la *Filomena*, de Lope de Vega. Madrid, 1621.

DOÑA INÉS DE ZAYAS

CANCIÓN A SAN ISIDRO

Hoy que, Isidro, Gregorio soberano
en el cielo recibe,
donde sagrado vive,
la beatitud dichosa de tu mano;
hoy que deidad le añades
al número inmortal de sus deidades;
hoy, pues, que ilustremente le conduces
al orbe luminoso
donde surca glorioso
golfos de llamas, piélagos de luces,
que resplandecen bellas
más que el puro candor de las estrellas.
Madrid, aun en el mismo acento mudo,
cuando en tan arduo intento
calla el mayor acento,
santísimo en la tierra te saluda,
y en la celeste esfera
apóstol ya divino te venera.
No acaso, no, remite a tu desvelo
y a tu grave cuidado,
santísimo prelado,

la militar Jerusalén el cielo,
pues con aplauso tanto
al que le ofreces tú pregona santo.
Tu frente adorne, pues, majestuosa
la tiara eminente,
que en tu sagrada frente
menos se juzga noble que forzosa;
ella misma se debe
digno decoro a tu peinada nieve.
Vive, Gregorio, ¡oh tú!, vive, reparo
de la iglesia oprimida,
que el cielo en nueva vida
te reserva, te suple Fénix raro,
siendo al purpúreo nido
de no estéril ardor restituído (1).

(1) *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y Patrón San Isidro... Dirigida a la misma villa por Lope de Vega Carpio.*—En Madrid, año de 1622. Página 118.

DOÑA ANTONIA DE NEVARES Y SANTOYO

Hermana de Marta de Nevares, la última amiga que tuvo Lope de Vega.

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA CONDESA DE OLIVARES

SONETO

Símbolo de la paz te cupo en suerte,
ave de Venus celestial, no humana,
que el verde ramo entre la viva grana
sol muestra, nubes limpia, flores vierte.
En la gloria mortal templanza advierte
que a la vida inmortal el paso allana,
que a la virtud, que no a la pompa vana,
respeta el mármol, reino de la muerte.
Tú, pues, escucha en cítara sonante
triunfos del Pan, que vencedor derriba,
nuevo David, al Calidón gigante.
Debidas glorias a tu ilustre oliva,
que con el manto militar delante
dos reyes sirve y con entrambos priva (1).

---

(1) Publicado en los *Triunfos divinos*, de Lope de Vega. Madrid, 1625.

DOÑA ISABEL DE MENDOZA

DÉCIMAS A LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Soldados tan poco expertos
como falsos y atrevidos,
para la verdad dormidos
y para mentir despiertos:
si durmisteis como muertos,
¿no echáis de ver que es mentira
decir que el que duerme mira?
Si el cuerpo faltó entre tanto,
llegaos al sepulcro santo,
mirad la gloria que inspira.

Mirad el divino olor
que Cristo, que dél se aleja,
entre las sábanas deja,
y ese purpúreo color;
pero no tenéis valor
para ver grandeza tal,
que os ha cegado el metal
que el pueblo judaico os dió,
que injustamente virtió
esta púrpura real.

Finalmente os han cegado,
porque durmiendo digáis
que sin poder ver miráis
a los que el cuerpo han hurtado.

Sabed que ha resucitado
y que vive glorïoso,
y advertid que al mentiroso
se dará justo castigo,
sin llamar a otro testigo
que al madero ignominioso.
La Cruz ha de condenaros
castigando esa malicia
como vara de justicia,
pues dejasteis cohecharos.
Bien podéis desengañaros
que en la verdad no hace mella
el oro que os atropella,
pues con su sangre la Cruz
saca la verdad a luz
desde que se ornó con ella.
Si todos juntos dormís
¿cómo hurtar el cuerpo veis?
Mas ¡ay! que aunque despertéis
ciegos del todo venís.
Resucitó el que decís
que le hurtaron más de dos,
a cuyo madero nos,
porque a la muerte atrevida
le dió muerte y nos da vida,
damos el honor que a Dios (1).

(1) *El cavallero de Avila. Por la Santa Madre Teresa de Iesus. Pohema heroico. Por Iuan Batista Felises de Cáceres.*—En Çaragoça, por Diego Latorre. Año 1623. Pág. 489.

DOÑA CONSTANZA OSSORIO

Pocas noticias biográficas tenemos de esta religiosa eminente, reducidas a las que consignó doña Benita Levanto al principio del *Huerto del celestial esposo*. Nació en el año 1565, y su patria fué Sevilla; ignoramos quiénes fueron sus padres. Solo tenía ocho años cuando entró en el convento de Dueñas, de aquella ciudad. A los diez y ocho de su edad era consumada en canto y órgano, por lo que la nombraron Maestra de capilla, cargo que desempeñó más de cuarenta años. Aprendió el latín sin necesidad de maestro y en poco tiempo. Por mandato de su confesor, Fernando de Mata, comentó tres capítulos de Isaías, mostrando la agudeza y penetración de su entendimiento. La lectura de un opúsculo de San Bernardo le sugirió la idea de escribir el *Huerto del celestial esposo,* y más adelante una exposición de los Salmos por el orden que se hallan en el Breviario cisterciense. En el año 1626 fué elegida abadesa y gobernó con suma prudencia. Falleció a 3 de octubre del año 1637.

SALMO LXIV

A ti, Dios, en Sión den alabanzas,
tus queridos devotos;
los que en Jerusalén ¡oh Rey! alcanzas
también te rindan votos.
Y entre unos y otros yo te pido,
dando al alma trasiegos,
que inclines tu amoroso y fiel oído
a mis humildes ruegos.
Pues a ti solo todos los mortales
van a pedir remedio
de sus crueles y incurables males
como a su único medio.
Contra nosotros han prevalecido
las palabras dañosas
de nuestros enemigos, y han vencido
sus lenguas venenosas.
Si desto causa han sido los pecados
que habemos cometido,
de tu piedad seremos perdonados,
cual siempre lo hemos sido.
Porque es dichoso y bienaventurado
aquel que Tú recibes,
y por mil siglos vive coronado
adonde Tú resides.
Que es tu sagrado templo donde hay bienes
y premios de honra y gloria;
allí tu mano coronó sus sienes
con triunfos de victoria.

Dando con igualdad a cada uno
el premio que merece,
quedando de honra y gloria siempre ayuno
el que el mundo engrandece.
A los que somos tuyos, salud nuestra,
óyenos del altura,
y muestra en nuestra ayuda tu gran diestra,
¡oh mi esperanza pura!
que aunque al fin de la mar y de las tierras
esté de ti apartado,
me aparejas los montes y las sierras
que sirven de collado,
donde con tu poder y fortaleza,
mientras el mar se altera,
me ciñen de valor y de firmeza,
guardando mi fe entera.
Viendo tu gran saber y tus señales
las gentes te temieron,
y aunque eran enemigos capitales,
tu poder conocieron.
Que alegras y entristeces cuando quieres,
que ordenas noche y día,
que sanas y das vida, matas, hieres,
que eres del alma guía.
Y para encaminarla a tu alto cielo
visitaste la tierra,
dejando enriquecido nuestro suelo
de el bien que en ti se encierra.
El río caudaloso y de contento
del tesoro del Padre,

para dar a las almas su sustento
nació de Virgen Madre.
Y los demás arroyos se enriquecen
de peces nadadores;
las plantas y las flores reverdecen
y respiran olores.
Con tu rocío manso y amoroso
se alegran los sembrados,
y crece el trigo grueso y espigoso
en los verdes collados.
Y viéndolo tan fértil y abundoso
tu bendición le echaste
benigno, afable y misericordioso,
que en verlo te alegraste.
Los campos ya desiertos y agostados
primaveras parecen,
y en los cerros más altos y empinados
la rosa y clavel crecen.
Y las ovejas mansas parideras,
con los demás ganados,
pacen la fresca hierba en las riberas,
de gozo rodeados,
Y todos con balidos, brincos, danzas,
te dan mil alabanzas.

SALMO LXXIV

Alábente los cielos y la tierra
¡oh Hacedor del hombre!
y todo cuanto dentro de sí encierra
bendiga tu alto nombre.

Cuente tus maravillas y hazañas
todo el orbe universo,
tus obras y proezas tan extrañas
y tu saber inmenso.
Si ciño el tiempo, dices, y recojo
para hacer venganza
del malo que me ofende, y yo me enojo
con súbita mudanza,
haciendo al cielo y suelo fiel testigo,
yo juzgaré las obras
de aquel que ha sido justo y es mi amigo,
sus faltas o sus sobras.
Mas por ser todos flacos, ahora ofrezco
mi diestra, que en sí encierra
valor, pues con un dedo fortalezco
las columnas de tierra.
Pero hablando del malo, solamente
dices: por merecello,
pues eres siervo del pecado, tente,
no levantes el cuello,
ni engrías la cerviz para encumbrarte
con tan loca osadía
contra el que sólo puede castigarte
con penas noche y día.
Pues si vas fugitivo hacia el Oriente,
dó nace el sol dorado,
o vuelves con su carro al Occidente,
donde ha su luz dejado,
o a los desiertos montes enriscados,
do no hay hierba, ni hoz

jamás se vió cortar, pues no hay sembrados,
oirás allí mi voz.
Y como de juez te pondrá espanto,
que esperas la sentencia
de mí, que a unos humillo, a otros levanto
con mi admirable ciencia.
En tu mano, gran Rey de las alturas,
está el caliz divino
con que brindas a veces tus criaturas
del adobado vino.
Y está de suerte lleno y mixturado
para beberle todos,
que gustará la hez aheleado
el malo por mil modos.
Estos prodigios raros que he contado
cantaré noche y día,
y al gran Dios de Jacob, que los ha obrado,
que es bien del alma mía.
Oyéndolos humíllate, arrogante,
que levantas penacho,
y tú, justo, que te has hecho ignorante,
y cual tierno muchacho,
en Dios tu padre has puesto amor y gloria,
celebra tu victoria (1).

---

(1) *Exposición de los Psalmos que hizo la Sierva de Dios doña Constanza Osorio.*
Ms. del s. XVIII.
Convento de Santa María de las Dueñas. Sevilla.

CLARA MARÍA DE CASTRO

MADRIGAL A SU PRIMA DOÑA ANA DE CASTRO Y EGAS

Anarda, con tu aliento
el consagrado coro de las nueve,
en sonoro concento
por tu decoro, por tu honor se mueve.
Hoy triunfa Manzanares,
hoy por ti le veneran
el Tajo, el Tormes, el Genil y Henares.
Hoy cuantos beneméritos esperan
los laureles de Apolo,
en postrado, aunque honroso rendimiento,
el suyo no, tu plectro invocan sólo.
Hoy la más digna, la que osada intenta,
generosa ambición, silla en tu coro,
que, preferida, el número engrandeces,
de emulación exenta
opuesta a tu decoro
bien tu valor en su ignominia creces,
décimo, a su pesar, tu nombre cuenta.

¿Qué deidad, pues, qué culto no mereces?
¡Vive ¡oh Musa gallarda!
tu propia Eternidad, divina Anarda! (1).

---

(1) *Eternidad del Rey don Felipe tercero Nuestro Señor, el Piadoso. Discurso de su vida y santas costumbres. Al Serenissimo Señor el Cardenal Infante su hijo, doña Ana de Castro y Egas.*—En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. Año MDCXXIX.

ANA MARIA DE CASTRO

SONETO A DOÑA ANA DE CASTRO EGAS

Calle el buril y callen los colores
de un artífice y otro celebrado
que de aquel rey el bulto, cincelado
o colorido, daban sus labores.
Ceda el relieve y el perfil, primores
del tosco lienzo y del metal vaciado,
que ni el esquicio o la escultura han dado
seña fiel de ser muy vividores.
Tú sí, eterno dibujo, aun en tan breve
lámina, apostarás contra el olvido,
y Eternidad tendrás eternidades.
Que al nombre eterno de Austria no se atreve
de un siglo y otro el odio repetido
ni el continuo tesón de las edades.

---

(1) *Eternidad del Rey Don Filipe tercero... por doña Ana de Castro y Egas.* Madrid, M. DC. XXIX.

SOR MARIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Llamóse en el siglo doña María de Villafuerte y Sandoval. Nació en Sevilla; fué hija de don Luis Ortiz de Sandoval y de doña María de Montejano y Villafuerte. En su juventud tuvo no pocos amadores, por ser de hermosura notable, pero a todos ellos rechazaba con altanería; "era grande la propensión que tenía a las galas, a los paseos, a las comedias y festines, donde quería parecer sólo por alborotar los concursos con su bizarría; y cuando más festejada y aplaudida se hallaba, se mostraba más esquiva y desdeñosa; era una junta extraña la que se hallaba en su natural, porque con todos estos devaneos era mucho su recato, sin que en esta materia se hallase en ella acción alguna reprehensible".

Las piadosas exhortaciones de un padre Carmelita lograron convertirla, y eligió por confesor a fray Pedro Trujillo; al poco tiempo, con sorpresa de todos, se cortó la abundante cabellera, dejó las galas y vistió pobremente, haciendo aus-

teras penitencias. Más adelante residió en los conventos de las Dueñas y de la Paz y acabó por tomar el hábito en el de Dominicas de Sevilla a 12 de febrero de 1630, cuando contaba los veintidós de su edad. Allí fué modelo de virtudes y falleció ejemplarmente en el año 1642.

ROMANCE

Muero en la cruz, sin remedio,
de un mal que llaman amor,
que es mal que lo parlan muchos
y poco lo gustan hoy.
Es enfermedad que mata
con tal suavidad de amor,
que puede decir un alma:
¡cuán suave es el Señor!
¡Que tenga tan grande fuerza
este vino del Señor,
que derrita toda un alma
con la embriaguez de su amor!
—Alma, ¿bebiste del vino
que de mi bodega doy?
—Ya bebí, querido Esposo,
y sé a lo que sabéis Vos.
Bebí, gusté y convidé;
con la fuerza del amor
quedé embriagada, y decía:
caridad en mí ordenó.

Quedé tal de la bebida
de este vino que gusté,
que el mundo es cruz para mí,
y yo soy cruz para él.
Almas esposas del Rey mi Señor,
dadle muchas gracias
por lo que en mí obró,
por lo que en mí obró.
En los pequeñuelos
se ve tu poder,
y en los ignorantes
como yo, también.
Para un alma que ama
es buen regalo el de flores,
y cercada de manzanas
me desmayaré de amores.
Sentéme a la sombra
del que deseaba,
y su fruto es dulce
para mi garganta (1).

---

(1) *Vida de la Venerable Madre Soror Francisca Dorothea: fundadora de las religiosas descalzas de el Convento de Nuestra Señora de los Reyes del Orden de el glorioso Patriarca Santo Domingo de la Ciudad de Sevilla. Su autor el padre Gabriel de Aranda, Religioso de la Compañía de Jesús.*—En Sevilla, por Thomas Lopez de Haro, año de 1685.
Págs. 254 á 266.

DOÑA MARIANA DE PAZ

SONETO AL CONDE DUQUE DE OLIVARES

En cuantas esta verde selva ostenta
pobres coronas de menuda grama,
¡oh Atlante excelso!, en quien su luz derrama
la deidad que en tus hombros se sustenta,
según escasamente representa
las que a tus sienes hoy el orbe aclama,
es eco de la voz con que la fama
dulces aplausos a la tuya alienta.
A tan heroico empleo agradecida,
el vellón de oro que a tus años mueve,
no profane Laquesis homicida.
Marte la obliga y las hermanas nueve:
éstas porque te deben nueva vida,
aquél por los trofeos que te debe (1).

---

(1) *Aplauso gratulatorio de la insigne escuela de Salamanca al Excelentissimo Señor Don Gaspar de Guzmán... Por la restauracion de los votos de los Estudiantes. Recogido por Manuel de Azevedo.*—En Barcelona, por Sebastián de Corniellas. S. a.

La provisión de las cátedras por votos de los estudiantes fué restablecida en Salamanca, en el año 1632. Conf. *Historia de las Universidades, por don Vicente de la Fuente,* tomo III, págs. 10 a 12.

DOÑA ELENA DE PAZ

SONETO A DON FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN

Rizo el pelo, la vista procelosa,
con siete estrellas la cerviz luciente,
agudo el corvo alfanje de la frente,
la boca rayos fulminó espantosa.
El ceño torvo, la nariz fogosa,
el grueso labio espuma, acero el diente,
la copia de Amaltea floreciente,
vierte el cretense Toro rosa a rosa.
Otro de luces tantas despojado,
heroico a Borja ilustre fué trofeo,
por quien florece Apolo mejorado.
Si éste da lustre a Apolo en su museo
y Apolo a aquél de fuego ha coronado,
¿a cuál las plantas deben más su aseo? (1)

---

(1) *Aplauso gratulatorio de la insigne escuela de Salamanca al Ilustrissimo Señor Don Francisco de Borja y Aragon, por la restauracion de los votos de los estudiantes.*—En Barcelona, por Sebastián de Corniellas. S. a.

SOR ANA MARÍA DE SAN JOSÉ

Nació en Villacastín a 6 de enero de 1581. Tomó el hábito en el convento de Franciscas Descalzas de Salamanca, a 21 de febrero de 1602, y profesó en mayo del siguiente año. Falleció en 14 de mayo de 1632 (1).

---

(1) Conf. *El interrogatorio en la causa de la Venerable Virgen Sor Anna Maria de S. Joseph, Abadesa del convento de Salamanca.*—Salamanca, por Tabernier, 1623.

A la Serenisima Señora Infanta Sor Margarita de la Cruz, Religiosa Descalça de sv Real Convento de Descalças Franciscas de Madrid. En razon del interrogatorio en la cavsa de la venerable Virgen Soror Ana Maria de San Joseph. Abadesa de la mesma Orden y Provincia de Santiago, en Salamanca. F. Iuanetin Niño, Padre de la mesma Orden y Provincia: Lector de Theología y Calificador del Santo Oficio en el Consejo Real supremo. de la santa, y General Inquisicion.—En Salamanca. En la oficina de Francisco de Roales, Impresor de la Universidad. Año 1645.

DESENGAÑOS DE LA VIDA

Ya, Razón, que de la vida
conoces la ligereza,
y que de un suspiro a otro
es la cuna o es la huesa;
ya que el nacer es teatro
adonde se representa
que de lo más a la nada
es la distancia pequeña,
de mí pretendo saber
de qué ilusión a la fuerza
se asegura este edificio,
que aun antes de ser se quiebra.
¿Quién afianza este anhelo
que a la luz de una pavesa
eternidades se labra
siendo humo quien le engendra?
¿Cuál es en el hombre antes:
nacer o morir, pues diestra
una materia a los dos
les dió la naturaleza?
El que nace, nace a ver
en qué está la diferencia;
una flor en su botón
le saca la consecuencia.
Todo es pronóstico cierto
que aun antes de ser, enseña
que de la vida mortal
se le originó la deuda.

¿Qué bruto no discurrió
ser la vida una violencia,
cuando a su voracidad
sólo aquel instante ceba?
Pues ¿adónde está el discurso,
los sentidos y potencias,
ruedas del reloj del hombre
que a la razón le enderezan?
¿Adónde está mi discurso,
que es la cuerda en que forcejan
de tantas inspiraciones
la máquina de sus pesas?
¿Adónde está el albedrío,
volante de aquestas ruedas,
que de las horas del mundo
es la mano que las muestra?
Si despertador le miro,
que aldabadas a la oreja
no agostan cuantos verdores
me han dado las experiencias.
Si a la arena que le mide,
jeroglífico a mi idea,
le está en minutos mostrando
ser de mi misma materia,
ese mostrador del sol,
que fiel las horas enseña,
hasta las doce no más
esperará mi tibieza.
El más humilde gusano,
cuando sale de la tierra

deja labrada su tumba
porque ha de volver a ella.
El copo más empinado,
siendo padrón de la selva,
a una ráfaga del viento
le rinde su gentileza.
Las guijas de un arroyuelo
que parece que se quejan,
con lágrimas que convierte
todo su margen en perlas,
a un precipicio se ven
sujetas, y la violencia
de una resaca fatal
las equivoca en su arena.
Esos pensiles que al sol
por su beldad lisonjean,
en aromas convertidos
son humo de su grandeza.
Todo, al fin, rinde al nacer
este tributo en que pecan,
desde la tierra sagrada
a la más inútil hierba.
Y sólo yo, más grosero,
en tan ciertas experiencias,
sin desengaños madrugo
a esta empezada tarea.
¡Qué ambiciones no presume
de mi altivez la soberbia,
puesto que a mi juventud
no le ha tirado la rienda!

Ya, Señor, ya reconozco
que este impulso que me ciega
con desengaños de vida
a mi ignorancia despierta.
No hay vivir como vivir
una vida tan de veras,
que sólo sirva de aviso
a la vida que le espera (1).

(1) Ms. del s. XVII. Bibl. Nac., Ms., Pp, 268.

DOÑA BERNARDA FERREIRA DE LACERDA

Nació en Oporto en el año 1595. Fué hija del Dr. Ignacio Ferreira Leitão, canciller mayor del reino, y de doña Pau de Sa Pereira. Tuvo un privilegiado entendimiento y recibió excelente educación literaria, por lo cual la celebraron muchos escritores contemporáneos. Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo* (silva III), la dedicó estos versos:

Si pudiera tener la fama aumento
y gloria lusitana,
doña Bernarda de Ferreira fuera,
a cuyo portugués entendimiento
y pluma castellana
la *España libertada* a España debe,
porque sola pudiere
partir entre los reinos esta gloria;
tan poderosa inteligencia mueve
estos dos orbes con su dulce historia,
con tanta erudición, con tanto lustre,
que ella queda inmortal, España ilustre.

Manuel de Gallegos en su *Templo da Memorias* (libro IV), la celebra así:

Doña Bernarda, engenho soberano,
que cantando de Hespanha a libertade
deu que admirar a esposa de Lucano
e fez mais venturosa a nossa idade,
nos heroes de Bragança e de Medina
grandezas tem de mil poemas dina.

ROMANCES A LAS SOLEDADES DE BUSACO

I

Dentro en la cerca dichosa
de los felices descalzos
que transforman en Carmelo
la montaña de Busaco;
entre sus ásperas peñas
yacen valles matizados
de alegre verde, que al tiempo
no suele ser tributario.
Exento de sus rigores,
ofrece por todo el año
al sol, alfombras diversas,
a la tierra, hermoso manto.
A partes las arboledas
muestran bosques tan cerrados,
que no los traspasa Febo
con sus rutilantes rayos.

Desde la entrada al convento
se camina por debajo
de pabellones de plantas,
cuyos ramos forman lazos.
Allí se mezclan las hojas
de los plátanos copados,
con los enebros y fresnos,
los robles y álamos altos.
Allí el funesto ciprés
con el vitorioso lauro
de las hayas y saúcos,
están recibiendo abrazos.
Allí el árbol que, galán,
se ve primero adornado
de la flor que de las hojas,
crece dulce y crece amargo.
Dríades son destos bosques
virtudes que, acompañando
su soledad, enamoran
angélicos solitarios.
Con los codos que en la sierra
a partes van levantados,
dos veces pierde la vista
aquel monasterio santo.
Junto dél por un recuesto,
blandamente murmurando,
arroyo corre de plata
sobre guijas de alabastro,
a quien sirven de cortinas
crecidos robles, que ufanos,

matizándole de sombras,
en él se están retratando.
Es de innumerables fuentes
todo aquel sitio regado,
que liberales se muestran
en las sierras y en los campos.
Cuál de la más alta peña
se viene haciendo pedazos
por sembrar en las pizarras
de aljófar hermosos granos.
Cuál sale por los resquicios
de los más duros peñascos;
cuál d' entre juncos agudos,
para poder murmurarlos;
cuál entre la blanca arena
brota y brinca dando saltos,
por hacer danzas y juegos
con chinillas y guijarros;
cuál cercada de espadañas,
con travieso y leve paso,
al verde berro y poleo,
las cabezas va mojando;
cuál calza de tersa plata
al roble y alcornoque alto,
a trueco de que la vistan
con sus intrincados ramos;
cuál en brazos de la zarza,
que muestra estarla sangrando
con sus agudos espinos,
tiende cristalinos brazos;

cuál riega rosales bellos
por vestirse de encarnado
cuando el travieso Favonio
les da de súbito asalto.
Es princesa destas fuentes
la de Elías, en regalo
y salubridad del agua,
a quien cubre roble opaco.
Hija de pizarra fría,
su calidad tomó tanto,
que siendo plata a la vista,
es nieve al gusto y al tacto.
Muchos álamos la cercan
por gozar de espejo claro,
y su corriente graciosa
pára en un estanque largo.
También la de San Silvestre
nace entre fríos peñascos,
tan cubiertos de arboleda
como de gracia labrados.
En el pecho de la sierra,
donde el divino palacio
tiene su asiento, otra fuente
baja en curso apresurado.
Parece que de oprimido
el monte con peso tanto,
revienta y se desentraña
en arroyos dilatados.
La fuente fría es aquesta
que, con su corriente helando

todo lo que toca, deja
de plata un valle bordado.
Por entre juncias y trébol
también los arroyos claros,
con su murmuro apacible,
del viento se van quejando.
De flores y de boninas
todo el suelo está sembrado,
tapiz de varios colores,
telar de tapices varios.
Aquí florece el clavel
sobre los musgosos cantos;
allí las violetas blandas,
junto de espárragos bravos.
Clavellinas con coscoja,
los alhelíes variados
y las cándidas mosquetas
entre los agrestes cardos;
la albahaca y majorana,
entre el heno y los carrascos;
los hongos y las ortigas,
con maravillas mezclados.
Los resquicios de las piedras,
en bien partidos espacios,
para servir de pensiles
alegres se están mostrando.
Dentro dellos los jazmines,
junto de los musgos pardos,
ostentan mayor belleza
al desdén, libres de ornato.

Unos a las altas rocas
enlazan con tiernos brazos;
otros, de sauces y alisos
adornan troncos y garfios.
La clicie, por entre abrojos,
venera al planeta caro;
ciñen las selvas al lirio
y al narciso enamorado;
las coloquíntidas suben
por los rústicos castaños,
por igualarse a su fruto,
aunque de espinos armado.
De la graciosa retama
lustra el amarillo claro
por encima de los montes,
entre el espinoso acanto.
Allí se mira el cerezo,
que en sus ramas, engastados,
muestra cientos de rubíes
cuando sopla el viento manso.
La coronada granada
descubre el pecho sangrado,
y colgado de los riscos
mil pomos de oro el naranjo.
La toronja, entre las cidras,
se cuelga de los collados;
de los olmos, los parrales;
de las rocas, los manzanos.
Entre bellotas y agallas,
dulces racimos colgados,

parecen sartas lucidas
de vidrios negros y blancos.
Las fresas de hermoso nácar
adornan los valles bajos,
y corónanse las cumbres
de los cidonios dorados (1).

II

Por entre las peñas duras
que se cuelgan de los cerros,
ya coronando la tierra,
ya siendo basas del cielo,
hay mil cóncavas cavernas
de laberintos perfectos,
que en intrincados anfractos,
el aire retumba en ecos.
Habitan muchas especies
de animales dentro dellos,
y de cada especie déstas
hay individuos sin cuento.
El cerdoso jabalí,
el pardo ligero ciervo,
que corre los montes altos
más veloz que el mismo viento.

(1) Este, y los romances que siguen, se hallan en las *Soledades de Buçaco, por doña Bernarda Ferreira de Lacerda. A las Religiosas Carmelitas Descalças del Convento de S. Alberto de Lisboa.*—Em Lisboa, por Mathias Rodrigues. Anno 1634.

También el cobarde corzo
anda por allí sin miedo;
el tejón y la jineta,
la zorra y el lobo fiero.
La cauta y tímida liebre,
con el inquieto conejo,
que desde una piedra en otra
salta lascivo y travieso.
Los ligeros pajarillos,
son tantos y tan diversos,
que volando por el aire,
forman escuadrones densos.
Rompiendo con sus gargantas
aquel profundo silencio,
sin compás, claves ni letras,
hacen concordes acentos.
La filomena se queja
entre dulcísimos quiebros,
respóndele el sirguerillo
con el chamariz parlero.
La negra mirla le ayuda,
mientras en los ramos secos
gime la tórtola triste
por su compañero muerto.
También gime de otra parte
Progne por el hijo tierno,
que, por vengar a su hermana,
mató con tirano pecho.
Arrulla la palomilla
y graznea el negro cuervo,

y el ánade en las lagunas,
mientras se baña contento.
Entre ellas bate las alas
el nevado cisne bello,
que con música suave
festeja el día postrero.
La garza y perdiz calzada
andan allí sin recelo;
la galerita y la grulla,
vigilante en todo tiempo.
Allí la águila real
tiene larguísimo imperio
y enseña los hijos suyos
a mirar al rubio Febo.
Infinitos pececillos
nadan por los arroyuelos,
vistiendo el aire de plata
con sus saltos y rodeos.
Concuerdan sólo en ser peces,
que en lo demás son diversos,
con diferencias notables,
con apellidos inmensos.

III

Aquel divino desierto
qué Buçaco denomina,
y es también denominado
del árbol de nuestra vida,

se muestra sembrado a trechos
de solitarias ermitas
que, en espacios desiguales,
unas de las otras distan.
Parece tocan las nubes
para servirles de sillas,
las que, coronando peñas,
apenas tocan la vista.
Yacen otras por los valles,
en las entrañas benignas
de nuestra madre común,
que humilde se les inclina.
Cuál en las concavidades
de las rocas escondida,
que labró naturaleza
con perfección infinita;
cuál entre las arboledas,
de verde rama vestida,
informándoles de gracias
sus formas vegetativas;
cuál en el tronco del árbol,
dentro, en sus cortezas mismas,
por vencer en gracia al arte,
naturaleza fabrica.
Unas aprieta con lazos
aquella planta lasciva,
que hasta las piedras abraza,
con ser tan duras y frías.
Otras de amarillos musgos
por el techo se matizan,

verdes, escuros y negros
y de color de ceniza.
Toscos allí los portales,
de hierba y moho se pintan,
y de salitre se labran,
que, en gotas, al agua imita.
Cada ermitaño, a la puerta,
tiene una pequeña esquila
en el ramo de algún árbol,
donde pendiente se arrima,
o en el resquicio gracioso
de alguna piedra metida,
y cuando toca la iglesia,
todas a tocar se aplican.
Son estas ermitas pobres,
si bien pequeñas, vacías
de cualquiera bien terreno,
que ni esperan ni codician.
Sólo de bienes celestes
en todo tiempo están ricas,
pues en ellas, disfrazados,
ángeles puros habitan.
Es su ocupación y trato
la contemplación divina
y el proprio conocimiento
en que humildes se ejercitan.
Ansí penetran los cielos
y la tierra en nada estiman,
que es nada la tierra toda
para quien al cielo aspira.

Con mil mortificaciones
sus pasiones crucifican,
porque ellas de todo mueran,
porque el alma sólo viva.
Hacen, por huir al ocio,
cestos y espuertas, tejidas
de las hojas de las palmas,
que allí crecen sin medida.
Los árboles y las plantas,
porque a su gusto los sirvan,
para esto vergas ofrecen
de las más tiernas que crían.
También de corcho hacen vasos,
cuentas, cruces y vajillas,
cuyo modo artificioso
el oro y la plata envidian.
Este los cilicios teje,
aquél hace disciplinas,
el otro las calaveras,
en tosco palo esculpidas.
Uno a sombra del aliso,
con la Escritura divina,
místicos sentidos saca
de sus literales minas.
Otro, junto de la fuente
que, saltando, corre aprisa,
mira en los libros las obras
de los santos eremitas.
Cuál cerca del arroyuelo
que, saltando, corre aprisa,

discurre cómo a la muerte
corre, sin parar, la vida.
Cuál, con un Cristo abrazado,
besándole las heridas,
herido de sus dolores,
a sus pies llora y suspira.
Cuál, en las flores que al campo
entre esmeraldas matizan,
las grandezas soberanas
del inmenso Autor medita.
Cuál, subido en las pizarras
que plata y perlas distilan,
con lágrimas acrecienta
su corriente cristalina.
Cuál a las fieras convoca,
las aves llama y convida
a que al Criador de todo
alaben agradecidas.
Cuál, inmoble todo el cuerpo,
con las acciones perdidas,
tiene arrebatada el alma
allá donde amando anima.
Y de aquel éxtasi, cuando
parece que resucita,
dice, con razón, que muere
porque no perdió la vida.
La fuerza de amor, a veces
sueño y reposo les quita,
y saliendo de su estancia,
buscan del cielo la vista.

Cuando, serena la noche,
clara se descubre Cintia,
bordando de azul y plata
el postrer móvil que pisa;
cuando al oro de su hermano
no puede tener envidia,
que, llena del que le presta,
hace de la noche día,
del báculo acompañado,
el amante anacorita
solo por las soledades
solitarios pasos guía.
Y parando entre el silencio,
las claras estrellas mira,
que le deleitan, por obra
de la potencia divina.
En altas voces alaba,
sin tener quien se lo impida,
al Amador soberano,
cuya gracia solicita.
Contempla sus perfecciones,
sus grandezas soleniza,
sus misericordias canta,
sus excelencias publica.
La noche, atenta entre tanto,
callando porque él prosiga;
crujen los vecinos ramos
y blando el viento respira.
Gimen las aves nocturnas
por hacerle compañía,

suenan las fuentes y arroyos,
retumban las peñas frías.
Todo ayuda al solitario,
mientras con el alma fija
en sus queridos amores,
contemplándolos, se alivia.

IV

Cuando el caluroso estío
los aires en fuego abrasa
y el sol con ímpetu arroja
dardos de encendida llama.
Cuando el nemeo león
con sus uñas le amenaza,
y con sus dientes el can
que Europa tuvo por guarda,
libres son de sus rigores
las sombras desta montaña,
que liberales ofrecen
bellas y espaciosas salas.
Allí, en las concavidades
de las peñas más cerradas,
donde del aire encerrado
hacen burbullones de agua,
goteando están mil fuentes,
minas de líquida plata,
que cuanta más plata pierden,
más claros cristales ganan.

Allí calor no se siente,
que son aquellas pizarras
palacio de la frescura;
todo el año se regala.
Como no buscan recreo
los que del mundo se apartan,
mas solamente los prende
la quietud que en ellas hallan,
en esta sazón algunos
en sus cóncavos no paran,
por afligirse en las cumbres,
donde, al sol, sus huesos asan.
Al proprio gusto encontrando,
cuando fuego el aire exhala,
dentre las sombras se alejan,
al sol más ardiente abrazan.
Y cuando las nubes lloran
y fríos los vientos saltan,
por mortificarse asisten
donde el hielo los maltrata.
Así dentro de las cuevas
como en sepulcros descansan
los que, muertos a sí mismos,
buscan la vida del alma,
sirviéndoles de aposentos
las cavernas solitarias,
y de los más gruesos troncos
las benévolas entrañas;
de mesa la dura tierra,
donde comen hierbas varias,

que les presentan los valles,
los bosques y las montañas.
Liberales los arroyos
en su cristal les dan agua,
y vino la lluvia pura
que de los peñascos mana.
Entre brutos animales,
humildes y alegres andan,
y, como las aves, vuelan
por las cumbres levantadas.
Hacen donde se arrodillan
ríos de corriente larga,
que, manando de sus ojos,
para el cielo los embarca.
Luces son en las tinieblas
y al puerto seguro llaman
los que de la mar del mundo
pelean con las borrascas.
Felices del cielo miran,
porque sólo al cielo tratan,
las tormentas y naufragios
que acá los mortales pasan.
Cual muro que es siempre estable,
llenos de altiva constancia,
el lugar adonde habitan
en paz, defienden y guardan.
Como los ciervos sedientos
tocados de flecha herbada,
buscan ellos, siempre firmes,
las fuentes de vivas aguas.

Tras el Cazador divino
que sus corazones clava
de su amor con la saeta,
corren con amantes ansias.
Por los montes, como antorchas
resplandeciendo, derraman
luces que a todos alumbran,
lumbres que jamás se apagan.

V

Ya de los últimos grados
de la provechosa Ceres
se iba despidiendo Apolo
porque en Libra su luz pese,
cuando un viejo solitario,
recién enfermo, apetece
el soplar de la espesura,
el murmurar de las fuentes.
Sale por entre los bosques,
donde las aves, alegres,
porque las vea, le cantan,
y se llegan para verle.
Allí de las altas ramas
densas nubes de hojas llueven,
por mostrar los pomos de oro
que ha sazonado setiembre,
junto al tronco de un castaño
que ñudosos brazos tiende,

en que los erizos muestran
largas bocas, grandes dientes,
  sentado sobre la grama
que al suelo vestido tiene,
donde de otoñinas flores
rico manto Flora teje,
  y mirando de un arroyo
las cristalina corriente,
lapidario de guijillas,
tejedor de juncos verdes,
  cómo de una ermita moja
las mal labradas paredes,
amante del yermo amable
amores ansí le ofrece:
  —Madre de la paz quïeta,
de la quietud dulce albergue,
eres desierto divino,
rico erario de altos bienes,
  de devoción incentivo,
paraíso de deleites,
donde respiran olores
de virtudes excelentes.
  De la caridad la rosa,
entre el carmesí alegre,
rayos descubre encendidos,
que en llamas el alma encienden.
  En ti de la castidad,
la azucena resplandece
con belleza siempre intacta,
con candor de intacta nieve.

De la humildad la violeta,
en ti graciosa florece,
contenta en su lugar bajo,
que baja el viento no teme.
De la mortificación
la mirra olorosa tienes,
de la oración el incienso
abunda en tu sitio fértil.
Al fuego de amor divino
arde suavísimamente,
con fragancia peregrina
que al mundo todo enriquece.
En ti están de la Escritura
los prados que, verdes siempre,
en las lágrimas abundan,
nacidas de amor ardiente.
En ti la mesa sublime
donde a ser manjar Dios viene,
y a comer también asiste
para duplicar mercedes.
Por convite y convidado
aquí con amor se ofrece;
aquí da dones inmensos,
y El es el don juntamente.
Eres del profeta rey
la torre lustrosa y fuerte,
fabricada con baluartes
de que penden mil arneses;
fuego do los vasos se hacen
del alto Rey de los reyes,

sirviendo la penitencia
de martillo que los hiere.
Feria en la cual en pregón
la vida eterna se vende,
y aunque infinito vale
por muy poco se concede.
Almacén precioso y rico
de negociantes celestes,
adonde se guarda el precio
que al más alto precio excede.
Examen de pensamientos,
despertador diligente
que en la memoria recuerdas
las memorias de la muerte.
Pintor del tormento eterno,
que eterna gloria previenes
al alma que en ti se anida,
nido de estables placeres.
Venturoso del que vivo
a tu dulce amor se entregue,
que si morador es tuyo
es de Dios morada félix.
Contigo quiero abrazarme,
pues para tan alta suerte
vivir en ti me aprovecha,
morir en ti me conviene.

SONETO AL DESIERTO DE BUÇACO

Jardín cerrado, inundación de olores,
fuente sellada, cristalina y pura;
inexpugnable torre, do segura
de asaltos, goza el alma sus amores.
Intactas guardas tus hermosas flores,
matas la sed, destierras la secura,
ostentas majestad, y desa altura
penden trofeos siempre vencedores.
El verdor tuyo nunca el lustre pierde,
ni se enturbia el candor de tu corriente;
firme está tu invencible fortaleza.
Que es el jardín cerrado siempre verde,
es siempre clara la guardada fuente,
y es propia de la torre la firmeza.

ARMINDA

SONETO A FELIPE IV

En tanto ¡oh gran Filipo! que en las lides
donde estragos serán las amenazas
el asta empuñas y el escudo embrazas
y en un trueno andaluz los vientos mides;
campo de Marte y fábrica de Alcides
sea el anfiteatro en que hoy abrazas
imperios que en perfiles de oro enlazas
y en cuarteles sus términos divides.
Marcial palestra sea, y del tebano
alcázar, si no templo sin segundo,
a los trofeos del orgullo hispano:
bien que será, y en tu valor lo fundo,
a los que espero de tu heroica mano
bóveda estrecha el ámbito del mundo (1).

---

(1) *Elogios al Palacio Real del Buen Retiro. Escritos por algunos ingenios de España. Recogidos por don Diego de Covarrubias i Leiva.*—En Madrid. En la Imprenta del Reyno. Año 1635.

DOÑA CATALINA CLARA DE GUZMÁN

Hermana del célebre don Lorenzo Ramírez de Prado, como ella misma declara en unos versos Según consta en las informaciones llevadas a cabo en el año 1628 para recibir aquél el hábito de Santiago, fueron sus padres don Alonso Ramírez de Prado, del Consejo de Castilla, y doña María Velázquez, ambos naturales y vecinos de Zafra (Extremadura); sus abuelos paternos, Alvar Sánchez de Prado y doña Isabel Ramírez; los maternos, Luis González y doña Lucía Velázquez. En dichas informaciones aseguró don Tomás Tamayo de Vargas que Ramírez de Prado descendía de conversos: "Se dize de su abuelo que se fue por su pie a la pila, y le llamaron por mal nombre el Manquillo, porque estando ya determinado baptizarse y convidada la gente para el baptismo, él se quiso volver atrás, y huyendo saltó una tapia y se quebró o mano o pie."

Mas tantos documentos presentó don Lorenzo en favor de su hidalguía y limpieza de sangre, que el mismo Tamayo hubo de retractarse.

Doña Catalina Clara nació en la villa de Za-

fra a fines del siglo XVI, y allí residió toda o la mayor parte de su vida. En sus poesías cita varias hermanas que tuvo, llamadas Beatriz, Ana y Antonia; también celebra la bizarría de su hermano Pedro. Es inexacto que estuviera casada con don Francisco Tuttavilla, duque de San Germán, pues la única mujer de éste fué doña Catalina de Cárdenas Colón de Toledo y Portugal, condesa de la Puebla del Maestre.

ROMANCE PINTANDO EL INVIERNO

Qué amenazado está el campo
de las iras de el diciembre,
que le ha dado soplo al aire,
que ha de abrasarlo con nieve.
Los árboles prevenidos
desnudas las hojas tienen,
que el estorbo de estar preso
no embaraza al que es valiente.
Piezas las nubes disparan
desde sus muros celestes,
siendo campo de batalla
el que de flores fué albergue.
Balas de cristal esparce
sobre el florido tapete,
blanco de su puntería,
a pesar de tanto verde.
Banderas tremola el cierzo
y las plantas se estremecen,

porque, aunque son cosas de aire,
la debilidad las teme.
Su miedo helados confiesan
los arroyos y las fuentes,
si no es que, muertas las flores,
ya ser expertos no quieren.
Treguas les propone el marzo,
y abril socorros le ofrece,
con ejércitos de rosas
y escuadrones de mosquetes.

ROMANCE A UNA FUENTE

Presumiendo va de clara
una fuente que al pasar
dió su parecer a un sauce
a quien le dijo verdad.
No quieren sufrir las flores
que haga desto vanidad,
trayéndole a la memoria
que la han visto murmurar.
Por la vida que le deben
pudieran disimular,
mas juzgan adulación
lo que es en ella piedad.
Deshecha en lágrimas corre
desatando su cristal,
que culpas de ingratitud
aun en agua hacen señal.

Clori, a quien dió sollozando
estas quejas su raudal,
consolando su corriente,
este consejo les da:
"Si el amor hace ingratos
fuente apacible,
sequedades aprende
para hacer firmes" (1).

RETRATO SUYO (2)

Un retrato me has pedido,
y aunque es alhaja costosa
a mi recato,
por lograrte agradecido,
si he dicho que soy hermosa,
me retracto.
El carecer de belleza
con paciencia lo he llevado;
mas repara
en que ya a cansarme empieza,
y aunque lo niegue mi agrado,
me da en cara.

(1) Biblioteca Nacional.—Mss., M. 78.

(2) Publicada, aunque no íntegra, por Barrantes, en su *Aparato bibliográfico para la Historia de Extremadura*, tomo II. Hay una copia del siglo XVII en el ms. M. 78, folio 231. Anotamos las variantes de ésta.

Pero, pues precepto ha sido,
va a un traslado [1] reducida
mi figura,
y porque sea parecido
ha de ser cosa perdida
la pintura.
No siendo largo ni rizo,
a todos parece bien
mi cabello,
porque tiene tal hechizo,
que dicen cuantos le ven
que es bello [2].
Si es de azucena o de rosa
mi frente, no comprenhendo,
ni el color,
y será dificultosa
de imitar, pues no le entiendo,
yo la flor.
Y aunque las cejas en frente
viven de quien las mormura
sin recelo,
andan en traje indecente,
pues siempre está su hermosura
de mal pelo.
Los ojos se me han hundido,
y callar sus maravillas
me da enojos,

1 Retrato.
2 Rebello.

y en su ausencia me han servido
como negros dos neguillas
de ojos [1].
Mis mejillas desmayadas,
nunca se ve su candor,
y esto ha sido
porque son tan descuidadas [2]
las tales, que hasta el color
han perdido.
De mi nariz he pensado
que algún ozor ha tenido,
o son antojos;
pero a ello me persuado
porque siempre la he traído
entre [3] ojos.
Viéndola siempre a caballo,
mi malicia me previene
que lo doma,
y en buena razón lo hallo,
pues aunque lengua no tiene
se va a Roma.
No hallaré falta a mi boca
aunque molesto el desdén
me lo mande,

1 Pero tengo dos neguillas
cuyo agrado me ha servido
muy de ojos.
2 Están tan espantadas.
3 Los ojos.

porque el creerlo me toca,
que [1] dicen cuantos la ven
que es cosa grande [2].
Pero aunque es tan acabada,
confieso que le hace agravio
un azar,
pues a los que más agrada [3]
dicen que tiene en el labio
un lunar.
La garganta es pasadera,
y aunque no es larga, no estoy
disgustada,
pues en viéndome cualquiera
ha de confesar que soy
descollada.
Tiene el que llega a mi mano,
aunque de corta [4] lo niega,
gran ventura,
pues llegue tarde o temprano
a sus dedos, siempre llega
a coyuntura.
Con todo, tan poco valen
aunque alegan sus querellas [5]
no ser mancas,

1 Y.
2 Cosa es grande.
3 Pues a el que mejor le agrada.
4 Aunque ella misma.
5 Alegan dos querellas.

que cuanto [1] mejores salen
no habrá quien me dé por ellas [2]
dos [3] blancas.
Porque nada desperdicia
dicen que es corto mi talle,
y he observado
que no es talle de codicia,
pues nadie puede negalle
que es delgado.
Que el mundo le viene estrecho
su vanidad ha llegado
a presumir,
y viendo su mal derecho
más de cuatro le han cortado
de vestir.
Pues no merece mi brío
quedarse para después
ni el donaire,
ni encaresco porque es [4] mío;
sólo digo que no es
cosa de aire.
A ser célebres sospecho
que caminan mis pinceles
si me copio,
pues el retrato que he hecho

1 Cuando.
2 Nunca hallo quien sobre ellas.
3 De dos.
4 Por ser.

sé que no lo hiciera Apeles
tan [1] propio.
Sin haberle obedecido,
el retrato [2] a mi despecho
ha sido vano,
pues tú cabal lo has pedido,
y todo el retrato he hecho
de mi mano.
Y que tiene, es infalible,
algún misterio escondido,
y yo peno
por saber cómo es posible
que estando tan parecido,
no esté bueno.
Tal cual allá va esa copia,
y si me deseas ver,
yo creo [3]
según ha salido propia,
que te ha de hacer perder
el deseo.
Y si tal efecto hace,
temo que pareceré
confiada,
y aunque no me satisface
mi trabajo, quedaré
muy pagada.

1 Tan al.
2 Trabajo.
3 Yo bien creo.

DOÑA CRISTOBALINA FERNÁNDEZ DE ALARCÓN

Nació esta ilustre poetisa en Antequera hacia el año 1576.

Fué hija natural de Gonzalo Fernández Perdigón, escribano. Su educación tuvo mucho de esmerada, pues aprendió el latín con Juan de Aguilar (1). Cuando a lo sumo contaría quince ó diez y seis años, o sea en el de 1591, contrajo matrimonio con Agustín de los Ríos, mercader, que puso tienda en la calle de Lucena. En junio de 1597 quedó huérfana de padre, quien murió dejando una hija legítima habida en doña Teresa Ortiz de Córdoba.

Si fuese lícito pensar que cuanto dicen los

---

(1) Acerca de este ilustre humanista escribe Nicolás Antonio (*Bibliotheca nova*, 1628): "*E. cujus schola plures in Baetica viri doctissimi, fereque omnes in hoc tractu Antiquariensi et vicinis undique locis, merito litterarum spectabiles olim prodiere.*"

Juan de Aguilar había nacido en Rute, pero residió la mayor parte de su vida en Antequera.

poetas en sus versos es un mero calco de la realidad, y no hubiese grave peligro de confundir la historia con la fábula, doña Cristobalina tuvo amores, más o menos platónicos, viviendo aún su primer marido, y tan hondos, que los expresó en estos versos:

Si amor, que me transforma,
quitándome el pesado y triste velo,
me diera nueva forma,
volara, cual espíritu, a mi cielo,
y no abatiera el vuelo;
que ya rompiera entonces
de cualquiera imposible duros bronces.

¿Quién sería el objeto de pasión tan honda, pues la manifestaba con tan poco disimulo una mujer casada? Un ingenioso y ameno literato de nuestros días tiene por averiguado que los amoríos de la Musa antequerana deben referirse a Pedro Espinosa, quien, a su vez, vivió algunos años enamorado de doña Cristobalina, deseando, con sentimientos nada cristianos, la muerte de Agustín de los Ríos, para llegar a la meta de sus deseos. Junto al pecado llevó Espinosa el debido castigo; enviudó su amada poetisa, mas ésta prefirió a un estudiante, a Juan Francisco Correa, con el que se casó a 28 de julio de 1606. Espinosa, desesperado, medio loco de dolor, dejó el mundo y se retiró a la ermita de la Magdalena. En

tanto que el novel y romántico ermitaño se querellaba de sus desdichas, doña Cristobalina, olvidada por completo de Espinosa, lograba sucesión en su segundo matrimonio; hijos de ambos fueron María, bautizada en la iglesia Mayor de Antequera por el poeta Luis Martín de la Plaza, a 2 de abril de 1609; Manuela, Ana y Francisco, el último de los cuales fué bautizado a 7 de febrero de 1612. Correa, después de casado, se matriculó en la Universidad de Osuna a 3 de octubre de 1611, en tercer curso de Cánones, y graduóse allí de bachiller a 30 de marzo de 1613.

El hijo de doña Cristobalina, don Francisco Correa y Alarcón, se casó en Estepa con doña María de la Torre (año 1633), y ejerció en esta villa el oficio de Corregidor, por nombramiento de don Adán Centurión, marqués de Estepa (año 1645). Doña Cristobalina otorgó testamento en Antequera a 12 de septiembre de 1646, y falleció a los cuatro días; su cadáver fué sepultado en la iglesia de San Sebastián (1).

Hizo su retrato Juan de Noort en un grabado, del que tengo una reproducción. Por él se nota que la sibila antequerana era menos bella de lo que decía Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* (silva II):

---

(1) Conf. *Pedro Espinosa. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico, por D. Francisco Rodríguez Marín.*— Madrid, 1907.

Mas ya por la extendida Andalucía
ríos de menos fama nos previenes,
que ilustres hijos tienes,
y se opone con lírica poesía
doña Cristobalina, tan segura
como de su hermosura,
de su pluma famosa,
sibila de Antequera,
que quien la escucha sabia y mira hermosa (1),
allí piensa que fué de amor la esfera.

A SANTA TERESA DE JESÚS, EN SU BEATIFICACIÓN

Engastada en rizos de oro
la bella nevada frente,
descubriendo más tesoro
que cuando sale de Oriente
Febo con mayor decoro;
en su rostro celestial
mezclando el carmín de Tiro
con alabastro y cristal,
en sus ojos el zafiro
y en sus labios el coral;

(1) Adulación, o cuando menos galantería, se llama esta figura, y buena prueba de cuán resbaladizo es confundir las poesías con los documentos históricos; doña Cristobalina, como se ve por su retrato, nada tenía de hermosa; por lo que si enamoró a Espinosa sería con su ingenio más que con su belleza.

el cuerpo de nieve pura,
que excede toda blancura,
vestida de sol los rayos,
vertiendo abriles y mayos
de la blanca vestidura;
en la diestra refulgente,
que mil aromas derrama,
un dardo resplandeciente
que lo remata la llama
de un globo de fuego ardiente;
batiendo en ligero vuelo
la pluma, que al oro ofrenta,
bajó un serafín del cielo,
y a los ojos se presenta
del serafín del Carmelo.
Y puesto ante la doncella,
mirando al extremo della,
dudara cualquier sentido
si él la excede en lo encendido
o ella le excede en ser bella.
Mas viendo tanta excelencia
como en ella puso Dios,
dispusiera por sentencia
que en el amor de los dos
es poca la diferencia.
Y por dar más perfección
a tan angélico intento,
el que bajó de Sión
con el ardiente instrumento
la atravesó el corazón.

Dejóla el dolor profundo
de aquel fuego sin segundo
con que el corazón le inflama,
y la fuerza de su llama,
viva a Dios y muerta al mundo.
Que para mostrar mejor
cuánto esta prenda le agrada,
el universal Señor
la quiere tener sellada
con el sello de su amor.
Y que es a Francisco igual
de tan gran favor se arguya,
pues el Pastor celestial,
para que entiendan que es suya
la marca con su señal.
Y así desde allí adelante
al serafín semejante
quedó de Teresa el pecho,
y unido con lazo estrecho
al de Dios, si amada ante (1).

SONETO

A SAN IGNACIO DE LOYOLA Y SAN FRANCISCO JAVIER

Sale dando matices de escarlata
al cielo de zafir el sol dorado,
y grato al resplandor que le ha prestado
todo planeta influye en luz de plata.

(1) Publicada por Gallardo en el núm. 2 de *El Criticón*. Reimpresa en la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XXXV, pág. 339.

Si en un espejo el cielo se retrata,
de estrellas, cielo y sol se ve un traslado,
mas si el cristal por arte es ochavado,
en diversas esferas se dilata.
Javier e Ignacio a Dios, que es sol, imitan
en la Iglesia, cristal de la triunfante,
distinta en dos opuestos paralelos.
Mas no en la unión que entrambos solicitan,
siendo el uno en Poniente, otro en Levante,
dos planetas, dos soles en dos cielos (1).

QUINTILLAS A LOS MISMOS

Como en rayo de luz pura
al sol, planeta mayor,
cuando alumbrarnos procura
le acompaña el resplandor
y aumenta su hermosura,
así por la sombra fría
del que de Dios se desvía,
estos rayos suyos dos,
abriendo camino a Dios
hacen a Dios compañía.
Y aunque dando vueltas pasa
el sol al cielo, a quien dora

(1) *Encomio de los ingenios sevillanos. En la fiesta de los santos Inacio de Loyola, i Francisco Xavier... Por Iuan Antonio de Ibarra.*—Impresso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año 1623. Folio 28.

su epiciclo y propia casa,
si en recebir se mejora,
en repartir no es escasa.
Si Ignacio y Francisco están
dando luz, ¿qué no darán
a la patria por quien viven?
y que si tanta reciben
Guipúzcoa y Navarra dan.
Bien el antiguo valor
de estas naciones se ve
en conservar el honor
de su rey y de su fe
contra el moro y su rigor.
Y agora triunfando están
sus nombres, pues se opondrán
al mismo que nació en Delo,
dando dos soles al cielo,
al mundo un gran capitán.
Y aunque pudiera alumbrar
cada cual el mundo todo,
para haberles de igualar
eligió Dios este modo,
por modo más singular.
Con suma sabiduría
la cuna y lecho del día
entre los dos repartió,
y si luz a Europa dió
a todo el Oriente guía (1).

(1) Obra citada, folio 42.

CANCIÓN AMOROSA

Cansados ojos míos,
ayudadme a llorar el mal que siento;
hechos corrientes ríos,
daréis algún alivio a mi tormento,
y al triste pensamiento
que tanto me atormenta,
anegaréis con vuestra gran tormenta.
Llora el perdido gusto
que ya tuvo otro tiempo el alma mía,
y el eterno disgusto
en que vive muriendo noche y día;
que estando mi alegría
de vosotros ausente,
es justo que lloréis eternamente.
¡Que viva yo, Fernando,
por quien tanto de amarme se desdeña!
¡Que cuando estoy llorando
haga tierna señal la dura peña,
y que a su zahareña
condición no la mueven
las tiernas lluvias que mis ojos llueven!
¡Sombras que en noche oscura
habitáis de la tierra el hondo centro,
decidme, ¿por ventura
iguala con mi mal el de allá dentro?
Mas ¡ay! que nunca encuentro
ni aun en el mismo infierno
tormento igual a mi tormento eterno.

¿Cuándo tendrá, alma mía,
la tenebrosa noche de tu ausencia
fin, y en dichoso día
saldrá el alegre sol de tu presencia?
Mas ¿quién tendrá paciencia?
que es la esperanza amarga
cuando el mal es prolijo y ella es larga.
¡Oh tú, sagrado Apolo,
que del alegre Oriente al triste ocaso
el uno y otro polo
del cielo vas midiendo paso a paso,
¿has descubierto acaso
desde tu sacra cumbre
el hemisferio a quien mi sol da lumbre?
Dirásle, si lo esconde
en sus dichosas faldas el aurora,
lo mal que corresponde
a aquesta alma cautiva que le adora,
y cómo siempre mora
dentro del pecho mío,
tan abrasado cuanto el frío es frío.
Infierno de mis penas,
fiero verdugo de mis tiernos años,
que con fuertes cadenas
tienes el alma presa en tus engaños,
donde los desengaños,
aunque se ven tan ciertos,
cuando llegan al alma llegan muertos.
Yo viviré sin verte
penando, si tú gustas que así viva,

o me daré la muerte,
si muerte pide tu crueldad esquiva;
bien puedes esa altiva
frente ceñir de gloria,
que amor te ofrece cierta la vitoria.
Tuyos son mis despojos,
adorna las paredes de tu templo,
que tus divinos ojos
vencedores del mundo los contemplo;
ellos serán ejemplo
de ingratitud interna,
como los míos de firmeza eterna.
¡Ay ojos! ¡quién os viera!
que no hubiera pasión tan inhumana
que no se suspendiera
con vista tan divina y soberana.
Quedara tan ufana,
que el pensamiento mío
cobrara nuevas fuerzas, nuevo brío.
Si amor, que me transforma,
quitándome el pesado y triste velo,
me diera nueva forma,
volara, cual espíritu, á mi cielo,
y no abatiera el vuelo,
que yo rompiera entonces
de cualquier imposible duros bronces.
No estuviera seguro
el monte más excelso y levantado,
ni el más soberbio muro
de ser por mis ardides escalado,

y a despecho del hado
descendiera, por verte,
al reino escuro de la escura muerte.
Mil veces me imagino
gozando tu presencia en dulce gloria,
y con gozo divino
renueva el alma su pasada historia;
que con esta memoria
se engaña el pensamiento
y en parte se suspende el mal que siento.
Mas como luego veo
que es falsa imagen que cual sombra huye,
auméntase el deseo,
y ansias mortales en mi pecho influye,
con que el vivir destruye;
que amor en mil maneras
me da burlando el bien, y el mal de veras.
Canción, de aquí no pases;
cese tu triste canto,
que se deshace el alma en triste llanto (1).

CANCIÓN A LA VIRGEN

Con círculos de luz los aires vanos
bordando, deja el trono en que reside,

(1) *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España. Ordenada por Pedro Espinosa.*—Valladolid, año MDCV. Reimpresa en la segunda edición de este libro (Sevilla, 1896), y en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. XLII, pág 29.

el que lo incomprensible comprehende,
uno de los más bellos cortesanos,
que con el iris de sus alas mide
cuanto el amor divino en fuego enciende,
y el blando vuelo extiende
a la ciudad sagrada, venturosa,
por tan altos misterios prodigiosa,
y el sitio sacrosanto reverencia
que Dios santificó con su presencia,
cifrando su grandeza en un bocado,
y donde en rúbea llama,
que blanda fortifica y dulce inflama,
bajó el Divino Espíritu, enviado
del Padre Eterno, a quien el cielo inmenso
en aras de zafir ofrece incienso.
Aquí pues, Gabriel, nuncio divino,
por innegables modos inspirado,
a la Reina del cielo se presenta
y a la sacra embajada abrió camino,
de que el punto dichoso era llegado
y de los hados la inefable cuenta,
en que el Dios que sustenta
la eternidad, en su profundo pecho,
ordena que la unión y lazo estrecho
del alma y cuerpo la guadaña rompa
para que triunfe con excelsa pompa,
premio debido a su virtud inmensa;
que aunque es libre, por cuanto
no cayó mancha en su purpúreo manto,
del pecho impuesto por la antigua ofensa,

ha de seguir de Cristo el trance fuerte,
pues El murió para vencer la muerte.
Oyó la nueva, alegre tanto al justo,
cuanto terrible al alma descuidada,
la Virgen pura, y al Autor del cielo
las gracias rinde, y con terneza y gusto
en breve se dispone a la jornada,
ansiosa por ver roto el mortal velo:
luego del ancho suelo,
donde en varias regiones divididos
estaban, en un punto conducidos
fueron los héroes de la Iglesia santa:
cuál con dulces memorias himnos canta,
cuál baña en llanto el rostro venerable,
y ante la Virgen bella,
que rayos del sol viste y luna huella,
ciertos de su partida inevitable,
la bendición reciben de su mano
reparadora del linaje humano.
No se atrevió el dolor, ni el accidente
acometió con fuerzas desiguales;
mas en suave paz triunfó la muerte;
y cual suelen del sol resplandeciente
desparecer los rayos celestiales
cuando la opuesta nube los divierte,
o cual la segur fuerte,
por mano inadvertida o envidiosa
deja cortada matutina rosa,
así a los soles de sus claros ojos
faltó la luz y resplandores rojos;

mas luego como ilustre vencedora,
de entre la tumba fría,
prestando luz y resplandor al día,
salió más bella que la bella aurora,
unida el alma pura al cuerpo puro,
que fué del mismo Dios custodia y muro.
El sagrado Sión bajó su cumbre,
vertió Amaltea su abundante copia,
y los cielos corrieron la cortina,
y una no vista luz inaccesible
(a la naturaleza humana impropia)
se vió al monte y al valle convecina;
y entre esta luz divina
escuadrones de espíritus alados
que a las plantas bellísimas postrados,
en triunfo excelso suben por el viento
a la Reina inmortal del firmamento,
cantando su victoria, triunfo y gala,
en una y otra lira
que al cielo alegra y a la tierra admira:
el aire puro olor de gloria exhala,
que roba cuando ondea licencioso
el áureo manto, más que el sol hermoso.
De rojas plumas con perfiles de oro,
de quien las piedras del rosado Oriente
y el verde abril envidian los colores,
ligeras aves del supremo coro
que se están abrasando dulcemente
en los vivos, eternos resplandores,
coronadas de flores,

arman por el camino arcos triunfales,
por donde pasa y llega a los umbrales
de la Jerusalén triunfante y rica.
Todo el resto del cielo el paso aplica
a verla, y de María aclama el nombre;
en cuya hermosura
la carne ven inmaculada y pura
que hizo hombre a Dios y Dios al hombre:
llega al solio real, donde de estrellas
sus sienes ciñen, cándidas y bellas.
Canción, si corres sola
por mar incierto, sin piloto o guía,
donde una y otra ola
tu barco humilde embistan a porfía,
pon en Dios tu esperanza,
que la humildad aun lo imposible alcanza (1).

A LA VIRGEN

Reina del cielo, que con bellas plantas
sobre tapetes y alcatifas bellas,
cantando himnos y pisando estrellas,
los coros guías de doncellas santas,
de cuyas gracias tantas
se admiran de tu corte los galanes,

(1) *Descripción de la capilla del Sagrario de Toledo y relación de la antigüedad de la imagen de Nuestra Señora, por Pedro de Herrera.*—Madrid, por Luis Sánchez, MDCXVII. Folio 10.

los que, en vez de brocado y tafetanes,
visten púrpura ardiente y blancas luces:
escucha mi lamento,
si mis piadosas lágrimas
pueden subir al reino del contento (1).

CANCIÓN A SAN RAIMUNDO

Sobre el carro de electro reluciente,
de caballos alígeros tirado,
que de néctar y ambrósia se sustentan,
con movimiento y curso arrebatado,
apenas por las puertas del Oriente,
que al más fino carmín de Tiro afrentan,
el dios de quien frecuentan
el templo con ofrendas los de Delo,
salió, midiendo en torno el ancho cielo,
hiriendo con los rayos de su lumbre
la más excelsa cumbre,
de cuya hermosura
huyó la noche con su sombra oscura.
Vistió el cielo las nubes de escarlata,
bordóse el suelo de escarchada plata,
las parleruelas aves comenzaron
a saludar la luz que desearon,

(1) *Primera parte de las Flores de Poetas ilustres de España, ordenada por Pedro Espinosa, natural de la ciudad de Antequera.* — Valladolid. Por Luys Sanchez, M. DC. V.

cuando desde su solio de oro fino
vido en el mar un caso peregrino.
Con nueva admiración quedó suspenso
el dios que cielo, tierra y mar rodea,
de ver sus claros rayos eclipsados
y que otra luz mayor la suya afea,
luz que despide resplandor inmenso,
de una escuadra de espíritus sagrados
que cercaban los lados
de un dichoso aunque pobre y roto manto,
sobre el cual navegaba un patrón santo,
rompiendo el agua del profundo charco.
Daban camino al barco
con las doradas alas,
que en vez le sirven de batientes palas,
con que el varón divino San Raimundo,
mostrándose en el celo Elías segundo,
no cual Jonás, a Dios inobediente,
mas como quien la ofensa suya siente,
de un Faraón rebelde y obstinado
iba huyendo por el mar salado.
En su real alcázar cristalino,
cuyo techo de vidrio se sustenta
sobre ricas columnas de diamante,
de quien la luz y el resplandor aumenta,
en la fulgente masa de oro fino
engastado el carbunclo radiante,
en trono rutilante
de piedras preciosísimas sembrado,
de marinas nereidas rodeado,

estaba el dios que rige el gran tridente,
cuando súbito siente
el ancho mar opreso
con la carga del grave y santo peso,
y, viéndose en su reino despreciado,
el cabello de ovas coronado
y azules barbas, de coraje mesa,
y a voces grita: "¡Al arma!, ¡al arma apriesa!"
Y a Tritón manda que la concha toque
y a todo el reino en su favor convoque.
El dios Eolo en sus cavernas hondas
oye del caracol el són horrendo,
y del Dios de las aguas el mandado,
y con terrible y espantoso estruendo,
por dar favor a las airadas ondas,
de la escura prisión rompió el candado,
impeliendo al un lado
un peñón que a los vientos oprimía;
al mar volando con furor los guía,
y al airado Neptuno los presenta;
esforzó la tormenta,
las ondas se hincharon,
las deidades del mar se alborotaron;
Proteo, Forco, Tritón, Nereo, Portuno,
se armaron en defensa de Neptuno;
las nereides, de Tetis rodeadas,
huyeron a las cuevas más escuras
no teniéndose en ellas por seguras.
En carro de cristal luciente y puro,
a quien ofrece el nácar sus despojos,

y el armiño y la nieve sus colores,
con rostro airado y con airados ojos,
volviendo de temor el aire escuro,
cercado de los vientos voladores,
con bélicos furores,
armado el pecho y la robusta espalda
de un arnés de finísima esmeralda,
orlada de rubíes cada pieza,
cubierta la cabeza
de un yelmo adamantino,
de la bella Anfitrite don divino,
tras de Glauco, que lleva su estandarte,
siguiendo al Santo el dios Neptuno parte,
y en torno van las verdinegras focas
azotando con ímpetu las rocas,
y los delfines con hendidas colas,
levantando en el mar soberbias olas.
Llegó el marino ejército a dar vista
al milagroso barco do navega,
de divinos espíritus cercado,
el Santo confesor, y apenas llega,
cuando una inmensa luz hirió su vista,
dejándole confuso y espantado,
viendo el mar sosegado,
que a Raimundo pasaje da seguro,
el cielo alegre, el aire claro y puro,
y las sirenas que con dulce canto
daban música al Santo;
y tanto se admiraron,
que a su rey con espanto preguntaron:

"¿Quién es éste que tal favor merece,
a quien el mar y el viento le obedece?"
mas él, que ya del Santo el valor siente,
sin responderle le abatió el tridente,
y puesta sobre el manto la rodilla,
al Santo acompañó hasta la orilla.
Canción, que cual esquife vas siguiendo
por el piélago ibérico profundo
con incierta derrota y curso incierto
a la cierta derrota de Raimundo,
pues pasando del mundo el golfo horrendo
has llegado del cielo al rico puerto
donde es el premio cierto,
pídele que a esta sierra le sea Norte
con que a la gloria en salvamento aporte (1).

SONETO A LA BATALLA DE LEPANTO

De la pólvora el humo sube al cielo,
busca el cielo su esfera, y entre tanto
mira Neptuno con terror y espanto
teñido en sangre su cerúleo velo.
Al centro profundísimo del suelo
bajan mil almas con eterno llanto

(1) *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por don Juan Antonio Calderón, anotada por don Juan Quirós de los Ríos y don Francisco Rodríguez Marín.*—Sevilla. Impr. de E. Rasco, 1896. Págs. 316 a 319.

a contar la batalla de Lepanto,
y otras vuelan al reino del consuelo;
cuando de Carlos el valiente hijo,
español Escipión, César triunfante,
levantando en sus hechos su memoria:
"¡Virgen Señora del Rosario, dijo,
venced nuestro enemigo!", y al instante
se oyó por los cristianos la victoria (1).

(1) *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por don Juan Antonio Calderón.* Sevilla, 1896. Pág. 197.

DOÑA CATALINA DE SOLIS

SONETO A BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Mientras gozamos con igual contento
señor Rector, los días ya perdidos,
en el gusto los ojos detenidos,
no descubrían lo que agora siento.
En esta soledad mi pensamiento
de espacio os mira, libres los sentidos
desta fuerza secreta, que rendidos
os da mil pechos; ved el fundamento.
Mi fe os la alabe con silencio cuerdo;
si todo el mundo tanto amor os tiene,
grande es la causa de tan grande afeto.
No penséis que os conozco porque os pierdo;
que alguna vez para juzgar conviene
apartar de los ojos el objeto (1).

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XLII, página 357.

DOÑA ANA CARO DE MALLEN

A DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

DÉCIMAS

Crezca la gloria española,
insigne doña María,
por ti sola, pues podría
gloriarse España en ti sola.
Nueva Safo, nueva Pola
Argentaria, honor adquieres
a Madrid y te prefieres
con soberanos renombres,
nuevo prodigio a los hombres,
nuevo asombro a las mujeres.

A inmortal región anhelas
cuando el aplauso te aclama,
y al imperio de tu fama
en sus mismas alas vuelas:
novedades y novelas
tu pluma escribe, tú cantas
triunfo alegre, dichas tantas,

pues ya tan gloriosa vives,
que admiras con lo que escribes,
con lo que cantas encantas.
Tu entender esclarecido,
gran sibila mantuana,
te miente al velo de humana,
emula al común olvido;
y del tiempo desmentido
lo caduco, a las historias
hará eternas tus memorias,
rindiéndole siempre fieles,
a tu elocuencia laureles,
a tu erudición victorias (1).

(1) *Novelas amorosas y exemplares, compuestas por doña María de Zayas y Sotomayor.*—Zaragoza. En el Hospital Real de Nuestra Señora de Gracia. Año de 1638.

SOR DOROTEA FÉLIX DE AYALA

Monja en el Real convento de San Antonio de Segovia.

A LA MUERTE DEL DOCTOR JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

DÉCIMAS

Que amor uno pueda hacer
de dos amantes ingenios,
y más siendo unos los genios,
nadie le duda el poder.
Pues si esto así puede ser
cuando uno al otro así quiere,
sin duda alguna se infiere
que por más que uno se prive
al morir, todo no vive
al punto que el otro muere.
Montalbán, pues esto es cierto,
¿quién es aquel que no vió
lo mucho que en ti murió
cuando al gran Lope vió muerto?

Así con razón advierto
al mundo que, cuanto a mí,
morir dos veces os vi,
¡quién tanto visto no hubiera!:
en Lope, tú, la primera,
la segunda, Lope en ti.
En tanto extremo notamos
cuanto sentir os hicistes;
pues si dos veces moristes,
nosotros cuatro os lloramos;
a la fortuna culpamos
de sernos tan importuna,
y responde la fortuna
que era injusto que se viese
que dos veces no muriese
quien ha de vivir más de una (1).

(1) *Lágrimas panegíricas a la temprana muerte del gran poeta y teólogo insigne Doctor Iuan Pérez de Montalbán,* fol. 74.

SOR JUANA DE JESÚS MARÍA RODRÍGUEZ

Nació en Burgos a 30 de enero de 1564. A los trece años se casó con Matías Ortiz, quien la hizo desgraciada a causa de su genio colérico. Habiendo fallecido éste en el año 1622, Juana tomó el hábito en el convento de Santa Clara, a 16 de abril de 1626, y allí se distinguió por sus virtudes. Murió a 21 de agosto de 1650.

LIRAS QUE COMPUSO CUANDO PROFESÓ

¡Oh venturoso día
en que la nueva esposa del Amado,
con gala y bizarría,
claramente ha mostrado
que el corazón de amor tiene abrasado!
¡Oh empeño venturoso!
Pues desde hoy en su Dios se ha transformado.
viviendo en el Esposo
con ser tan levantado
que el corazón de amor tiene abrasado.

¡Oh dulce y feliz muerte!
pues con morir a todo lo criado,
os ha cabido en suerte
un Dios enamorado
que el corazón de amor tiene abrasado.
Con El está contenta
el alma que de veras le ha gustado;
de nada tiene cuenta,
porque el Crucificado
su corazón de amor tiene abrasado.
Estando en el altura
de este vivir gozoso y encumbrado,
se gusta la dulzura,
que goza en tal estado
el corazón que amor tiene abrasado.

ROMANCE DEL ESTADO DEL ALMA EN LA VÍA UNITIVA

Cuando se recoge el alma
y se entra en su centro a solas,
libre y purgada de culpas,
lucida y limpia de todas;
allí, olvidada del cuerpo,
no concurriendo a sus obras,
cerradas puerta y ventanas
porque no la estorbe cosa,
manda a todos los sentidos
se suspendan y recojan,
a los ojos que no miren,
a los oídos que no oigan.

Cesa la imaginación,
y las potencias aflojan,
que de todo lo criado
allí no tiene memoria.
La razón está embargada,
su entendimiento reposa,
no discurre ya, ni entiende,
que sólo el afecto obra.
Y así, como otro Moisés,
se queda en el monte sola,
dejando a la falda el pueblo
y canalla gritadora.
Allí trata con su Dios
muy alegre y muy gustosa,
porque, aunque en oscuridad,
de su hermoso Amado goza.
El en ella se recrea,
y en El ella se transforma,
gozando de los regalos
de su mano generosa.
Absorta le está mirando,
contemplando en cualquier cosa
de todas cuantas El quiere,
y le da gracias por todas.
Porque ya no siente pena
de cosa adversa y penosa,
ni quiere más que lo que El,
porque ella sin El no obra.
Ni El la deja a su albedrío
un solo punto ni hora,

ni quiere que de El se aparte,
que la quiere como a esposa.
Y el querer que en ella pone,
con el suyo se conforma,
y ella quiere antes mil muertes
que el verse un momento sola (1).

(1) *Nueva maravilla de la Gracia, descubierta en la vida de la Venerable Madre Sor Juana de Jesus María... Escrita por el R. P. Fr. Francisco de Ameyugo.*—En Madrid. Por Bernardo de Villadiego. Año de 1673.
Págs. 539 y sig.

DOÑA ANTONIA DE MENDOZA
CONDESA DE BENAVENTE

Nació, acaso en Sevilla, a principios del siglo XVII. Fué hija del Conde de Castro (1) y dama de las reinas doña Isabel de Borbón y doña Mariana de Austria.

Pellicer habla en sus *Avisos* de una pendencia que hubo entre los criados de doña Antonia y los del Marqués de Almenara:

"Con la nueva de la muerte del Señor Infante, no asistieron sus Magestades el domingo 8 [de diciembre de 1641], como acostumbran todos los años, a la fiesta de nuestra Señora de la Concepción, que se celebra en el Monasterio de las Descalzas Reales. Vino el día de la octava domingo a 15; comió ese día en el convento la Reyna nuestra Señora, y al apearse las señoras Damas, un criado de la Señora Doña Antonia de Mendoza

---

(1) *Cancionero de la Rosa, por don Juan Pérez de Guzmán*, t. II, pág. 407.

se puso delante de los Señores Marqueses de Almenara, Diego Gómez de Sandoval, Conde de Castelnovo, Conde de Vagos y otros. Dixéronle se apartase, con cortesía, y respondiendo con desvergüenza, sacaron las espadas: quedaron algunos heridos y un soldado de la guarda atravesado un muslo: las Damas y las Señoras alborotadas" (1).

Un poeta gongorino de aquel tiempo dedicó a doña Antonia los siguientes versos:

A LA SEÑORA DOÑA ANTONIA DE MENDOZA, POR UNA SANGRÍA

OCTAVAS

Que un accidente humano a Antandra hermosa
le haga sangre (¡aquí del Dios y ciego!),
que le ofende un jazmín bañado en rosa,
que le agravia una rosa vuelta en fuego;
¿para cuándo su aljaba poderosa
guarda las puntas, si admirado llego
a ver que de un Dios triunfa libremente,
y se sujeta Antandra a un accidente?

Rendida, y no de amor, al brazo llega
un hombre (¡oh venturoso desacato!),
siendo lugar la nieve que le entrega,
que apenas antes lo intentó el recato;

(1) *Avisos* de don José Pellicer. *Semanario erudito*, tomo XXXII, pág. 181.

en cinta pone al sol, la luz se ciega,
besa el cristal el hierro y hiere ingrato,
y al hierro que llamar rayos se atreve
respuestas de coral le dió la nieve.

A 31 de marzo de 1648 escribía al padre Rafael Pereyra el padre Sebastián González desde Madrid:

"Doña Antonia de Mendoza, de edad más que mediana, se casa con el conde de Benavente, viudo."

Las capitulaciones matrimoniales se otorgaron a 10 de marzo de 1648; el Conde ofreció a doña Antonia 7.000 ducados de dote y una pensión de 3.000 si quedaba viuda.

Habiendo fallecido el de Benavente a 21 de diciembre de 1652, un hijo de éste, don Antonio Alfonso Pimentel, entabló pleito contra aquélla, quien venció en la contienda tres años más adelante.

Falleció de un atracón de aves a comienzos del año 1656, según cuenta don Jerónimo de Barrionuevo:

"Murió la Condesa de Benavente, domingo en la noche. Fué el caso que esta señora se comía cada día cuatro pollas de leche en diferentes maneras. Cenó una en jigote y una pepitoria, comiendo de ella 16 alones, sin los adherentes acostumbrados de conservas y substancias. Díjole el médico que la asistía, que para su edad era mucha

cena. Respondióle que sin esto no dormiría, y hízolo tan bien, que amaneció en el otro mundo volando en los alones de las aves." (1)

ROMANCE

Hoy una rosa, Domingo
plantando está en su jardín,
para que su ramillete
tenga de rosa el matiz.
El botón de su virtud,
aunque en julio se va a abrir,
en fragancia y en edad
está gozando el abril.
Siendo rosa es maravilla,
puesto que, para lucir,
en vez de extender su pompa,
quiere su pompa ceñir.
De la religión la selva
la prohija en su pensil,
con que otra hija desde hoy
en la madre selva vi.
El armiño y la pureza
de que hoy se viste es decir

(1) *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658). Precede una noticia de la vida y escritos del autor por A. Paz y Melia.*—Madrid. Imp. de M. Tello. 1892-93.
Tomo II, págs. 289 y 290.

que, sin dejar de ser rosa,
quiere parecer jazmín.
Azucena se transforma:
¿Quién ha visto introducir
el candor de la azucena
de la rosa en el carmín?
Aunque de todas las flores
lo más puro llegó á unir,
no hay en su designio azahar,
pero amor perfecto sí.
Aplauso le demos, flores,
pues siempre logró feliz
el aplauso de las flores
la rosa, su emperatriz (1).

AL MARQUÉS DE VELADA, QUE DIOS GUARDE

Dávila generoso,
magnánimo Toledo,
gran Marqués de Velada,
cuya sangre heredada,
cuyo heroico denuedo,
cuyo imperio famoso
lámina adquiere de inmortal memoria
en vividores siglos de tu gloria.
De el grande Sancho sucesor activo,
dos veces, por su nombre y por ti, vivo,

(1) Publicada por don Juan Pérez de Guzmán en su *Cancionero de la rosa*, tomo I, pág. 280.

pues que la alada trompa
se renueva por él, aunque se rompa,
y el valor que allí admira
no sea perdido, pues en ti se mira.
Así ya en tus roeles
muchas orlas se miren de laureles
cuando de el holandés, fiero pirata,
la herética escarlata
que en sus venas produce
la causa que a su estrago te conduce,
en el de sangre vegetal Danubio
brazo de Dios te aclame su diluvio.
Así, pues, te suplico
que este rato te deba
el sentimiento a que mi mal te mueva,
voz funeral en que el dolor duplico.
Ya el alma desasida
de aquella vida que me dió esta vida
yace; y si bien se advierte
Norte de mejor vida fué su muerte,
pues de el imán tocado
que no perdona el cetro ni el cayado,
con la aguja fatal del albedrío
iba guiando el racional navío,
y así la muerte, que es la amiga estrella,
a salvamento le llevó tras ella;
surcó el golfo de muerto,
y en la misericordia tomó puerto.
Ya de quien fuiste dueño
la inexorable le entregó a su sueño,

y a su Hacedor, que en polvo le resuelve,
el ser prestado que le dió le vuelve;
ya el suspiro postrero
dió mi padre y señor *Matco Montero.*
Y pues que ya de el hado
el destino fatal se ha ejecutado,
oye en su hora postrera
de su afecto una copia verdadera
de sus palabras nivelada y propia,
si en mi rudeza desmentida copia;
este epílogo, mucho aunque sucinto,
¡oh!, grande Antonio, pinto;
perdona los colores,
que en el original fueron mejores,
pues de la fe con victoriosa palma
tabla hizo al cielo si pincel a el alma,
que de el celo a la luz con el reflejo
acierto de cristiano fué el bosquejo.
Aquesto, pues, imito
y a pluma tosca la oración limito
de el dolor más perfecto
(pasión sea o verdad) que vió el afecto
y en ti, ¡oh! padre, de lágrimas el hilo
disculpe la rudeza de mi estilo,
que en el logro feliz de lo que espero
tengo a Macías si me falta Homero,
porque el amor me alumbre
cuanto el ingenio rudo me dislumbre,
y así disculpa alcance
de aquel contrito trance,

escala activa de el divino solio,
porque la imito al temple estando al olio;
ya este perdón colijo,
y así ¡oh Marqués! mi amado padre dijo:
Ya, Señor, que este bajel
en este mar de mis culpas
con la falta del aliento
desanimado fluctúa;
ya que este reloj que al tiempo
la hora postrera apunta,
y aunque desconcierta el curso
la que ha de ser no se duda;
ya que aqueste lazo unido
con la Providencia tuya,
con la misma Providencia
se quiebra o se desanuda;
ya que la suma de ofensas
en el guarismo de injurias
contra Ti, porque son tantas,
la cuenta se dificulta;
ya, pues, que aferra a la muerte
con las áncoras de angustias
y el aire de mis suspiros
bajel, reloj, lazo y suma,
no desperdicie y malogre
mi voz, pues que no se ofusca,
aunque sabe que su acento
cecea a la sepultura,
alábete yo, Señor,
en tanto que el ser se frustra

y esta tumba de mi alma
va a hospedarse en otra tumba.
. . . . . .
Ya el golpe de la muerte
levantado está, y ya anuncia
que Atropos el hilo corta
de aquesta estambre caduca.
Ya el último parasismo
en la garganta se añuda;
el alma, Dios, te encomiendo
y tu voluntad se cumpla.
Dijo mi padre, y su postrero acento
fué en la respiración postrero aliento.
Ya de su vida aquel natal Oriente
vió en su postrimería el Occidente;
ya otro número augmenta a la experiencia;
Dios le dé el cielo y guarde a Su Excelencia (1).

1) Bibl. Nac., Mss. M. 83.

DOÑA VICENCIA DE MENDOZA

SILVA

Esta que ves columna prodigiosa,
o la figures vara misteriosa
de raíz de Jesé, que a flor subida,
al espíritu alberga de la vida,
o de Jacob la adores
visible escala, en quien cifró mayores
milagros ciertos mano omnipotente;
pues en aquélla efectuó patente
del suelo al orbe onceno lo distante,
y haciendo menos línea aquí bastante,
breve columna, en quien el sol preside,
de Dios al hombre inmensidades mide.
Oyó que en ella puso Dios, no ignores:
Non Plus Ultra al favor de sus favores.
PILAR la adora, trono de MARÍA,
en quien es un milagro cada día,
templo, si no primero que el del mundo
venerado portento, no segundo:
habitación gustosa
en cuyo centro olores más espira

aquella celestial mística rosa,
que el sentido desea más que admira.
En cuyo solio Reina se ha dignado
excediendo al efecto su cuidado
de Aragón, que rendido se gloría
dichoso mayorazgo de María;
por quien cielo se goza
divina corte suya, Zaragoza,
tan de su amparo no olvidado empeño,
cuanto ella de su amor dos veces dueño,
más bienes le repite, más le aumenta
que caben en la dicha que ocasionan,
pues cuantos la coronan
tan incapaz la explican, cuan contenta.
¡Oh bienes aun del tiempo asegurados,
créditos no, testigos sí obligados,
hablen los ojos, labios dignamente
de muchos, que patente
con ellos adoraron más que vieron
deste retrato el prototipo santo,
pues abrasar su luz aun no debieron
los labios del profeta impulso tanto!
Hable tanta experiencia milagrosa,
hable, y exceda el número al contento
de fieles que, a María generosa,
en cada vida deben un portento
que excederá, por más que ingratamente
olvidarse de sí su vida intente,
y al templo llegue, libre deste olvido,
de diez curados un agradecido.

Hable, y en voz que todos más decente
mujer, que mereció dichosamente
repetir de María en los traslados
milagros infinitos, aumentados,
y cada cual mayor cede al aumento
clarín, y de la fama no violento,
tanto como veloz hable y presuma
menos ligera que su voz su pluma,
pájaro de la tierra, si traslado
humilde a lo divino coronado.
Cuya grandeza ya imitar no intenta
la que al sol material átomos cuenta,
¡oh feliz Cogullada, ejemplo santo!
que haciendo a tus tesoros nido el cielo
el cumplimiento de precepto tanto
aun de tu dicha desterró al recelo,
oyó su voz, y al atractivo acento
más que del pie, del alma conducida,
imán le conoció, mas no violento,
a impulso tan dichoso agradecida
una mujer a quien dejó tan vana
de la más pura el que halló traslado
que créese la hiciera su cuidado
la más feliz, si su atención temprana
en la suerte no fuera, que asegura
aun antes desengaño que ventura.
Y hablen, sola esta vez, conceptuosas
campanas, cuyas voces milagrosas
impulso soberano
de ignorancias libró de ajena mano,

si no por ecos del hallazgo santo,
láminas vivas de carácter tanto
que no confundirá impresión segunda,
o agora fiel el parecer lo funda
en igualar lo atento a lo admirado,
que agradecido aun menos que obligado,
publicarte podrá el mayor efecto.
Llega, llega, atrevido, do al respeto
leyes jamás la audacia prevarica,
llega, llega y aplica
a los presentes no excusados males,
si no tales remedios, bienes tales;
llega; Reina a María y Madre aclama,
¡oh Virgen! cuyo amparo es, cuya fama
de Cogullada invocación dichosa
(a cuya humilde altura misteriosa
si no más fe, debí más esperanza),
o consiga en tu amor lo que no alcanza,
bien que en tus rayos águila presuma
esta de Cogullada humilde pluma (1).

(1) *Certamen poético de Nuestra Señora de Cogullada... Publicalo el Licenciado Iuan de Iribarren i Plaza.* En Zaragoça, en el Hospital Real i General de Nuestra Señora de Gracia. Año MDCXLIV. Págs. 101 a 104.

PETRONILA DE ARTABIA Y BOLEA

SONETO A LA VIRGEN DE COGULLADA

Atrevióse el buril ¡intento altivo!
a formaros ¡oh Virgen! a lo humano
con singular dictamen, y la mano
impulso fué de Dios, suyo el motivo.
Salió el derecho brazo fiel archivo
del tesoro de Dios, troje de grano,
atlante de los cielos soberano,
si el otro fabuloso, aquéste al vivo.
Y no porque este brazo es el más fuerte,
sí para dar a todos de mil modos
abierto el corazón sin embarazos
entre lazos de amor, y desta suerte
¡oh Virgen singular! les dais a todos
con una mano a Dios, con otra abrazos (1).

---

(1) Obra citada, pág. 181.

BEATRIZ JIMÉNEZ CERDÁN

SONETO A LA MUERTE DE DOÑA ISABEL DE BORBÓN

De Francia marchitó la flor más bella,
del rigor más común el golpe fiero;
desdicha grande, si funesto agüero,
que a España le dejó tanta querella.
Si alfombras de cristal triunfante huella,
túmulo de dolor grave y austero
renueva sus memorias tan severo,
que anocheció la más lucida estrella,
hoy atenta celebra las memorias
del sol, a quien debió luces tan claras,
llorando que le falten sus reflejos.
Perdió su luz mi sol, perdí mis glorias;
aquí, vida veloz, tu curso paras;
quiebren a un mismo tiempo dos espejos (1).

---

(1) *Obelisco historico, i honorario que la Imperial ciudad de Zaragoza, erigio a la inmortal memoria del Serenissimo Señor Don Baltasar Carlos de Austria Principe de las Españas. Escrivelo el Doctor Iuan Francisco Andres.*—En Çaragoça. En el Hospital de nuestra señora de Gracia. Año MDCXLVI
Página 53.

SOR MARIA DE SANTA ISABEL

Esta poetisa, una de las más fecundas del siglo XVII, fué monja, según parece, en el Real convento de la Concepción, de Toledo. Escribió sus versos con el seudónimo de *Marcia Belisarda*, bajo el cual los tenía dispuestos para publicarlos, deseosa de verlos reunidos; pero sus intentos no se lograron, por causas que nos son desconocidas.

De su biografía se sabe poco.

Nació en Toledo, como lo da a entender el licenciado Montoya en sus versos encomiásticos, y casi con seguridad a principios del siglo XVII. Impulsada, ya por vocación religiosa, ya por desengaños amorosos, de los que hay no pocas reminiscencias en sus versos, tomó el hábito en el convento de la Concepción, de aquella ciudad, fundado por la legendaria doña Beatriz de Silva.

A los veintisiete de su edad compuso sus primeros versos, y entregada al cultivo de la poesía, continuó haciendo otros muchos, ora religiosos y

generalmente de poca inspiración, ora profanos y con más calor y vida que aquéllos.

Por el epígrafe de una de sus composiciones vemos que vivía aún en el año 1646.

Ignoramos la fecha de su fallecimiento.

I

ROMANCE

Procurad, memorias tristes,
divertir mi sentimiento
con penas que siempre son,
y no con gustos que fueron.
Representadme pesares,
dejad pasados contentos,
que son figuras de humo
en el teatro de el viento.
Muy bien entiendo las voces
de vuestro mudo silencio,
que mal concertadas suenan,
que acordes fueron un tiempo.
De mis muertas esperanzas
clamor parecen sus ecos,
o que se cantan endechas
a mi perdido sosiego.
Si con inciertos favores
olvidáis agravios ciertos,
guerra armáis al corazón,
no menos que a sangre y fuego.

No me deis en vaso de oro
disimulado veneno,
creyendo así lo que dice
quien no cree lo que siento.
Memorias, dejadme ya,
o acabad mi vida luego,
que no hay fuerzas en el alma
para tan crueles tormentos.

II

OTRO, DÁNDOME EL ASUNTO

Escapé de tus cadenas
entregándome al sosiego,
amor, porque siempre al rostro
salen tus pesados hierros.
Cuando juzgué que me hallaba
libre de tu captiverio,
con otros nuevos me oprimes
fatigándome de nuevo.
¿De qué sirve atormentarme,
amor loco, niño ciego,
si ya me doy por vencido
a tus harpones soberbios?
Montes de dificultades
se oponen a mis deseos;
mas como te ves gigante
me animas al vencimiento.

Nací con honra y sin dicha;
a mucho obliga un respeto
y mucho más el amor;
¿qué haré, piadosos cielos?
Mi infeliz suerte maldigo,
de el hado injusto me quejo,
pues muero de lo que callo
y de lo que digo muero.
Ni mi voluntad se logra,
ni en lo que callo merezco,
ni se cree lo que digo
por no asistir lo que quiero.

III

SONETO

Cuando borda de perlas el aurora
tapetes que matizan bellas flores,
en lisonjas retornan los favores
con que las enriquece y enamora.
Luego la sigue el sol, que a rayos dora
la variedad vistosa de colores,
a quien las aves repitiendo amores
hacen salva con música sonora.
Así yo cuando vi la aurora hermosa
del sol que desterró la niebla oscura
de una ausencia, si ya no sol ni ave
racional, la belleza milagrosa
venero con verdad sencilla y pura,
y el premio fué un desdén severo y grave.

IV

ROMANCE MELANCÓLICO

Pensamiento, si pensáis
en dar a mi mal remedio,
mal pensáis, porque es un mal
causado de pensamientos.
Pienso con ajenos gustos
engañar propios deseos,
y es engaño donde el alma,
penando más, se halla menos.
Si en dormir busco descanso,
por ser de el morir diseño,
más me canso, porque lidio
con enemigos desvelos.
Siempre intento hallar alivio
y siempre queda el intento
con el logro en esperanza
y con la esperanza a riesgo.
O apenas alivio hallo
cuando apenas ya le pierdo,
el intento examinando
convertido en escarmiento.
En mi dolor no hay templanza,
y si a la memoria apelo,
para el que tengo presente
me da pasados remedios.
En fin, peno, siento y callo
por no decir lo que siento,

que sólo puedo quejarme
de que quejarme no puedo.
Nacer amable es estrella,
suerte nacer con ingenio;
pero si falta ventura
nada es gloria y todo infierno...

V

ROMANCE BURLESCO

¡Oh! Cómo intenta Leonida,
ya más que amorosa cruel,
vengar previstos olvidos
de un ausente descortés.
Auséntase, pues, Lisardo,
y aunque asegura el volver,
sabe Leonida que parte
al todo de su interés.
Prendas que estimaba el alma
o ya de esmalte o pincel,
arroja y borra, ultrajando
al que dueño suyo fué.
Papeles al fuego entrega;
¿quién ha visto que se den
castigos de Inquisición
a sobras tantas de fe?
. . . . . .
Si es necio no hay quien le escuche;
si es discreto y habla bien

satiriza, ensarta y parla
dicho, hecho y por hacer.
En ninguno hallarás medio,
y si le llega a tener
y a esa cuenta le dan mano,
quiere tomarse hasta el pie.
Muy bien me parecen todos
y a todos pienso querer;
pero sujetarme a uno
libera nos Domine...

VI

A UNA GRAN SEÑORA, CASADA, A QUIEN ABORRECÍA SU MARIDO

ROMANCE

Divino hechizo de amor,
en quien se admiran a un tiempo
la discreción y hermosura
en iguales paralelos.
A todo sentir de el alma,
todo penar de el deseo,
justamente querellosa
vives de tu injusto dueño,
que, como siempre el amor
sólo de el alma hace empleo,
no se opusieron al tuyo
imperfecciones del cuerpo.

Alma irracional, sin duda,
tiene, pues no aspira a un cielo,
que tantas lleva en sus ojos
cuantos hacen movimientos.
Tantos dotes nobles, ricos,
engrandecen tu secreto,
que el más discreto en amarle
logra felices aciertos.
Que te adoran no lo dudas,
que a tu dueño envidian, menos,
los que no alcanzan su dicha
con mejor conocimiento.
Vive, pues, siempre gozosa
de que los cielos te hicieron
deidad que sólo merecen
gozarla los cielos mesmos.

VII

DÉCIMAS, DÁNDOME EL ASUNTO

Enemigo pensamiento
di, ¿qué pretendes, que así
violentos llevas tras ti
la razón y entendimiento?
Advierte que el sufrimiento
tal vez se pierde al sufrir
lo que me das que sentir;
y pues importa callar,

o no me des que penar
o exclúyeme del vivir.
El deseo a tus antojos
propone remedios vanos,
que aún no ejecutan las manos
cuando se ofenden mis ojos;
y aumentando estos enojos
pensamientos y deseos,
digo: dejad devaneos,
crezca a la pena el rigor,
que si me niego al dolor
no rindo al amor trofeos.
Si no pretendo romper
leyes de lo recatado,
¿para qué tanto cuidado
quiere el recato poner?
Viva espuela suele ser
de el deseo y pensamiento
poner límite al intento
que amor sus alas prestó,
y si antes cortés nació
vuela a ser atrevimiento.
No diga, no, que ama quien
tanto a la cordura atiende,
que al cariño se defiende
como si fuera desdén,
siendo preciso un vaivén
y forzosa una piedad
en quien tiene voluntad,
efectos que aun Dios disculpa,

porque halla una noble culpa
perdón con facilidad.

VIII

ROMANCE BURLESCO PARA UN BILLETE

Dícenme que deseáis,
ilustrísima señora,
saber de mi cara y talle
la disposición y forma,
y porque quien me pintare
ni me quite ni me ponga,
quiero haceros de mi mano
una verdadera copia.
La cara, en buen pie lo diga,
ni bien es ancha ni angosta,
ni espantable por lo fea,
ni matante por lo hermosa;
y aunque cruda y aunque opaca
tan apacible se porta,
que más de dos el verano
pueden pasarlo a su sombra.
Las dos troneras que llaman
por donde el alma se asoma
son (según dice el espejo)
naturales de Etiópia (1).

(1) Por Etiopía; como se escribía *ambrósia*, en vez de *ambrosía*.

A todos ven cuantos miran,
y cuando alguno aprisionan,
mandamiento de soltura
le dan a muy poca costa.
Las negras cejas en arco,
preciadas siempre de ociosas,
por no pagar, nunca tiran,
que adonde las dan las toman.
La nariz, que Dios mantenga,
algunos dicen es roma,
mas no dirán que concede
el Papa gracias ni glorias.
Ya cuando menos me cato
hemos llegado a la boca,
y es cual dicen que la casa
la buena portada honra.
Grande es por su majestad
de quien previlegio goza
de limpia y noble en aliento,
calidad de que blasona.
Las manos en el ivierno
repiten a zanahorias
moradas, porque y por cuando
son ellas muy amorosas.
En el verano se mudan,
mas no de una parte a otra,
que no es poco siendo mías,
pero de color mejoran.
El talle, aunque no es de los
de a mil ducados la onza,

por lo menos no me han visto
en las espaldas corcova.
En fin, soy mujer cabal,
y esta verdad es notoria,
porque miembros, muelas, dientes,
ni me faltan ni me sobran.
Aquesto, señora mía,
es cuanto a mi cuerpo toca;
cuanto al alma, a Dios se quede,
no quiero apurar historias.
Tal cual soy me tendréis siempre
a vuestro servicio pronta,
y si un tal para cual fuese
sería cosa de cosas.

IX

PARA UNA NOVELA

SONETO

En suspiros y llanto arroje el pecho
la causa que ocasiona mi dolencia,
aunque tras sí con rígida violencia
se lleve el corazón pedazos hecho.
Destiérranme de Clori a mi despecho
celos que ésta me intiman cruel sentencia,
mas su gusto matando con la ausencia,
ha de quedar mi agravio satisfecho.

Pues a otro dueño concedieron palma
de amor ¡oh ingrata, aleve! tus favores,
a tu ruego cual áspid ser intento,
cerrando en mis oídos puerta al alma,
porque bien no se sirve a dos señores
si no es teniendo alguno mal contento.

X

DÉCIMAS PARA UNA NOVELA

Fatigado corazón
¿qué os aqueja? ¿Ver el oro
de vuestro amado tesoro
convertido ya en carbón?
Apelad a la razón
si descansar pretendéis,
y en ella conoceréis
que ese de mi vida engaño
os libra de el desengaño
que en su muerte hallar podréis.
No me admira que sintáis
padecer sin culpa alguna
desaires de mi fortuna,
cuando la pena pagáis;
mas si olvidado no estáis
de vos en vuestro desvelo,
pues sabéis que os hizo el cielo
tan valiente en el sufrir,
en parte os pueden servir
las desdichas de consuelo.

Esforzad el sufrimiento
consultando a la cordura,
que es suerte, si no ventura,
ver a tiempo un escarmiento;
sufrid, que, según yo siento,
grande hazaña viene a ser,
corazón mío, vencer
con sufrimiento el rigor,
por cuanto es mayor valor
el sufrir que el padecer.
Pues olvidar es forzoso,
determinaos, corazón,
a salir con la razón
de un abismo proceloso;
el tiempo es dificultoso
y en vos poco el valor fuera
si fácil guerra emprendiera;
si ésta os promete más gloria,
¡ea!, al arma, mi memoria,
muera el enemigo, muera.

XI

PARA LA MESMA NOVELA. ROMANCE, AUNQUE LE HICE CON ASUNTO PARTICULAR, Y NO PARA MONJA

Suspende al arco las flechas,
amor; basten ya tus tiros
que es rigor, si no bajeza,
quitar la vida a un rendido.

Tu piedad, amor, me valga,
pues eres Dios, que es indigno
blasón en deidad tan alta
castigar nobles delitos.
Si te ofendió el sufrimiento
con que ocultar pude siglos
lo fuerte de tus combates,
lo imperioso de tus bríos,
no fué negar la obediencia
a tu poder mi albedrío,
antes rendirle a tus aras
en honesto sacrificio.
Cuando callé pude amar
libre, amor, de tus peligros,
sin temor de ingratitudes,
cuidados al alma esquivos;
mas rotos de la modestia
los lazos, y en el registro
mayor ostentas de amante
los afectos encendidos,
naufragantes las potencias
entre gustosos delirios,
temer cuando más se logra
el gusto, mortal olvido,
no sé, amor, que triunfo sea;
pues se arguye de el principio
de gozar, el fin más cierto
al desengaño propincuo.
Con el discurso luchando,
todo el sosiego perdido

y arrestada toda el alma,
muero, en fin, de lo que vivo.
Si lo que siento no ignora,
¿qué intentará el dueño mío,
cuando de mi amor prendado
dispone acerbos retiros?
Querer templar mi pasión
hoy con pretextos divinos,
es lo mismo que oponerse
a un rayo de ardientes giros,
sacarme en prendas de amor
tantos de el alma testigos,
y en tan estimable empeño
negarme el premio debido;
ingratitud denotando
es ya de tibieza indicio,
que el que en gozando se tiempla
no es amante o es impío.
Piedad, ¡ay amor! piedad
otra y mil veces te pido,
o acabe mi vida luego
rigor de matantes filos.

XII

DÉCIMAS ESCRITAS MUY DE PRISA, EN RESPUESTA DE OTRAS EN QUE PONDERABAN LA MUDANZA DE LAS MUJERES

Hombres, no deshonoréis
con título de inconstantes
las mujeres, que diamantes
son, si obligarlas sabéis.
Si alguna mudable veis,
la mudanza es argumento
de que antes quiso de asiento;
mas en vuestra voluntad
antes ni después, verdad
no se halló con fundamento.
Si mujer dice mudanza
el hombre mentira dice,
y si en algo contradice
es que el juicio no lo alcanza;
si se ajusta a igual balanza
por la cuenta se hallaría
en él mentir cada día
y en mudarse cada mes,
que el mentir vileza es;
mudar de hombres, mejoría.

XIII

DÁNDOME EL ASUNTO DE UN ALMA, A QUIEN DIOS HACÍA SINGULARES FAVORES, HICE ESTOS VERSOS

¡Qué deseado tenía
hablar a solas con Vos,
mi dueño, mi bien, mi Dios,
cielo y luz de el alma mía!
que aunque siempre en mi memoria
presente os tengo, Señor,
es de amor
la soledad dulce gloria,
donde se logra mejor.
Cuando a vuestros pies me veo
tiernos favores gozando,
de amor me voy exhalando
en un ferviente deseo,
y tan bien hallada estoy
sin mí, cuando más rendida,
que la vida
diera en que muriendo estoy,
por gozar de Vos, mi vida.
El que confiesa adoraros
no excusando el ofenderos,
o no llega a conoceros
o no se precia de amaros;
que si en el conocimiento
la fuerza de amar consiste,
mal resiste

a amor el entendimiento
donde la razón asiste.

¿Quién para amante y esposo
a Vos, Señor, no apetece,
si sois el que permanece
galán, fino y poderoso?;
que cuando otro intento vano
desta verdad le enajena,
dura pena
se ocasiona por su mano,
en que el error le condena.

El mundo gustos concede
cual por brújula de antojos,
poniendo cerca a los ojos
lo que tocar no se puede.
Pero, mi Dios, vuestros gustos
a toda satisfacción
de el corazón,
dan, sin zozobrarle a sustos,
todo el gusto en perfección.

Yo a vuestros pies, Dueño mío,
gozo de un bien sin igual,
con que mejoro de el mal
que causó mi desvarío,
y en no gozándole, anhelo
a gozarle, por sanar,
sin desear
otro bien que este del cielo
que jamás puede faltar.

XIV

LETRA HUMANA

Bella pastorcica de oro,
cuyos ojos de esmeralda
desperdician finas perlas
de dos rosas sobre el nácar,
dime qué a llorar te obliga,
que la admiración extraña
el ver triste un cielo hermoso
donde se gozan las almas.
Castiga la que te ofende,
y pues que te adoran tantas,
para que adquieran su gloria,
merezcan, niña, tu gracia.
Baste el llanto, hermoso hechizo,
que a quien envidia la causa,
con fuego de celos, hielas;
con agua de amor, abrasas.
Aqueste campo que honoras,
archivo fiel de tus ansias,
culto a tu deidad ofrece,
primores cede a tu gala.
Pastorcica de perlas,
si el sol y el alba
en tu vista se gozan,
¿qué harán las plantas?

Las flores enamoras,
porque al tocarlas
alma las comunica
tu mano blanca.

XV

A LA ARREBATADA Y LASTIMOSA MUERTE DE DOÑA ANA DE BRIONES, MONJA DE SAN CLEMENTE DE TOLEDO, DE EDAD DE VEINTISÉIS AÑOS

SONETO

Fatal rigor ejecutando aleve
la Parca corta el hilo de una vida,
astuta, recelándose vencida
de su bizarro ardor, en tiempo breve.
Postrada yace al fin de un soplo leve,
lozana planta que en edad florida
a poca tierra infausta reducida,
desengaños causando, a llanto mueve.
Fué Anarda toda gala, entendimiento,
deidad de ingenio, alma y hermosura,
que luego en sí lograrla el cielo quiso.
No atienda, no, a su falta el sentimiento
a un punto en que ganó, si por ventura
gloriosa vida en un morir preciso.

XVI

DÉCIMAS ESTRAMBOTADAS, PARA UNA NOVELA

Baste el injusto rigor,
tirana de mi albedrío;
permite que ya sea mío,
pues me quitaste tu amor;
cuando, dueño fiel de el alma,
te apreció mi entendimiento,
el rendimiento
era de amor dulce palma
y ya es amargo tormento.
Mudar de dueño procura
mi amor, de ti mal pagado,
que consuela a un desdichado
esto de probar ventura;
pero tanto dura en mí
la fe de el amor primero,
que no espero
mejorarme, pues sin ti
sin gusto y sin alma muero.
No puede el discurso hallar
razón que mi pena enfrene,
que quien pierde el bien que tiene
bien tiene por qué penar;
y luego siento piadoso
que mi amor firme has perdido
y ofendido,

digo, olvidar es forzoso,
y sólo de mí me olvido.
Qué feliz mi suerte fuera
si antes de llegar la suerte
de gozar el bien de verte,
prevenir el mal pudiera,
pues así el alma ofendida
no sintiera un dolor tal;
que neutral
está penando la vida
entre aquel bien y este mal.

XVII

ROMANCE PARA UNA NOVELA

Pues gustas, mi dueño hermoso,
que pinte así el sentimiento
de el alma, va de pintura,
aunque peligre el acierto.
Bien sé que en obedecerte
créditos de amante pierdo,
porque cuanto más te pinte
mi amor quedará en bosquejo.
Dije mucho y poco dije,
porque de amor los afectos
sólo amor puede decirlos
y él solo puede entenderlos.
Tus ojos vi por mi dicha
dos soles, digo, en un cielo,

a cuyo imperio el amor
rindió de el alma trofeos.
Blasonaba mi albedrío
de leyes de amor exento,
mas ya en cárcel de hermosura
voluntario es prisionero.
Preciado de que me quieras
estoy, pero aún más aprecio
que el amor con que te adoro
deba a mi conocimiento.
No sé, pues, cómo pintarte
este amor; dígale el pecho
que anhelos habla en suspiros
y ansias imprime en incendios.
¿No te han dicho ya mis ojos
la pasión de que adolezco?
No, pues, la aumenten tus dudas,
sea el creerla remedio,
que puesto que en que me quieras
todo bien a adquirir llego,
será mal si dificultas
que amor con amor granjeo.
¿Es posible que no sientes
el riguroso tormento
en que amor mi vida pone
cuando en tus ojos le veo?
No es posible que le ignores;
mas, ¿qué pretendes?; advierto
en el potro de tus dudas
ver en mí el morir postrero,

si no es que la pena mía
la mires de ti tan lejos,
que no atiendas que en el alma
está, de quien eres dueño.
Bien que si amas como dices
sentirás lo que padezco,
y si de ti no te fías
pregúntalo a mis desvelos,
de quien sabrás que entre glorias
que ocasiona el pensamiento,
como en él solo se logran
soy Tántalo de deseos,
y que son en mi memoria
razones tuyas que observo,
discreta vida de el alma,
gustosa muerte de el cuerpo.
En fin, te quiero; mal dije,
te adoro, no lo encarezco;
lo demás mi amor te diga,
que yo explicarle no puedo;
y si no crees te adoro
si dudas que por ti muero,
quíteme un puñal la vida,
será más dulce instrumento;
que quien ya no ha de gozarte
en el tranquilo himeneo,
tendrá el morir por lisonja
como el vivir por desprecio.
Mas no, que tuya es la vida;
viva yo a pesar de el tiempo,

porque pises más envidias
y goces más rendimientos.

XVIII

DÉCIMAS PARA CANTADAS, DÁNDOME EL ASUNTO

Juré, Filis, de no verte
porque de verte moría:
aquesto jurar podía
más no dejar de quererte;
confieso que es pena fuerte
que dos distantes estén,
Filis, queriéndose bien;
pero es gusto sin igual
salir tan bien dese mal
que se pueda dar por bien.
Cuerda fué en mí la locura
de no cumplir lo jurado,
porque amor no está obligado
a cumplir lo que se jura,
y porque así mi ventura
logró la mayor victoria
hallándome en tu memoria
cuando te juzgaba ajena,
con que salí de la pena
para entrar luego en la gloria.
De valiente haciendo alarde
vencer quise en mí al amor,

y postrado a su valor
nunca me vi más cobarde;
sus leyes quiere que guarde
con decoro de rendido,
pues llego otra vez herido
de sus flechas a tus plantas,
donde vencedor levantas
al que se da por vencido.
Ya no tengo de librarme
de más peligro de muerte
que el que ocasiona no verte,
pues sólo basta a matarme,
que aunque puedan obligarme
celos a huir tu favor,
no me quitará el rigor
que amarte, señora, pueda;
que adonde ceniza queda,
si no llamas, hay calor.

XIX

ROMANCE

De las mudanzas de Gila
dicen que enfermó Pascual;
su discreción califica
con la mayor necedad.
Con desengaños le curan,
que son remedio eficaz,

y el que no sana con ellos
no obra bien y sabe mal.
El desdén pasa a desprecio
si amor cansándose va,
y así nunca a la cabaña
vuelva a sufrir y a adorar.
Nadie se fíe de sí
cuando tan rendido está
que penando vive o muere
por ajena voluntad.
Si Gila es su muerte y vida,
¿para qué se la ha de dar,
si da la vida el remedio
y el remedio enferma más?
Pues Pascual con las finezas
más que obliga ofende ya,
huya el riesgo, o a la vista
muera por ella Pascual.
Que las mudanzas aprenda
le receto, y que al compás
baile de el són que le hicieren,
y a buen aire sanará.
Pascual sanará en queriendo
si en dejar de querer da;
que en los amantes es tema
la cura y la enfermedad.

XX

ROMANCE

Al postrero parasismo
con que fenece la noche,
la aurora bosteza luces,
la selva respira olores.
Despierta el pájaro amante
explicando en sus redobles
finezas de amor, que sirven
de reclamo a su consorte.
Lozano se mira el lirio
galán de todas las flores,
que en la de su amor librea
perfiles de oro interpone.
Los alhelíes dan muestra,
y equivocando colores,
lisonjero a los sentidos
bello ejército disponen.
La rosa, que manso viento
de el verde botón descoge,
pródiga dispensa al día
fragantes adulaciones.
Mosqueta, de el desaliño
gala haciendo a sus primores,
mariposa del sol muere,
cándido aroma del monte.
Todo en el mayo se alegra;
sólo a mis tristes pasiones

no hay medio que las alivie
ni alivio que las minore.

XXI

DÉCIMAS APOYANDO QUE LOS CELOS DECLARADOS SON MÁS INSUFRIBLES QUE LOS RECELOS

De un recelo imaginado
a una celosa evidencia,
hay la misma diferencia
que entre lo vivo y pintado;
un agravio declarado
vivo dolor a ser viene
del alma, en quien siempre tiene
muerta toda la esperanza,
y como alivio no alcanza
es su tormento perene.
Cuando el agravio es dudoso
pinta el temor una calma
de un *¿qué será?* riguroso;
mas en el sentir penoso
de la duda se alimenta,
y si salir de ella intenta,
porque enfermo el gusto advierte,
luego teme que su muerte
cause ejecución violenta.
No diga que tiene amor
quien no tiene sufrimiento,

que esperar es argumento
de la fineza mayor;
perder el gusto en rigor
por un disgusto temido,
siempre es remedio mentido
que busca amor agraviado,
y después, desesperado,
llora el sosiego perdido.
Perseverar en querer
aunque se oponga el recelo,
es a costa de un desvelo
granjearse el merecer,
y por salir de temer
dar por bien que llegue el mal,
es de amor desaire tal,
que aquí establecer querría
que amor tan sin bizarría
no es de amante racional.

XXII

DÁNDOME POR ASUNTO CORTARSE UN DEDO LLEGANDO A CORTAR UN JAZMÍN

SONETO

Filis, de amor hechizo soberano,
cortar quiso un jazmín desvanecido,
y de cinco mirándose excedido
quedó de el vencimiento más ufano.

No bien corta el jazmín, cuando tirano
acero, en rojo humor otro ha teñido,
mintiendo ramillete entretejido
de jazmín y clavel la hermosa mano.
Atropos bella a la tijera cede
piadosa ejecución si, inadvertida,
a su mano dolor ocasionando.
Que si alma con su sangre dar no puede,
en vez de muerte, dió al jazmín la vida,
de amor el dulce imperio dilatando (1).

(1) Ms. original, y dispuesto para la impresión, pues lleva al principio los versos encomiásticos de costumbre; 78 hojas en 4.º; las últimas destrozadas por la humedad.—Letra de mediados del siglo XVII.
Bibl. Nac.—Depart. de Mss. núm. 7.469.

DOÑA ANA FRANCISCA ABARCA DE BOLEA

SONETO A LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DON BALTASAR

Lapidario sagaz, duro diamante
labra, resiste firme al golpe fiero,
tíñelo en sangre y pierde aquel primero
rigor a la labor menos constante.
Contra Carlos el mal no era bastante,
que queda al golpe cual diamante entero,
tíñelo en sangre amor, y el mal severo,
sujeta con amor a un hijo amante.
El mal lo agrava y el amor lo aflige,
aquél pide remedio, éste no tiene,
y quien conoce aquél a éste no alcanza.
No rige el mal, que amor de madre rige,
y Carlos por amor a perder viene
la vida en flor, y España la esperanza (1).

---

(1) *Obelisco historico, i honorario que la Imperial ciudad de Zaragoza erigio a la inmortal memoria del Serenissimo Señor Don Balthasar Carlos de Austria, Principe de las Españas. Escrivelo el Doctor Iuan Francisco Andres.* En Çaragoça. Año M.DC.XLVI, pág. 53.

DOÑA JOSEFA ARAÑÓN

Religiosa bernarda en Santa Lucía, de Zaragoza.

SONETO A LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DON BALTASAR

En aquel triste y lamentable día
a las dulces memorias dedicado
de Isabel, que su trono trasladado
goza ya más durable monarquía,
el amor tierno que en el alma ardía
del hijo, tan amante como amado,
de suerte se avivó, que ya trocado
su cuerpo vemos en ceniza fría.
Los dos así recíprocas señales
de su fineza dan, la ley pisando,
que la muerte al amor poner blasona:
Isabel, previniéndole inmortales
coronas, y él por ella renunciando
de las caducas la mayor corona (1).

---

(1) Obra antes citada, pág. 50.

DOÑA MAGDALENA NIÑO

A LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DON BALTASAR

SONETO

Las altas esperanzas que fundaba
España en vuestro orgullo soberano,
Carlos, a cuyo espíritu lozano
todo el de Carlos Quinto trasladaba,
juzgando que de Hércules la clava
cual fértil caña fuera en vuestra mano,
que fuerais de grandezas oceano
que al Orbe esparce el agua que le lava,
y el deseo de veros asistiendo
a Filipo, a su lado peleando,
cual él triunfando, si cual él venciendo,
frustradas hoy contempla; pero ¿cuándo
mejor logradas, Príncipe, que viendo
que del mundo y la muerte vais triunfando? (1)

---

(1) *Relación de los funerales obsequias que hizo el Santo y Apostólico Tribunal de la Inquisición de los Reyes del Perú a... Don Baltasar Carlos de Austria. Por Don Pedro Alvarez de Faria.*—En Lima, en la Imprenta de Julián Santos de Saldaña. Año de 1648.
Folio 42.

DOÑA LEONOR DE LA CUEVA Y SILVA

LLAMADA TAMBIÉN

DOÑA LEONOR DE LA RÚA Y SILVA

De esta poetisa, una de las más notables que florecieron en el siglo XVII, sólo dice La Barrera, en su precioso *Catálogo del Teatro antiguo español,* que acaso fuera hija del autor dramático don Francisco de la Cueva y Silva: sospecha inexacta. Nosotros, aunque pocos, hemos logrado reunir algunos datos biográficos de doña Leonor, quien nació en Medina del Campo a principios del siglo XVII (1), y allí residió toda o la mayor parte de su vida.

Ella misma declara en el título de una composición que era hermana del capitán don Antonio de la Cueva y Silva, pues la dirige a éste felicitándole por estar "muy favorecido de Su Alteza (el cardenal don Fernando) cuando partió a Flandes". Según resulta de las pruebas que en el año 1645 se hicieron para recibir don Antonio el hábito de Santiago, fueron sus padres don Agus-

(1) Ya escribía versos en el año 1621, fecha en que murió su tío don Francisco de la Cueva, de cuya pérdida se lamentó en un soneto.

tín de la Rúa y doña Leonor de Silva, hidalgos naturales de Medina; don Antonio fué paje de guión del infante don Fernando, y Capitán y Comisario de la caballería en Flandes, donde más adelante ascendió a Teniente general; en las citadas pruebas se hace mención de tres hermanos que tuvo, y son: Jerónimo de la Rúa, canónigo en Medina del Campo; Juan de la Rúa, teniente de Asistente en Sevilla, y María Jacinta de la Cueva; de otros, entre los que se contaba doña Leonor, no se expresan los nombres. Doña Leonor fué sobrina de don Francisco de la Cueva y Silva, personaje estrafalario, poeta, aficionado a la astrología, por lo cual se vió procesado, y autor de innumerables alegatos jurídicos consagrados a defender desde la Inmaculada Concepción hasta el pleito más insostenible; entre ellos hubo siempre afectuosas relaciones, y aun se dedicaron mutuamente poesías. No consta que doña Leonor se casara, ni tampoco el año de su muerte, que debió ser posterior al año 1650.

I

SONETO.

A LA MUERTE DE DOÑA ISABEL DE BORBÓN

Este grandioso túmulo erigido,
fúnebre pompa de cristiano afeto,
al más hermoso y al mayor sujeto
que injusto triunfo de la Parca ha sido.

Este consigo mismo competido,
de lealtad y de amor piadoso efeto,
funesto ocaso es hoy del más perfeto
sol que gozar España ha merecido.
Con un golpe mortal en breve instante,
al gran Filipo, su divina aurora
la Lis francesa, la beldad galante
quitó, llevó la muerte robadora.
Mas si en eterno imperio más brillante
tantos de gloria grados atesora,
¿para qué España llora
a Isabel de Borbón, que muerta yace,
si al cielo Fénix inmortal renace? (1)

II

SONETO

Ni sé si muero ni si tengo vida,
ni estoy en mí, ni fuera puedo hallarme,
ni en tanto olvido cuido de buscarme,
que estoy de pena y de dolor vestida.
Dame pesar el verme aborrecida
y si me quieren, doy en disgustarme;
ninguna cosa puede contentarme,
todo me enfada y deja desabrida;

(1) *Pompa funeral, Honras y Exequias en la muerte de la muy alta y Católica Señora Doña Isabel de Borbón... Mandadas publicar por el Conde de Castrillo.*—En Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. 1645. Fol. 95.

ni aborrezco, ni quiero, ni desamo;
ni desamo, ni quiero ni aborrezco,
ni vivo confiada ni celosa;
lo que desprecio a un tiempo adoro y amo;
vario portento en condición parezco,
pues que me cansa toda humana cosa (1).

III

INTRODUCE UN PRETENDIENTE, DESESPERADO DE SALIR CON SU PRETENSIÓN, QUE CON EL FAVOR DE UN PODEROSO LA CONSIGUIÓ MUY PRESTO

SONETO

Sin esperanza en su tormenta esquiva
un navegante, por el mar perdido,
de mil olas furiosas combatido,
rota la nave, al agua se derriba;
y aunque su furia de el sentir le priva,
se anima contra el mar embravecido
y sale al puerto de una tabla asido,
muerta su pena ya, su gloria viva.
¡Ay, débil pretensión, que ansina eres
navegante en un mar de mil temores!
rota la nave, muerta la esperanza,
al agua de el olvido echarte quieres,
donde, asiendo la tabla de favores,
sales triunfante al puerto de bonanza.

(1) Bibl. Nac. Mss. núm. 4.127, pág 229.

IV

SONETO

Ya ha salido el invierno: ¡albricias, flores,
árboles, fuentes, prados y arroyuelos,
que de el rigor de sus helados velos
os saca el mayo derramando amores!
Ya os cantan dulcemente ruiseñores
llenos de gusto y libres de desvelos,
y liberales los impíreos cielos
os dan la variedad de mil colores.
Ya compone los bellos cuadros Flora,
desafiando el arte a la natura,
a quien vence la hermosa jardinera
que por la vista alegra y enamora,
el alma suspendiendo en la hermosura
de la verde y galante primavera.

V

LIRAS A LA HERMOSURA Y VARIEDAD DE FLORES DE LA PRIMAVERA

Plantas bellas y hermosas
resucitadas de el abril ufano
que anuncia vuestras rosas,
sacándoos del rigor tan inhumano

de el cano invierno helado
a ser gallarda ostentación de el prado;
jacintos que primicias
sois, y violetas, de las otras flores,
que parece que albricias
pedís al mundo, provocando amores
de que ya el mayo hermoso
se le acerca con paso presuroso;
dorados alhelíes
bellos, blancos narcisos y mosquetas,
rosas, sí, carmesíes,
de la purpúrea sangre más perfetas
de la Ericina diosa,
que su color os dió su planta undosa;
olorosos junquillos,
poblada madreselva, jazmín blanco,
de los montes tomillos,
fragante azahar, en quien el cielo franco
mostró con mil primores
más divino poder en tus olores;
campanillas moradas,
casta azucena y trébol oloroso,
manutisas rosadas,
azul espuela, toronjil hojoso,
encarnados claveles,
menuda albahaca y verdes mirabeles;
rajadas clavellinas,
lirio que haces gallardos tornasoles,
gigantas que divinas
os mostráis, pues seguís los arreboles

de Cintio celestiales,
que su rosa os llamamos los mortales;
árboles de mil nombres,
que viste abril de flor y mayo de hoja,
regalo de los hombres,
a quien noviembre robador despoja
el galano vestido,
de verdes esmeraldas guarnecido;
arroyuelos helados
que el rubio sol los grillos os desata,
adorno de los prados,
risa de el monte, bulliciosa plata,
y de las aves lira
por cuyo aliento cada flor respira;
puras fuentes hermosas,
espejos claros de la blanca Aurora;
vida, sí, de las rosas,
gloria de el campo, espíritu de Flora,
de la vista recreo,
satisfacción suave de el deseo;
jardines deleitosos
donde se cifran máquinas tan bellas,
amenos y espaciosos,
morada hermosa de quien son estrellas
las siempre refulgentes
hermanadas cabrillas más lucientes;
plantas, flores y fuentes,
invierno, abriles, mayos y arroyuelos,
árboles diferentes,
jardín ameno, estrellas de los cielos

y campos dilatados,
todos sois de el verano
y primavera galas excelentes,
librea de su mano,
que os da y reparte en tiempos diferentes
en mil varias colores
con que suspende el alma en sus primores.

VI

TODO LO PIERDE QUIEN LO QUIERE TODO

SONETO

Muestra Galicio que a Leonarda adora,
y con segura y cierta confianza
promete que en su fe no habrá mudanza,
que el ser mudable su firmeza ignora.
Mas de su amor a la segunda aurora
muda su pensamiento y su esperanza,
y sin tener de el bien desconfianza,
publica que Elia sola le enamora.
Con gran fineza, aunque si bien fingida,
a Leonarda da el alma por despojos,
y luego con un falso y nuevo modo
dice que es Elia el dueño de su vida;
pues oiga un desengaño a sus antojos:
todo lo pierde quien lo quiere todo.

VII

SONETO

¡Válgame Dios, qué penas he pasado,
qué desgracias, qué males he sufrido,
qué de inmensos pesares he tenido,
qué pocas glorias buenas he gozado;
qué riguroso que me ha sido el Hado,
siempre de azares por mi mal vestido,
y el tiempo alegre de mi edad florido,
en verde primavera marchitado!
Mas ¿para qué me canso en dar al viento
lágrimas y suspiros de mis ojos,
si el cielo gusta de que yo padezca?
En gloria se convierta mi tormento,
que si paso contenta estos enojos,
espero que a mi llanto se enternezca.

VIII

OCTAVAS

Coronada de flores mi pastora,
que en ella acrecentaban la hermosura,
cuando asomaba la rosada aurora,
más hermosa salió que su luz pura;
su color afrentando las de Flora,
y a la cándida nieve su blancura,
feriaba al prado aljófares y perlas
que el alba codiciaba recogerlas.

Con un listón de nácar los cabellos,
que son del claro Febo emuladores,
los lleva presos, y enlazado en ellos
al novelero dios de los amores;
mata la vista de sus ojos bellos,
deslumbrando sus claros resplandores,
pues vuelve flechas las dos niñas bellas
para rendir y cautivar con ellas.

El rostro hermoso cubre un blanco velo
argentado de plata transparente,
siendo cortina a su divino cielo
y encubridor del resplandor luciente;
Cintia mira sus hebras con recelo
de que haga Delio en ellas nuevo oriente,
pues son del Potosí las minas de oro
donde natura guarda su tesoro.

De las mejillas el carmín rosado,
al rojo tinte del murice afrenta,
pues a la diosa Venus han robado
todo el matiz con que la suya aumenta;
la nieve y los claveles se han mezclado,
y entre los labios, de color sangrienta,
descubre hilos de perlas orientales,
siendo de ellas la guarda dos corales.

Ambar aspira el aire de su aliento,
de quien hurta Favonio los olores,
y discurriendo blando en movimiento,
con él da nuevo ser a tantas flores;
de su divina voz el dulce acento,
cual tierno ruiseñor, provoca amores,

dejando atrás al músico de Tracia,
pues vence su dulzura con su gracia.
Un vaquerillo de color celosa,
con un leonado faldellín, llevaba,
y una banda en el cuello tan vistosa,
que nuevo adorno a su hermosura daba;
en ella amor, con mano licenciosa,
aquí y allí sus flechas arrojaba,
porque ayudando sus divinos ojos,
libres almas la rinde por despojos.
De aquesta suerte Clorinarda bella
salió de su cabaña al verde prado,
siendo del alba la luciente estrella
que anuncia la mañana al sol dorado;
no imaginéis, pastores, merecella,
que pues de su desdén fuí despreciado,
siendo ejemplo de firmes amadores,
ninguno ha de gozar de sus favores.

IX

A UNAS INGENIOSAS LIRAS QUE COMPUSO JUAN FERNÁNDEZ DE LEDESMA, REGIDOR DESTA VILLA, REFIRIENDO EL TRÁGICO SUCESO DE SAN AGUSTÍN

SONETO

Con tal dulzura ¡oh gran Ledesma! cantas
trágicos tristes de la humana suerte,
que, cual Fénix renuevas en la muerte
la que triunfó cruel de vidas tantas.

Al cisne más sonoro te adelantas;
su memoria inmortal podrán deberte
los que en el trance lastimoso y fuerte
a duro golpe dieron las gargantas.
Emplee Orfeo la sonora lira
mejor en celebrar tu heroico nombre,
y el rubio Cintio, de su verde rama
ciña tus dignas sienes, y en la pira
donde eternicen siglos tu renombre,
viva gloriosa la parlera fama.

X

¿DE QUÉ SIRVE QUERER UN IMPOSIBLE?

SONETO

Basta, amor, el rigor con que me has muerto;
cese un poco, rapaz, tu ardiente fuego,
pues ya del alma el señorío entrego
por los ojos no más a dueño cierto;
y aunque es el bien que adoro tan incierto,
que no pasa de vista, a sentir llego
tu fuerza de manera, que me anego
en mil mares de amar sin hallar puerto.
Riño unas veces a mis libres ojos,
mas por respeto de lo que han mirado,
detengo el castigarlos lo posible,
y viendo que padezco estos enojos,
digo entre mí a mi pecho enamorado:
¿de qué sirve querer un imposible?

XI

INTRODUCE UNA DAMA QUE SE AFICIONÓ A UN GALÁN QUE ESTABA PRENDADO DE OTRA, Y DÁNDOLE A ENTENDER SU AMOR, LE CORRESPONDIÓ HASTA QUE VINO A SABER QUE QUERÍA A OTRA, Y ENOJADA LE HACE ESTE SONETO DANDO DE MANO A SU AMOR

Puse los ojos, ¡ay! que no debiera,
en quien ya de las flechas de Cupido
mostraba el tierno corazón herido,
para que yo sin esperanza muera.
Huir fácil me fué de la primera
ocasión que a tal daño me ha traído
con resistir mirar tan atrevido,
más fuí mujer, y al fin mujer ligera.
Grillos amor me puso a los sentidos,
y la causa cruel de tantos daños
con sus regalos aumentó mis glorias,
pero sabiendo ¡ay Dios! que eran fingidos,
he sepultado en caros desengaños
mi firmeza, mi amor y sus memorias.

XII

AL SERENÍSIMO INFANTE CARDENAL DON FERNANDO DE AUSTRIA CUANDO DIÓ LA CAPITANÍA DE CABALLOS Y HIZO SU GENTILHOMBRE DE LA BOCA A MI HERMANO DON ANTONIO DE LA CUEVA Y SILVA, EL DÍA QUE ENTRÓ EN MILÁN CON EL GUIÓN

OCTAVAS

Segundo Apolo de el mayor de el mundo,
hijo de Marte, nieto de Felipe,
Fénix raro, divino y sin segundo,
que no hay valor que al tuyo se anticipe;
lauro te rinda tierra y mar profundo;
y cuanto adora tronco el de Aganipe,
divino padre y protector luciente,
corona te ha de ser no suficiente.

Gallardo Atlante de el Iberio suelo,
en cuyos hombros penden las Españas,
hermosa afrenta del señor de Delo,
que en luz más clara todo el orbe bañas;
la fama escriba en el celeste velo,
con pluma de diamantes, tus hazañas,
y el sol y luna, alfombra de tus huellas,
tus plantas besen en lugar de estrellas.

Goce insignes victorias de tu mano
nuestro Rey, y pasando a tus mayores,
más que el aurora aljófar da al verano,
te dé la suerte triunfos superiores;

de el Príncipe de Roma soberano
la silla alcances, gracias y favores,
y siempre dé tu nombre, en paz y en guerra,
al cielo admiración, yugo a la tierra.
Pues premios dignos das a tus criados,
César piadoso y Rómulo valiente,
como el magno Alejandro adelantados,
para hacerte inmortal de gente en gente;
con tan grandes mercedes animados,
¿quién no te ha de ofrecer su sangre ardiente,
poniendo en tu servicio espada y vida,
dichosa suerte si por ti perdida?
A nuevo empeño tal favor nos llama,
joven dichoso, invicto Ferdinando,
pues asido mi hermano de tal rama,
la desbocada envidia va pisando;
mi indigna pluma tu grandeza aclama,
con que humilde doy fin, tus pies besando;
perdona mi atrevida rustiqueza,
pues soy esclava de tu Real Alteza.

XIII

ENDECHAS

Arroyos cristalinos
que murmuráis soberbios,
sobre azules pizarras
mi pena y mi tormento;

altas desiertas cumbres
a quien esmalta Febo
con los dorados rayos
de sus claros reflejos;
veisme aquí sola y triste,
que en busca de Liseno
paso riscos de nieve
y montañas de hielo;
si viéredes acaso
aquel mi ingrato dueño,
contadle mis pesares,
decidle cómo quedo;
mas ¡ay! que sois peñascos
y no escucháis mi acento,
mas con mi llanto triste
enterneceros puedo,
y vive presa el alma
entre el amor y celos;
ausente de la causa
padezco en dos extremos:
sigo a quien me desprecia
y a quien me estima dejo;
adoro deslealtades,
firmezas aborrezco,
y entre el temor y pena,
lo amargo de el recelo
en dudas por el alma
esparce su veneno;
ingratitudes coge
por penas y desvelos,

que en campos agostados
mis esperanzas siembro.
Mas cesen ya mis quejas,
yo sólo poner quiero
en este verde sauce
que es Floris de Liseno.

XIV

A LOS CELOS

SONETO

Siempre guerra me dais, terribles celos;
celos, nunca acabáis de atormentarnos;
injustos celos, no queréis dejarnos,
pues que siempre nos dais tantos desvelos.
Ladrones sois de el nombre de los cielos,
que os disfrazáis ansí para matarnos,
pues de vuestra ponzoña no hay librarnos,
aunque más por huir alcemos vuelos.
Veneno sois, bastardos, mal nacidos,
de el alma pena y de la vida infierno,
flecha de el corazón, de el pecho fuego,
donde se abrasan todos los sentidos,
y al fin sois, celos, un tormento eterno,
laberinto intrincado de amor ciego.

XV

INTRODUCE UN GALÁN, DESCUBRIENDO LA HERMOSURA DE SU DAMA

OCTAVAS

Cuando asomaba en el dorado Oriente,
de flores bellas coronada el alba,
a quien hacen con música excelente
los libres pajarillos dulce salva,
y cuando el rubio sol resplandeciente
se manifiesta, sálese Lisalba
a ser de su venida anunciadora,
luz de el día y afrenta de el aurora.

De su cabello el oro acrisolado
en crespas trenzas por el hombro tiende,
que a sus lazos el ciego dios alado
rindió el poder con que cautiva y prende;
su laberinto en ellos ha cifrado,
y en ellos sólo su poder se extiende,
que el alma libre que una vez se enreda,
presa y cautiva para siempre queda.

Quiero, en fin, retratar si brevemente
el dueño hermoso de quien soy despojos:
es nieve pura el cielo de su frente,
y dos estrellas sus divinos ojos;
las negras cejas, aunque Amor se afrente,
arcos de el cielo son, que sin enojos,

como arrojan del fuego tantas flechas,
al libre corazón se van derechas.
De sus mejillas la color hermosa,
compitiendo entre sí, desparte ufana
bella nariz, perfecta y milagrosa,
pincel sólo de mano soberana;
de sus dos labios la encarnada rosa,
afrenta al tinte de la tiria grana,
entre cuyos extremos diferentes
se ven, cual perlas, sus hermosos dientes.
Una columna de alabastro puro
sustenta aqueste cielo de belleza,
de cristal blanco transparente muro
que en sí atesora la mayor riqueza;
ni en el tiempo pasado ni futuro
formó ni formará naturaleza
rostro, talle, donaire, gala y brío,
como el que ha dado el cielo al dueño mío.
Salió, en fin, a un jardín de varias flores,
que piensan que es la primavera bella,
pues produce la tierra las mejores
adonde su nevada planta huella;
cántanla el parabién los ruiseñores,
vuelan las aves por llegar a vella,
y en medio de su curso el sol dorado,
por ver el más luciente está parado.
Al pie sentóse de una fuente fría,
que creyendo ser Doris bulliciosa,
por dar claras señales de alegría,
con manso ruido corre presurosa;

congelábase el agua que salía,
por detenerse más a ver su diosa;
volverse atrás quisiera la primera,
y pasar adelante la postrera.
Yo, que detrás de un mirto contemplaba,
libre y ufano de el rigor del ciego,
la beldad soberana que miraba,
me sentí herido de su dulce fuego;
gastó el rapaz las flechas de su aljaba
hasta abrasarme el corazón, y luego,
mi alma por esclava de sus ojos,
el ciego dios la presentó en despojos.
Esta, en fin, es, en suma, mi ventura;
éste el retrato de mi dueño hermoso;
ésta la causa, sí, de mi locura,
por quien me nombro amante venturoso;
éste el triunfo de amor y su hermosura,
éste el bello portento milagroso,
y ésta de Felisalba la victoria,
por quien subo, venciendo, a mayor gloria.

XVI

A LOS TIEMPOS DEL AÑO

LIRAS

Arroja escarcha helada
el anciano Noviembre,
y el caduco Diciembre
muestra su faz nevada,

tirando por los chopos
el agua congelada en blancos copos.
Viste el prado de nieve,
que lo estuvo de flores,
y entre tales rigores
los carámbanos bebe,
en vez de aguas gustosas,
con que la fuente sustentó sus rosas.
Los árboles desnuda
que el Mayo vistió ufano,
y con su airada mano
todo lo trueca y muda
y todo lo despoja,
a la tierra de flor y al árbol de hoja.
El viejo Jano sigue
hecho estatua de hielo,
y arrojando de el cielo
montes de agua, persigue
con sus lluvias la tierra,
siempre acosada de su eterna guerra.
Entra Februo tras Jano,
y menos riguroso,
aunque si bien nubloso,
nos anuncia el verano,
dando el Marzo embajada
que presto acabará su furia helada.
Pasa, en fin, su carrera,
y en el Abril vistoso,
con paso presuroso
hace la primavera,

de lo verde su ensayo
para mostrarse más bizarra en Mayo,
Con olorosas flores
a la vista deleita,
y su hermosura afeita
de mil varias colores
con que el alma enamora
en los jardines que compone Flora.
Festéjanla las aves
cuando despierta el alba,
haciendo dulce salva
con canciones süaves,
y el ruiseñor parlero
es quien la canta el parabién primero.
Todo alegre y vistoso
se manifiesta ufano,
y en brazos de el verano
se pinta victorioso;
mas cuanto él resucita
seca el Agosto y con su ardor marchita.

XVII

GLOSA

¡Ah, larga esperanza vana!
¡Cuántos días ha que voy
engañando el día de hoy,
esperando el de mañana!

Pásase el tiempo ligero,
no por mi amor, por mis años,
que éste está como primero,
y sin darme desengaños;
esperando desespero
en mi desdicha inhumana
adorando un imposible,
deidad más que soberana.
¡Pensar que ha de ser posible!
¡Ah, larga esperanza vana!
Quiero con tal perfección,
que aunque pierdo en ello el gusto
y se abrasa el corazón,
contra amor y a mi disgusto,
me sujeto a la razón;
a mi pena treguas doy,
sirviéndome de consuelo
en el encanto en que estoy,
que tome en cuenta tu cielo
cuantos días ha que voy.
Sólo mirando tus ojos,
Norte de mi pensamiento,
se deshacen mis enojos,
y se acaba mi tormento
en viendo sus rayos rojos;
y cuando no, en calma estoy
en un mar de mil amores,
donde firme roca soy,
y vivo con tus favores
engañando el día de hoy.

Susténtame la esperanza
con verdes de tu hermosura,
aunque mi desconfianza
me dice que es mal segura
de mujer la confianza;
mas todo mi mal se allana,
que si falta mi alegría
porque hoy no hablé a mi Diana,
llevo en paciencia este día
esperando el de mañana.

XVIII

ROMANCE

Hermosísima pastora,
afrenta de Venus bella,
emulación de Diana
y reina de la belleza;
primavera de estos prados,
gloria de esta verde selva,
aurora de la mañana,
claro sol, luciente estrella:
¿Qué dicha puede igualarse,
cuando la más alta sea,
a la que yo tengo en ser
esclavo de tu belleza?
¿Qué venturosa ventura
se puede oponer a aquella

que goza el alma en mirarte
menos esquiva y más tierna?
Si al campo sales, las aves
con dulce canto celebran
el verte dar luz al día,
y que eres el alba piensan.
Si junto a una fuente clara
al manso ruido te sientas,
te festejan con canciones,
como a Doris las sirenas.
De día pareces Cintio;
de noche, la blanca Delia;
por la mañana, el aurora,
y cuando anochece, estrella.
Pues si toda la hermosura
en ti se cifra y encierra,
¿qué mucho que quien te adora
por el más feliz se tenga?
No presumo, que es locura
presumir, que te merezca
ningún pastor de este valle,
por más gallardo que sea.
Y yo, aunque te adoro y amo
con milagrosa firmeza,
no pretendo, Celidaura,
sino sólo que me quieras;
que estimes mi amor te pido,
y que agradecida seas
a tanta fe, que con eso
vivirá el alma contenta.

XIX

INTRODUCE UN GALÁN DESFAVORECIDO DE SU DAMA, QUEJÁNDOSE DE SU CRUELDAD

SONETO

Basta el desdén y bastan los rigores:
Clori, no más crueldad, no más enojos,
serena un poco tus divinos ojos
y suspende sus rayos matadores.
Cesen desprecios, cesen disfavores,
que por flores no es bien que des abrojos
a quien te rinde un alma por despojos,
no indigna de gozar de tus favores.
¡Ah, ingrata Clori! ¡Ah, ingrata, que a mis que-
tienes el alma y pecho de diamante, [jas
y parece que vives con mi muerte!
Mas, cruel Clori, aunque penar me dejas,
y aunque me matas, he de estar constante,
con tu desdén luchando hasta vencerte.

XX

LIRAS EN LA MUERTE DE MI QUERIDO PADRE Y SEÑOR

Dejad, cansados ojos,
el justo llanto que os convierte en fuentes,
detened los enojos
y enjugad vuestras líquidas corrientes,

que al mal que oprime el pecho
el alma y corazón le viene estrecho.
En tan terrible pena,
ni hallo descanso, gusto ni alegría;
de todo estoy ajena,
y sólo tengo la desdicha mía
por alivio y consuelo,
que de todo lo más me priva el cielo.
Quitóme en breves días,
airado y riguroso, un bien amado,
a las fortunas mías
añadiendo este golpe desdichado.
¡Oh suerte fiera y dura!
¡Llorad, ojos, llorad mi desventura!
Contenta el alma estaba
en sus trabajos, penas y dolores
con el bien que gozaba;
mas la Parca cruel, con mil rigores,
fiera y embravecida,
cortó el hilo al estambre de su vida.
Musa, detente un poco,
que si de tantos males hago suma
y en el presente toco,
no es suficiente mi grosera pluma,
que pues estoy penando,
cuanto puedo decir digo callando

XXI

SONETO A FLORIS

Ausente estoy de tus divinos ojos;
en fin, ausente y lleno de desvelos:
si al ausencia cruel siguen los celos,
confieso, Floris, que me dan enojos.
¡Ay! ¡Quién gozara de tus rayos rojos
sin tantos sobresaltos ni desvelos,
pues mientras duran los nublosos velos
he de tener la rienda a mis antojos!
¿Cuándo se ha de acabar, Floris divina,
la rigurosa pena de no verte
y el cobarde temor de tu mudanza?
Que aunque eres en firmeza peregrina,
vive mi amor dudoso de perderte,
aunque más le sustenta la esperanza.

XXII

SEXTINAS

De las suaves flechas de tus ojos
procura el alma en vano defenderse,
Jacinta hermosa, dueña de mi vida,
en quien consiste de mi bien la gloria
y de mi suerte la mayor ventura,
pues que darla o quitarla está en tu mano.

Mas ¿quién merece de tu hermosa mano
ver un bien tan divino por sus ojos
y ser el dueño de tan gran ventura,
pues de morir no puede defenderse,
y menos yo, que entre tormento y gloria
vivo dudoso de perder la vida?
Mas si muero por ti, ¿qué mejor vida
que ser dichoso mártir de tu mano?
Toda mi pena se volviera gloria
con ver, muriendo, tus serenos ojos,
pues ninguno quisiera defenderse
de penar, por gozar de tal ventura.
Felice yo, si llega mi ventura
a dejar por tu gusto aquesta vida;
pues no puede, Jacinta, defenderse
de el riguroso imperio de tu mano
ni de los bellos rayos de tus ojos,
que de los suyos son la mayor gloria.
Hágame digno amor de tanta gloria.
Y participe de tan gran ventura
como es ver las estrellas de unos ojos
de quien apenas puede defenderse
el niño Amor, gigante, y de tu mano,
oscuro laberinto de la vida,
donde en lazos de nieve está mi vida
presa, cual ave en red, aunque de gloria,
que lo es, sin duda, ¡oh soberana mano!
estar cautivo yo por tal ventura,
sin intentar mi alma defenderse
de los arpones de tus bellos ojos.

INDICE

Págs.

ADVERTENCIAS PRELIMINARES..... VII
Florencia Pinar.—Canción..... 1
La sobrina del obispo Campo. — Coplas a don Juan Silíceo, arzobispo de Toledo..... 3
Luisa Sigea..... 13
Canción de la señora Luisa Sigea de Velasco, declarando: *Habui menses vacuos et noctes laboriosas, et numeravi mihi*..... 22
Un fin, una esperanza, un cómo, un cuándo..... 25
Santa Teresa de Jesús..... 27
Unos versos de la Santa Madre Teresa de Jesús, nacidos al fuego del amor de Dios, que en sí tenía—Glosa..... 28
Otra glosa sobre los mismos versos..... 31
Villancico..... 32
Octava..... 33
Cuartetas..... 33
Glosa que nuestra Santa Madre Teresa de Jesús hizo al velo de la hermana Isabel de los Angeles en Salamanca, año de 1571..... 34
Doña Isabel Vega.—Cancioncilla con glosa..... 37
Glosa de la misma a este Villancico..... 39
Coplas de la misma..... 40
Soneto de la misma señora a la muerte del emperador Carlos V..... 41

Págs.

De la misma al príncipe don Carlos, porque, habiendo visto este soneto, dijo que no era posible haberlo hecho una mujer..... 42
Soneto de la misma al príncipe don Carlos de España sobre este verso de David: *Omnia excelsa tua et fluctus tui super me transierunt*..... 44
Anónima.—Canciones de la unión y transformación del alma en Dios por la tiniebla divina de pura contemplación..... 45
Doña Catalina Zamudio.—Soneto en alabanza de Vicente Espinel..... 49
Doña Isabel de Castro y Andrade.—Competencia entre la rosa y el sol.—Soneto..... 50
Doña Leonor de Ovando.—Soneto en respuesta a uno de Eugenio de Salazar..... 51
De la misma señora al mismo en Pascua de Reyes..... 52
De la misma señora al mismo, en respuesta de uno suyo..... 52
De la misma señora al mismo, en respuesta de otro suyo..... 53
De la misma señora al mismo, en respuesta de otro suyo sobre la competencia de las monjas Bautistas y Evangelistas..... 54
Versos sueltos de la misma señora al mismo... 54
Sor María de San José..... 57
Elegía..... 59
Redondillas exhortando a las Carmelitas Descalzas á conservar las Constituciones de Santa Teresa..... 73
Anónima.—De una religiosa en alabanza de San Raimundo de Peñafort.—Canción..... 79
Cilena.—Soneto a Delio (don Diego Dávalos y Figueroa)..... 83
Doña Luisa de Carvajal y Mendoza..... 84
Sonetos..... 87
Buen empleo del amor..... 88
Sentimientos de ausencia..... 95
A Cristo Nuestro Señor..... 96

Págs.

Deseos de martirio..... 97
A los divinos ojos de Cristo..... 98
Morir de amor..... 100
Doña Juana de Arteaga.—Soneto..... 103
Doña Luciana de Narváez.—A la Magdalena..... 104
Doña Hipólita de Narváez.—Sonetos..... 106
Sor Teresa del Calvario.—Canción..... 109
Doña Graida de Pinós.—Tercetos..... 112
Sor Ana Ramírez Ateza.—Canción a nuestra Santa Madre Teresa de Jesús..... 115
Sor Isabel de San Francisco.—Soneto a Santa Teresa de Jesús..... 118
Doña Mariana de Ciria y Beteta.—Soneto a Santa Teresa de Jesús..... 119
Doña Isabel Navarro.—Soneto a Santa Teresa de Jesús..... 120
Sor María de la Antigua..... 121
Canción..... 122
Invocación del favor divino que puso la venerable madre sor María de la Antigua a esta obra. 125
Romance..... 126
Romance..... 131
Romance..... 137
Romance..... 138
Sor Angela Sánchez.—Canción a San Luis Beltrán. 141
Doña Mariana de Vargas y Valderrama.—Soneto a don Diego Hurtado de Mendoza..... 144
Sor Hipólita de Jesús Rocaberti..... 145
Himno en desprecio del mundo (redondillas)..... 148
Canciones a la Virgen..... 150
Sor Ana de San Bartolomé..... 154
Letrilla..... 157
Ana María de Alday y Vergara.—Soneto..... 161
Arminda.—Soneto a la Virgen..... 162
Doña Francisca de Bolea.—Soneto a la Comunión de San Ramón Nonnato, por mano de Cristo..... 163
Cita Canerol.—Soneto en alabanza de Felipe III..... 164
Luisa de Aguilera.—Soneto..... 165
Doña Susana Bengoechea.—Soneto..... 166

Págs.

Aldonza de Aragón y Gurrea.—Octavas a Fernando el Católico por haber fundado la Inquisición..... 167
Doña Petronila de Aragón y Gurrea.—Romance.... 170
Anónima, Carmelita descalza.—Octavas..... 174
Sor Josefa de San Miguel.—Poesías místicas..... 175
Sor Jerónima de la Asunción.—Soliloquio..... 179
Anónima peruana.—Discurso en loor de la Poesía... 184
Doña Silvia Monteser.—Soneto a la muerte de Felipe III..... 213
Doña María de Alvarado..... 213
Epístola de Amarilis á Belardo (Lope de Vega). 214
Doña Inés de Zayas.—Canción a San Isidro..... 226
Doña Antonia de Nevares y Santoyo.—A la excelentísima señora Condesa de Olivares.—Soneto... 228
Doña Isabel de Mendoza.—Décimas a la Resurrección de Cristo..... 229
Doña Constanza Ossorio..... 231
Salmo LXIV..... 232
Salmo LXXIV..... 234
Clara María de Castro.—Madrigal a su prima doña Ana de Castro y Egas..... 237
Ana María de Castro.—Soneto a doña Ana de Castro y Egas..... 239
Sor María del Santísimo Sacramento..... 240
Romance..... 241
Doña Mariana de Paz.—Soneto al Conde Duque de Olivares..... 243
Doña Elena de Paz.—Soneto a don Francisco de Borja y Aragón..... 244
Sor Ana María de San José..... 245
Desengaños de la vida..... 246
Doña Bernarda Ferreira de Lacerda..... 250
Romances á las soledades de Busaco..... 251
Arminda.—Soneto á Felipe IV..... 273
Doña Catalina Clara de Guzmán..... 274
Romance pintando el invierno..... 275
Romance á una fuente..... 276
Retrato suyo..... 277

Págs.

Doña Cristobalina Fernández de Alarcón..... 283
A Santa Teresa de Jesús en su beatificación... 286
Soneto a San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier..... 288
Quintillas à los mismos..... 289
Canción amorosa..... 291
Canción a la Virgen..... 294
A la Virgen..... 298
Canción à San Raimundo..... 299
Soneto a la batalla de Lepanto..... 303
Doña Catalina de Solís.—Soneto a Bartolomé Leonardo de Argensola..... 305
Doña Ana Caro de Mallén.—A doña María de Zayas y Sotomayor.—Décimas..... 306
Sor Dorotea Félix de Ayala.—A la muerte de don Juan Pérez de Montalbán.—Décimas..... 308
Sor Juana de Jesús María Rodríguez.—Liras que compuso cuando profesó..... 310
Romance del estado del alma en la vía unitiva. 311
Doña Antonia de Mendoza..... 314
Romance..... 317
Al Marqués de Velada, que Dios guarde..... 318
Doña Vicencia de Mendoza.—Silva..... 323
Petronila de Arteaga y Bolea.—Soneto a la Virgen de Cogullada..... 327
Beatriz Jiménez Cerdán.—Soneto a la muerte de doña Isabel de Borbón..... 328
Sor María de Santa Isabel..... 329
Romance..... 330
Otro, dándome el asunto..... 331
Soneto..... 332
Romance melancólico..... 333
Romance burlesco..... 334
A una gran señora, casada, a quien aborrecía su marido.—Romance..... 335
Décimas, dándome el asunto..... 336
Romance burlesco para un billete..... 338
Para una novela.—Soneto..... 340
Décimas para una novela..... 341

Págs.

Para la mesma novela.—Romance, aunque le hice con asunto particular y no para monja..... 342
Décimas escritas muy de prisa, en respuesta de otras en que ponderaban la mudanza de las mujeres..... 345
Dándome el asunto de un alma á quien Dios hacía singulares favores, hice estos versos..... 346
Letra humana..... 348
A la arrebatadora y lastimosa muerte de doña Ana de Briones, monja de San Clemente de Toledo, a la edad de veintiséis años.—Soneto..... 349
Décimas estrambotadas para una novela..... 350
Romance para una novela..... 351
Décimas para cantadas, dándome el asunto..... 354
Romance..... 355
Romance..... 357
Décimas apoyando que los celos declarados son más insufribles que los recelos..... 358
Dándome por asunto cortarse un dedo llegando a cortar un jazmín.—Soneto..... 359
Doña Ana Francisca Abarca de Bolea.—Soneto a la muerte del príncipe don Baltasar..... 361
Doña Josefa Arañón.—Soneto a la muerte del príncipe don Baltasar..... 362
Doña Magdalena Niño.—A la muerte del príncipe don Baltasar.—Soneto..... 363
Doña Leonor de la Cueva y Silva, llamada también doña Leonor de la Rúa y Silva..... 364
Soneto a la muerte de doña Isabel de Borbón. 365
Soneto..... 366
Introduce un pretendiente, desesperado de salir con su pretensión, que con el favor de un poderoso la consiguió muy presto.—Soneto..... 367
Soneto..... 368
Liras a la hermosura y variedad de flores de la primavera..... 368
Todo lo pierde quien lo quiere todo.—Soneto. 371
Soneto..... 372
Octavas..... 372

Págs.

A unas ingeniosas liras que compuso Juan Fernández de Ledesma, regidor desta villa, refiriendo el trágico suceso de San Agustín.—Soneto. 374
¿De qué sirve querer un imposible?—Soneto... 375
Introduce una dama que se aficionó a un galán que estaba prendado de otra, y dándole a entender su amor, le correspondió hasta que vino á saber que quería a otra, y, enojada, le hace este soneto, dando de mano a su amor..... 376
Al serenísimo Infante cardenal don Fernando de Austria cuando dió la Capitanía de caballos y hizo su gentilhombre de la boca a mi hermano don Antonio de la Cueva y Silva el día que entró en Milán con el guión.—Octavas..... 377
Endechas..... 378
A los celos.—Soneto..... 380
Introduce un galán describiendo la hermosura de su dama..... 381
A los tiempos del año..... 383
Glosa. 385
Romance..... 387
Introduce un galán desfavorecido de su dama, quejándose de su crueldad.—Soneto..... 389
Liras en la muerte de mi querido padre y señor. 389
Soneto a Floris..... 391
Sextinas..... 391

653559

LS.C
A6346

Antología de poetisas líricas.
v.1.

DATE	NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED